

EL CRISTIANISMO

Un viaje de la Realidad a la Ficción

HAZRAT MIRZA TAHIR AHMAD

Jalifatul Masih IV

Cuarto Sucesor del Mesías Prometido

ISLAM INTERNATIONAL PUBLICATIONS LTD

El Cristianismo: Un viaje de la Realidad a la Ficción

por

Hazrat Mirza Tahir Ahmad

4º Jalifa de la Comunidad Ahmadía Internacional

Traducido de la versión inglesa de 1994 por Mansur Ata Ilahi

©Islam International Publications Ltd.

Islamabad, Sheephatch Lane

Tilford, Surrey GU10 2AQ, UK

Impreso en el Reino Unido

Raqeem Press, Tilford

ISBN: 1 85372 551 X

©Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción o transmisión de cualquier parte de esta publicación por cualquier medio, mecánico o electrónico, incluyendo fotocopias, grabaciones o medios de almacenamiento o recuperación, sin permiso previo por escrito de los editores.

Perfil del Autor

Hadrat Mirza Tahir Ahmad (1928–2003), [que Dios acoja su alma en Su misericordia] fue un hombre de Dios; la Voz de su época, gran orador, poseedor de una inteligencia y sabiduría sobresaliente, escritor prolífico y versátil, entusiasta estudiante de las religiones; amado y seguido por devoción por decenas de millones de musulmanes áhmadis en todo el mundo, a quien consideraron su Imam y su líder espiritual.

Hadrat Mirza Tahir Ahmad fue el cuarto sucesor de Hadrat Mirza Ghulam Ahmad (el Mesías Prometido y Mehdi) siendo elegido para este augusto cargo de Jalifatul Masih en 1982.

Después de la promulgación del Decreto Anti-Ahmadía del general Zia-ul-Haq, del 26 de abril de 1984, tuvo que abandonar su país, Pakistán, y emigrar al Reino Unido; lugar desde el que puso en marcha la Muslim Televisión Ahmadiyya International (MTA) que emite programas vía satélite 24 horas al día y que dan cobertura a los cinco continentes.

Además de líder religioso fue un médico homeópata de fama mundial, un poeta privilegiado y gran deportista. Realizó sus estudios iniciales en Qadián, India, y posteriormente en la universidad de Lahore, Pakistán. Tras graduarse en Teología en la Universidad de Rabwah, se doctoró en árabe en la Punjab University de Lahore. De 1955 a 1957 estudió en el School of Oriental and African Studies de la Universidad de Londres.

Poseyó un profundo conocimiento, inspirado por Dios, del Santo Corán, que tradujo a la lengua urdu. También revisó par-

cialmente y añadió notas explicativas a la afamada traducción inglesa del Santo Corán de Hadrat Maulawi Sher Ali.

Revelation, Rationality, Knowledge and Truth es su obra magna. A pesar de no poseer una educación formal específica, poseía un gran intelecto, y en este libro aborda las cuestiones teológicas y metafísicas más oscuras con gran perspicacia y sencillez, a la vez que con un planteamiento racional y científico.

Siendo no-especialista, poseía un sorprendente conocimiento pro-fundo de la ciencia, especialmente de la ciencia de la vida que le atraía sobremanera. Asimismo poseía una gran noción de la psicología humana. Tenía una mente analítica y brillante, capaz de sol-ventar problemas complejos con facilidad, que dejaba fascinados a sus oyentes y lectores.

Otros libros del mismo autor:

- Absolute Justice, Kindness and Kinship:
The Three Creative Principles
- Un Estudio Elemental del Islam
- The Gulf Crisis and the New World Order
- Homeopathy: Like Cures Like
- Asesinato en el nombre de Al-lah
- Revelation, Rationality, Knowledge and Truth
- The Seal of the Prophets, His Personality and
Character
- The True Islamic Concept of Jihad
- The Truth About the Alleged Punishment for Apostasy
in Islam
- With Love to the Muslims of the World

Índice

Perfil del Autor	3
Prefacio	9
1. La filiación de Jesucristo	16
¿Es Posible un Hijo Literal de Dios?	18
Partenogénesis	20
Hermafroditismo	21
¿Qué son los milagros?	21
Jesús ¿el Hijo de Dios?	23
2. Pecado y Expiación	29
La Expiación de la Humanidad	30
El Pecado de Adán y Eva	31
Continúa el Sufrimiento Humano	34
Pecado Heredado	36
La Transferencia del Pecado	38
El Castigo Continúa Produciéndose	40
Justicia y Perdón	46
Imposibilidad de que Jesús Pudiera Expiar.	51
Sacrificio No Deseado	52
¿Quien Fue Sacrificado?	56
El Dilema de Jesús	57
¿Sufrió, acaso, Dios Padre también?	59
El Castigo del Fuego	60

El Sacrificio y la Felicidad Espiritual	61
El Sentido de la Muerte en Relación con Cristo	62
Sufrimiento Limitado para un Pecado Sin Límites	64
¿Qué Cambió la Expiación?	65
3. El Papel del Espíritu Santo	67
El Espíritu Santo y la Creación.	69
Misterio o Paradoja	71
4. Crucifixión	74
El Signo de Jonás	76
La Promesa de Jesús a la Casa de Israel	78
Sucesos de la Crucifixión.	79
5. ¿Reanimación o Resurrección?	90
Lenguaje Indecente Contra la Gente Sagrada	99
Ascensión	104
¿Qué Pasó con el Cuerpo de Jesús?	105
El Punto de Vista Musulmán Ahmadía.	108
Casos de Supervivencia	110
6. Trinidad	113
Interrelación en la Trinidad	115
Diferentes Fases o Aspectos de Una Sola Persona	115
Diferentes Personas Compartiendo la Eternidad	117
Personas Diferentes con Caracteres Distintivos Diferentes	121
Personas Diferentes con Caracteres Idénticos	126
7. La Evolución del Cristianismo	128
Los Primeros Seguidores de Jesús	129
El Papel de San Pablo	132
La Realidad de Jesús	133

La Continuidad de la Religión	136
La Cumbre del Desarrollo Religioso	137
8. El Cristianismo Hoy	140
El Cristianismo y el Colonialismo	141
El Nuevo Advenimiento de Jesucristo	145
El Mesías Prometido	151
Conclusión	158
Apéndice I	163
Apéndice II	166

Prefacio

La persona de Cristo es de vital importancia para el mundo contemporáneo. Su importancia no está limitada sólo al mundo cristiano sino también a otras religiones principales, el judaísmo y el islam en particular. Si estas poderosas religiones se unieran en un común entendimiento respecto a la naturaleza de la persona de Cristo, su primer y su -prometido- segundo advenimiento, tal entendimiento conduciría a la resolución de muchos de los problemas que confrontan hoy día a la humanidad. Desgraciadamente, incluso los hechos más básicos de la vida de Jesús, su propósito, ideología y persona son absolutamente mal interpretados. Tales religiones tienen, en la percepción de estos aspectos, unos puntos de vista tan contrapuestos, que se hace inevitable una amarga rivalidad entre las mismas.

Cuando examinamos los hechos de la Crucifixión y consideramos lo que ocurrió y por qué ocurrió, la Redención y su filosofía asociada, nos hallamos ante respuestas contradictorias en las diversas fuentes originales. He decidido responder a estas cuestiones únicamente desde un punto de vista lógico. Creo que es la única plataforma, común a todos, que se puede utilizar para un diálogo constructivo y fructífero. De otra manera, cualquier discusión sobre la base de lo que las escrituras particulares presentan, con sus varias interpretaciones, conduciría a un enredo de controversia del que sería difícil escapar.

Han pasado dos mil años y, sin embargo, no se ha alcanzado ninguna solución basada únicamente en las escrituras, que sea igualmente aceptable para todos. El meollo del problema radica

en que la fiabilidad de determinadas afirmaciones de las escrituras se complica con sus diversas explicaciones divergentes. De la misma manera, surgen grandes conflictos a partir de la progresión gradual de entendimientos contradictorios en torno al personaje histórico de Cristo. La visión desde una perspectiva histórica suele ser, en general, oscura y nebulosa. Por cualquier standard que se mida, el paso de dos milenios no es un obstáculo ordinario a la hora de percibir sucesos tan distantes como los del tiempo de Jesús. La lógica y razón humana, ayudadas por el conocimiento científico, no tiene credo, color ni religión. Es común a todas las gentes y religiones por igual. La lógica y sólo la lógica puede proporcionarnos la base para el consenso.

Trataré de examinar el problema desde distintos puntos de vista. En primer lugar, comenzaré con el cristianismo, observándolo como lo ven los cristianos, para, a continuación, analizarlo críticamente con la lente de aumento de la razón. Quisiera hacer énfasis, no obstante, que no pretendo ser irrespetuoso de ninguna manera hacia los cristianos o hacia la persona de Jesucristo. Como musulmán que soy, creo en el artículo fundamental de mi fe que afirma la verdad de Jesucristo y lo acepta como un Mensajero especial y honorable de Dios, que mantiene una posición única entre los profetas de Israel. Sin embargo, donde la verdad lo exige, en consonancia con la lógica, el sentido común y el entendimiento humano, no debemos abstenernos en revisar nuestros puntos de vista sobre el cristianismo. Mi propósito no es crear una barrera entre los cristianos y Cristo; al contrario, deseo ayudar a que los cristianos se acerquen más a la realidad de Jesucristo y se alejen del mito creado a su alrededor.

El tiempo distorsiona la realidad en mitos y leyendas. La influencia de tales leyendas sólo sirve al propósito de distanciar al hombre de las realidades de la vida. Como resultado, la fe se vuelve irreal e imaginaria. La verdadera fe, al contrario, se enraiza en las verdades y hechos de la historia, es muy real y suficien-

temente fuerte para desencadenar cambios significativos en la sociedad humana.

En el intento de entender la fe verdadera y enseñanzas de Jesús, es esencial escudriñar y separar los hechos de la ficción, y la verdad del mito. La búsqueda de la verdad es el propósito último de este ejercicio. Espero que coincidan conmigo y entiendan que no deseo ofender las creencias ni los sentimientos de nadie.

Es esencial una aproximación crítica para salvaguardar al mundo del cristianismo de una desgraciada degradación moral, cuyo curso ellos mismos están viendo que es muy difícil de invertir. De acuerdo con mi observación, los jóvenes actuales están perdiendo rápidamente su fe en Dios. Hubo un tiempo, en el que los científicos se empezaron a alejar de Dios porque pensaban que el entendimiento judeocristiano de la naturaleza, descrito en el Antiguo y Nuevo Testamento, no correspondía con la realidad.

El conocimiento del mundo y de los cuerpos celestes, y de todo lo que hay más allá, tal como se interpreta del estudio de la Biblia, aparece totalmente alejado de las realidades de los descubrimientos científicos que surgieron a la luz del inicio del Renacimiento. Su divergencia fue aumentando a medida que la ciencia progresaba y el conocimiento humano de la naturaleza sufrió un cambio revolucionario. Esto, entre otros factores, dio lugar, entre los grupos intelectuales de la sociedad, a una tendencia funesta, al descreimiento en Dios. Más tarde, a medida que la educación se fue extendiendo, las grandes universidades y centros de educación se convirtieron en las bases generadoras del ateísmo. El dilema del entendimiento judeocristiano del Universo era que existía una contradicción entre la palabra de Dios y la obra de Dios. El argumento en contra de la creencia en Dios, adoptaba la siguiente forma: si Dios es el Creador del universo y todo ello le pertenece, y si El es el Diseñador y Mantenedor de las leyes de la naturaleza, tal como descubrían las mentes humanas estudiosas,

¿Cómo entonces podía El Mismo ser completamente ignorante de dichas realidades?

Cuando estudiamos el relato bíblico de cómo fueron creados los cielos y la tierra, cómo el hombre fue modelado del polvo, y cómo Eva fue esculpida de la costilla de Adán etc., (dos ejemplos de entre muchas enigmáticas discrepancias entre la palabra y la obra de Dios) nos asombramos y sorprendemos ante las notorias contradicciones entre el origen de la vida en la tierra y el relato bíblico referido en el Génesis.

Tales inconsistencias hicieron que la Iglesia adoptara una postura opresora en los momentos en los que poseía una autoridad política incuestionable. Un ejemplo famoso es la contienda entre la Iglesia y Galileo. Cuando Galileo (1564-1642) publicó sus investigaciones sobre el sistema solar, enfureció a la Iglesia porque tales estudios contradecían la percepción que la Iglesia tenía del sistema solar. Bajo una compulsión extrema, fue forzado a renunciar públicamente a sus descubrimientos científicos (de otra manera hubiera sufrido la muerte por tortura). De todas formas, fue condenado a arresto domiciliario durante el resto de su vida. Sólo recientemente, en 1992, la Iglesia decidió revocar el juicio contra Galileo. Ello aconteció tras largas deliberaciones que duraron doce años, de un comité creado por el Papa Juan Pablo II.

Al principio, el impacto de estas contradicciones no penetró en los sectores comunes de la sociedad y, durante algún tiempo permanecieron restringidas en un círculo cerrado de intelectuales. Sin embargo, con la difusión de la luz del conocimiento secular, la así llamada “luz de las creencias religiosas” fue decreciendo gradualmente hacia una oscuridad relativa. En el primer período del Renacimiento (siglo 15), las actividades de los científicos permanecieron confinadas en sus propios círculos de cultura. No se había establecido aún un contacto más amplio con el público en general, como ocurre hoy día. De esta manera, su ateísmo no

tuvo una influencia importante en la sociedad en conjunto. Sin embargo, cuando la educación universal se hizo asequible a la juventud de las naciones más avanzadas, las cosas comenzaron a cambiar rápidamente en la dirección opuesta a la religión. Luego siguió una época de filosofía y racionalidad. Junto a las ciencias, nuevas filosofías sociales y psicológicas comenzaron a proliferar rápidamente, de forma particular en los siglos diecinueve y veinte. A medida que las nuevas filosofías materialistas se mezclaban con el pensamiento y avance secular, se iban causando estragos en los propios cimientos de la religión, concretamente en la creencia en Dios.

La moral es siempre gobernada y salvaguardada por nuestra creencia en Dios. Si esta creencia es débil, deficiente, o existe algo erróneo en ella, la moral se influencia en el mismo grado. Si, por ejemplo, la creencia en Dios en determinadas personas choca con el entendimiento secular de la naturaleza y los dictados del sentido común; la calidad de la fe en Dios se erosiona de manera lenta y progresiva, y causa un efecto negativo similar en la moral de tales personas. A efectos prácticos, la sociedad se transforma entonces en una sociedad atea, aunque muchos de sus miembros sigan creyendo en Dios. No es difícil examinar esta cuestión y determinar la calidad de la creencia en Dios de una sociedad. Cuanto más débil o deficiente es la fe, tanto más frágil es el dominio que tiene sobre la conducta moral de la gente. Cuando colisionan los dos intereses, la creencia en Dios da paso a los deseos inmorales.

Aplicando este criterio a cualquier sociedad religiosa de cualquier lugar del mundo, podemos extraer conclusiones fiables y correctas. Si ponemos a prueba a la llamada sociedad cristiana, uno puede simplemente preguntarse si los valores cristianos prevalecen en tal sociedad o no. ¿Se comportan, por ejemplo, hacia sus vecinos, tal como los diez mandamientos requieren? ¿En caso de crisis nacionales o en situaciones de guerra aplican los

principios cristianos a sus adversarios? ¿Las víctimas inocentes que son agredidas y asaltadas ofrecen la otra mejilla cuando se les golpea en una de ellas? Si no ocurre así, eso es precisamente lo que queremos señalar cuando decimos que la creencia en Dios colisiona con los impulsos y deseos humanos. Si la fe en Dios permanece por encima de todo y los deseos humanos son sacrificados en el altar de esta fe, entonces podemos afirmar con veracidad que sea cual sea la naturaleza de esta creencia, al menos es genuina, sincera y fuerte.

Observar al mundo del cristianismo hoy día y aplicarle este test para juzgar la calidad de su creencia en Dios, se convierte en una experiencia deprimente y desilusionadora. Lo que se ve normalmente es una rebelión declarada contra la creencia en Dios; y, en ocasiones, una sublevación pasiva que no se traduce en negación abierta. Es la contradicción entre la creencia en Dios y la práctica, la que genera la ilusión de que existe una sociedad religiosa de creyentes, cuando la verdad es bastante distinta. Lo mismo es aplicable, en gran medida, a todas las demás sociedades religiosas. Pero en cada caso no es siempre la misma causa la que produce un efecto similar. El caso de cada sociedad ha de ser considerado respecto a los hechos de la misma. Por eso es sumamente importante realizar un estudio analítico genuino, distanciado, frío y riguroso, sobre la naturaleza de las contradicciones entre las creencias de la gente, y su práctica.

Es importante señalar que, en ocasiones, la creencia es, en sí misma, anti-natural y retorcida. Por ejemplo, algunas partes de las enseñanzas del Talmud respecto a los gentiles, o las enseñanzas hindúes del Manu Samarti respecto a los Intocables, son de tal naturaleza que constituye un claro beneficio para sus respectivas sociedades no ponerlas en práctica. A veces, la creencia es en sí misma buena y sería beneficiosa si se practicara, pero la gente se vuelve corrupta y la creencia se abandona por ser demasiado difícil y exigente para ser tomada en serio.

Volviendo a la cuestión del cristianismo, es nuestra proposición, que las creencias cristianas, en sus fundamentos, están en desacuerdo con las realidades de la naturaleza y no cumplen las expectativas humanas basadas en la racionalidad y el sentido común. Con esta perspectiva, era natural que los cristianos se alejaran gradualmente de tomar en serio sus creencias y no permitieran que esas creencias conformaran sus propias vidas.

1. La filiación de Jesucristo

La relación “Padre-Hijo” entre Dios y Jesucristo es esencial para el cristianismo. Intentemos entender, en primer lugar, cuál es el significado de “hijo literal”. Cuando nos centramos en el significado de lo que supone ser un hijo literal de un padre literal, comienzan a aparecer ciertas cosas que nos obligan a revisar nuestra opinión sobre la “filiación” de Jesús. ¿Qué es un hijo? Durante el período en el que la ciencia aún no se había desarrollado y descubierto cómo se produce el nacimiento de un niño, esta cuestión sólo podía responderse de forma vaga. La gente antigua pensaba que cabía la posibilidad de que Dios tuviera un hijo a través de un nacimiento humano. Se trataba de una creencia que prevalecía en casi todas las sociedades paganas de distintas partes del mundo. La mitología griega abunda en tales relatos y la mitología hindú tampoco se queda atrás. El que los así llamados dioses tuvieran tantos hijos e hijas como desearan, nunca fue seriamente criticado por la razón humana. Sin embargo, hoy día, la ciencia ha experimentado tal desarrollo, que el proceso del nacimiento humano ha sido descrito con minuciosos detalles. El asunto en cuestión se ha vuelto muy complejo, y quienes aún creen que Dios puede dar lugar a hijos e hijas literales tienen serios problemas que resolver, y cuestiones muy difíciles que contestar.

Las Bases Científicas de la Paternidad

En primer lugar, permítanme que les recuerde que tanto el padre como la madre participan de igual manera en la procreación

del hijo. Las células de los seres humanos contienen 46 cromosomas, que portan los genes o caracteres conformadores de la vida. El óvulo de la madre humana posee sólo 23 de los 46 cromosomas, que constituyen la mitad del número total encontrado en cada hombre y mujer. Cuando el óvulo de la mujer está maduro y dispuesto para la inseminación, el espermatozoide masculino le proporciona la otra mitad de los cromosomas que carece, al penetrar y fertilizarlo. Este es el diseño de Dios, ya que de otra manera, el número de cromosomas se duplicaría en cada generación, y, como resultado, la segunda generación tendría 92 cromosomas y los humanos degenerarían -quizás en gigantes- y todo el proceso de crecimiento quedaría desbocado. Dios ha planeado y diseñado tan bellamente el fenómeno de supervivencia de las especies, que ha hecho que las células reproductoras posean sólo la mitad de los cromosomas. El óvulo de la madre contiene 23 cromosomas, los mismos que los espermatozoos del padre. Así, se puede esperar razonablemente que la mitad de los genes portadores de las características del niño procederán de la mujer y la otra mitad de su pareja masculina. Este es el significado de hijo literal. No hay otra definición de hijo literal que pueda ser atribuida a ningún nacimiento humano. Puede haber variaciones en el proceso, pero no hay excepciones a los principios y reglas expuestos.

Centrando nuestra atención en el nacimiento de Jesús, construyamos un escenario en relación a lo que pudo haber ocurrido en su caso particular. La primera posibilidad, que puede considerarse científicamente, es que el óvulo de María, no fertilizado, proporcionara los 23 cromosomas que forman la contribución de la madre en la gestación del embrión. De ser así, surgiría la cuestión de ¿cómo fue fertilizado el óvulo y de dónde vinieron los 23 cromosomas esenciales restantes?. Es imposible sugerir que las células de Jesús contenían sólo 23 cromosomas. Ningún niño humano normal puede nacer vivo con siquiera 45 cromosomas. Incluso si a un ser humano se le privara de un simple cro-

mosoma de los 46 que son necesarios para la creación de todos los seres humanos normales, el resultado sería algo caótico, si fuera viable. Desde el punto de vista científico, María, por si sola, no pudo proporcionarle 46 cromosomas. 23 habían de proceder de alguna otra parte.

Si Dios es el padre, ello ofrece, a su vez, diversas opciones. Una, que Dios tenga también los mismos cromosomas que los humanos, y que éstos fueran transferidos, de alguna forma, al útero de María. Esto no es creíble ni aceptable: si Dios tuviera los cromosomas de los humanos significaría que ha dejado de ser Dios. Por lo tanto, como consecuencia de creer en Jesús como “Hijo” literal de Dios, hasta la divinidad del Padre queda en entredicho.

La segunda posibilidad es que Dios crease los cromosomas extras como un fenómeno sobrenatural de creación. En otras palabras, éstos no pertenecían a la persona de Dios, sino que fueron creados de manera milagrosa. Esto nos llevaría automáticamente a rechazar la relación entre Jesús y Dios como la del hijo y el padre, y a concluir de que se trata de la relación que todo lo abarca entre el Universo y Dios: la relación de todo ser creado con su Creador.

¿Es Posible un Hijo Literal de Dios?

Evidentemente, por tanto, es imposible una filiación literal de Dios, porque un hijo literal ha de poseer la mitad de los cromosomas de su padre y la mitad de los cromosomas de su madre. Otra dificultad que surge es que el hijo sería mitad hombre y mitad dios, cuando los que creen en la filiación literal afirman e insisten en que Cristo era un hombre perfecto y un dios perfecto.

Si los cromosomas constituyeran la mitad del número requerido, entonces no existiría ningún problema, puesto que no nacería ningún niño. Si suponemos que tal cosa ocurriera, entonces

ese niño sólo sería medio hombre, por no mencionar los veintitrés cromosomas que le faltarían, cuando la realidad es que un simple defecto en un gen de un cromosoma hace estragos en el niño que nace con tal defecto congénito: puede nacer ciego, sin miembros, sordo o mudo. Los daños concomitantes con tal desgracia son ilimitados. Debemos ser realistas; es imposible concebir que Dios posea cromosomas, humanos o de otra naturaleza.

Por lo tanto, habiendo excluido la contribución física personal de Dios, si había de nacerle a María un hijo con genes únicamente humanos pertenecientes a su óvulo, fuera cual fuera el resultado, no sería ciertamente el “Hijo” de Dios. A lo sumo se podría describir a este fenómeno de la naturaleza como medio hombre y nada más. Si los órganos reproductores de María eran similares a los de cualquier otra mujer y aún así el óvulo se llegó a fertilizar por sí mismo, de alguna manera, lo más que se podría esperar es la creación de un ser con sólo la mitad de los caracteres humanos. Sería abominable denominar a ese ser el “Hijo” de Dios.

¿Cómo pues nació Cristo? Sabemos que se ha investigado, en muchos países avanzados del mundo, el tema del nacimiento a partir de una madre sola sin la participación del varón. Sin embargo, hasta el momento, el conocimiento humano se halla a tal nivel, que la investigación científica no ha avanzado lo suficiente para que se pueda proporcionar una evidencia irrefutable positiva de nacimientos de mujeres vírgenes en la raza humana. No obstante, todas las posibilidades están abiertas.

En las escalas inferiores de la vida hay dos fenómenos claramente establecidos: la partenogénesis y el hermafroditismo. Como tal, el nacimiento milagroso de Jesús a partir de María, puede entenderse como perteneciente a un fenómeno natural similar, aunque muy raro, cuyos pormenores no han sido plenamente desentrañados por el hombre.

Vamos a exponer brevemente los fenómenos de la partenogénesis y el hermafroditismo. Los lectores interesados en un tratamiento más científico del tema, basado en el conocimiento actual, pueden consultar el Apéndice-II.

Partenogénesis

Se trata del desarrollo asexual de un óvulo femenino hasta convertirse en un individuo adulto, sin la ayuda de un agente masculino. Se observa en numerosas formas inferiores de vida y también en los peces. Hay también evidencia de que la partenogénesis puede ser una estrategia de éxito entre lagartos que viven bajo condiciones difíciles de lluvias intensas. En condiciones de laboratorio, embriones de ratones y conejos se han desarrollado según el mecanismo de la partenogénesis hasta una etapa equivalente a la mitad del embarazo, si bien posteriormente acabaron abortando. En estudios recientes se ha demostrado que los embriones humanos se pueden activar, en ocasiones, en la dirección de la partenogénesis empleando iones de calcio como catalizador. Tales estudios suscitan la posibilidad de que algunas pérdidas tempranas en el embarazo humano pueden tener que ver con la activación partenogénica del embrión. Según los últimos estudios experimentales, no obstante, la posibilidad de un nacimiento virgen ha demostrado ser científicamente posible. Un informe de *Nature Genetics* de Octubre de 1995 comenta el caso llamativo de un niño de tres años cuyo cuerpo derivaba parcialmente de un óvulo no fertilizado. Los investigadores estudiaron las secuencias del DNA a lo largo del cromosoma X en la piel y la sangre del niño y descubrieron que los cromosomas X de todas sus células eran idénticos entre sí y procedían, por entero, de su madre. De forma similar, los dos miembros de cada uno de los 22 pares de cromosomas restantes hallados en su sangre eran idénticos y procedían únicamente de su madre.

Hermafroditismo

Se aplica este término cuando los órganos de ambos sexos se hallan presentes en el interior de una sola hembra y los cromosomas muestran tanto caracteres masculinos como femeninos, estando alineados juntos. Las pruebas de laboratorio han mostrado casos tales como el de un conejo hermafrodita que, en un ciclo determinado, cubrió a diversas hembras y engendró más de 250 crías de ambos sexos, mientras que en otro momento quedó preñado encontrándose aislado y dió a luz a siete crías sanas de ambos sexos. Cuando se le practicó la autopsia, demostró poseer dos ovarios funcionales y dos testes infértiles, encontrándose en ese momento preñado. Estudios recientes sugieren que tal fenómeno -aunque raro- es posible también entre los humanos.

¿Qué son los milagros?

Con la posibilidad abierta de un nacimiento virgen, tal suceso no queda como algo imposible y antinatural. ¿Dónde está la necesidad de buscar una explicación sobrenatural al nacimiento de Jesús, o incluso ir más lejos, hasta el extremo de creer en el nacimiento de un “Hijo” de Dios surgido a través de un nacimiento humano? Cuando todo esto se toma en consideración como un hecho natural ¿por qué es difícil creer que el nacimiento de Jesucristo fue un fenómeno natural oculto, producido por un designio especial de Dios? Algo ocurrió en María que hizo que diera a luz a ese niño de forma milagrosa, sin que ningún hombre la tocara. Los musulmanes áhmadis creemos que esto es exactamente lo que ocurrió.

Nuestra creencia es sólida puesto que ningún científico puede rechazarla como carente de sentido o por ser opuesta a las leyes de la naturaleza.

El Islam no considera los milagros como sucesos antinaturales, sino que los conceptúa como fenómenos naturales que están ocultos al conocimiento humano en el período de tiempo en que acontecen. Si no fuera así, surgirían numerosas cuestiones en contra de la sabiduría divina. Si Dios creó las leyes de la Naturaleza, debió haber hecho las previsiones necesarias para que, sin contradecirlas, pudiera proporcionar las soluciones adecuadas a cada problema.

No todas las leyes son conocidas por el hombre. Hay categorías de leyes que operan, por así decirlo, en diferentes escalas y planos distintos. En ocasiones son conocidas por el hombre en un sólo plano y la vista humana es incapaz de penetrar más adentro. A medida que el tiempo avanza y aumenta el conocimiento humano, también crece su capacidad de penetración y observación que le permiten percibir ciertas leyes que permanecían ocultas hasta entonces. En otra era posterior del conocimiento científico se producen nuevos descubrimientos que arrojan más luz sobre ciertas leyes que operan en conjunto. Así, no sólo se conoce mejor su función sino también su interacción con las demás leyes.

Aquello que pareció un milagro en la época pasada, ahora no se consideraría como tal. Los milagros sólo son milagros en relación con el conocimiento del hombre en un período específico de tiempo. Cuando se muestra un ejercicio especial del poder de Dios, se rompe, en apariencia, una ley. Pero en realidad no es así: se trata de una ley oculta que ya existía y que se pone en marcha por orden divina. La gente de una determinada época no entiende dicha ley ni posee control sobre la misma. Por ejemplo, la fuerza del magnetismo era desconocida para el hombre hace unos cuantos miles de años. Si alguien la hubiera descubierto accidentalmente y hubiera ideado un artilugio con el que hacer elevar algunos objetos sin aparente causa discernible para el ojo desnudo y ante el asombro de los demás, podría exclamar: “¡Mi-

rad: un milagro, un milagro!”. Hoy día estos trucos se considerarían triviales y ordinarios.

El conocimiento del hombre es limitado mientras que el de Dios es ilimitado. Si una determinada ley, que está fuera del alcance del conocimiento humano, se pone en funcionamiento, puede parecer un milagro. Pero si miramos retrospectivamente tales ejemplos con la mirada del conocimiento acumulado desde entonces, podemos definir a estas alteraciones de las leyes de la naturaleza como un mero fenómeno natural que no fue plenamente entendido por el hombre de su época. Es por esto por lo que afirmo que ha de existir un fenómeno natural responsable del nacimiento de Jesús de un sólo padre, que era desconocido para los hombres de aquel período, y que no es plenamente comprendido por el hombre de hoy. Pero la ciencia está avanzando en esta dirección y cada vez se entienden más cosas. Puede llegar, por tanto, un tiempo, en el que nadie pueda ser capaz de afirmar que el nacimiento de Jesús fue antinatural. Se habrá de coincidir en que se trató de un suceso natural aunque raro, tan raro que apenas ocurre en la historia humana.

Jesús ¿el Hijo de Dios?

Existen muchos otros problemas derivados del entendimiento cristiano de Jesús, su naturaleza y su relación con Dios. De un estudio adicional crítico y analítico de la doctrina cristiana se deduce que existe un “Hijo de Dios” que posee las características de un hombre perfecto y también de un dios perfecto. Sin embargo, debemos recordar que, incluso desde el punto de vista de la doctrina cristiana, el Padre no es exactamente igual que el “Hijo”. El Dios Padre es un Dios perfecto y no un hombre perfecto, mientras que el “Hijo” es a la vez un hombre perfecto y un Dios perfecto. En tal caso se trata de dos personalidades con características diferentes.

Debe comprenderse que tales características no son transferibles. Hay caracteres en determinadas sustancias que son transferibles. Por ejemplo, el agua puede convertirse en nieve y también en vapor, sin que se origine un cambio en la sustancia o la composición del agua. Pero el tipo de diferencias en las características de Dios y de Cristo, donde se añaden ciertos caracteres a uno de ellos, son irreconciliables. No es posible que uno de ellos atravesase esta transformación y aun así permanezca indistinguible del otro. Del mismo modo, constituye un problema serio la consideración de que Jesucristo era un dios perfecto a la vez que un hombre perfecto. Si lo fuera, era entonces ciertamente diferente del Padre, que nunca fue un hombre perfecto, ni tan siquiera un hombre imperfecto ¿Qué tipo de relación era ésta? ¿Era el “Hijo” más grande que el Padre? Si este carácter adicional no hacía al “Hijo” más grande, debía tratarse de un defecto. En tal caso ese “Hijo-Dios” defectuoso no sólo va en contra de las afirmaciones del cristianismo sino también contra el entendimiento universal de Dios. ¿Cómo, pues, puede nadie entender el dogma paradójico del cristianismo que pretende que creamos que “Uno en Tres” y “Tres en Uno” son la misma cosa, sin ninguna diferencia. Esto sólo ocurre cuando los fundamentos propios de la fe no se fundamentan en hechos objetivos, sino sólo en mitos.

Hay otro problema a resolver que es el siguiente: si Jesús se convirtió en “Hijo de Dios” como consecuencia de su nacimiento del vientre de María, ¿Cuál era entonces su situación anterior? Si era eternamente el “Hijo”, sin haber nacido de María ¿por qué era necesario que se le hiciera nacer con forma humana?. Si era necesario, entonces, la cualidad de “Hijo” no era eterna, y sólo se convirtió en una característica adicional después de haberle hecho nacer, y desapareció cuando rechazó el cuerpo y volvió al cielo. Así pues, surgen numerosas complejidades de una creencia que rechaza el sentido común. Les invito de nuevo a aceptar un escenario mucho más respetable y realista: creer que el na-

cimiento de Jesucristo fue una creación especial originada por Dios a través de la activación de algunas leyes ocultas de la naturaleza. Jesús era es hijo metafórico de Dios, amado por El de manera especial, pero un ser humano igual que los demás. Su status de “Hijo” fue añadido a su persona cerca de trescientos años más tarde, para permitir que su leyenda permaneciera viva (trataremos de este tema más adelante).

Respecto a la cuestión de la naturaleza de la relación nupcial entre Dios Padre y María, se trata de un tema que prefiero evitar. No obstante, es un mal ineludible si se pretende entender el papel intermediario de María entre el “Padre” y el “Hijo”. Quizá fuera ésta la cuestión que preocupó tanto a Nietzsche que hizo que diera rienda suelta a su insatisfacción, con las siguientes palabras:

No mucho después de haberse librado Zaratustra del mago vio de nuevo a alguien sentado junto al camino que él seguía, a saber, un hombre alto y negro, de pálido y descarnado rostro: éste le causó una violenta contrariedad. “Ay, dijo a su corazón, allí está sentada la tribulación embozada, aquello me parece pertenecer a la especie de los sacerdotes: ¿qué quieren éstos en mi reino?”...” ¡Quienquiera que seas, viajero, dijo, ayuda a un extraviado, a uno que busca, a un anciano al que con facilidad puede ocurrirle aquí algún daño!

Este mundo de aquí me es extraño y lejano, también he oído aullar animales salvajes; y el que habría podido ofrecerme ayuda, ése no existe ya.

Yo buscaba al último hombre piadoso, un santo y un eremita, que, solo en su bosque no había oído aún nada de lo que todo el mundo sabe hoy”.

“¿Qué sabe hoy todo el mundo?, preguntó Zaratustra ¿Acaso que no vive ya el viejo Dios en quien todo el mundo creyó en otro tiempo?”

“Tu lo has dicho, respondió el anciano contristado. Y yo he servido a ese viejo Dios hasta su última hora.

Mas ahora estoy jubilado, no tengo dueño y, sin embargo, no estoy libre, tampoco estoy alegre ni una sola hora, a no ser cuando me entrego a los recuerdos.

Por ello he subido a estas montañas, para celebrar por fin de nuevo una fiesta para mí, cual conviene a un antiguo papa y padre de la Iglesia: pues sábelo ¡yo soy el último papa! -una fiesta de piadosos recuerdos y cultos divinos.

Pero ahora también él ha muerto, el más piadoso de los hombres, aquel santo del bosque que alababa constantemente a su Dios cantando y gruñendo.

A él no lo encontré ya cuando encontré su choza, -pero sí a los lobos dentro, que aullaban por su muerte- pues todos los animales le amaban. Entonces me fui de allí corriendo.

¿Inútilmente había venido yo, por tanto, a estos bosques y montañas? Mi corazón decidió entonces que yo buscara a otro distinto, al más piadoso de todos aquellos que no creen en Dios, -¡a que yo buscara a Zaratustra!»

Así habló el anciano y miró con ojos penetrantes a aquél que se hallaba delante de él; más Zaratustra cogió la mano del viejo papa y la contempló largo tiempo con admiración.

“Mira, venerable, dijo luego, ¿qué mano tan bella y tan larga! Esta es la mano de uno que ha impartido siempre bendiciones. Pero ahora esa mano agarra firmemente a aquel a quien tu buscas, a mí, Zaratustra.

Yo soy Zaratustra, el ateo, que dice: ¿quién es más ateo que yo, para gozarme con sus enseñanzas?”-

Así habló Zaratustra, y con sus miradas perforaba los pensamientos y las más recónditas intenciones del viejo papa. Por fin éste comenzó a decir:

“Quien lo amó y lo poseyó más que ningún otro, ése lo ha perdido también más que ningún otro:-

-mira, ¿no soy yo, ahora, de entre nosotros dos, el más ateo? ¿Mas quién podría alegrarse de eso!”-

-”Tu le has servido hasta el final, preguntó Zaratustra pensativo, después de un profundo silencio, ¿sabes cómo murió? ¿es verdad, como se dice, que fue la compasión la que le estranguló,

-que vio como el hombre pendía de la cruz, y no soportó que el amor al hombre se convirtiese en su infierno y finalmente en su muerte?”-

Mas el viejo papa no respondió, sino que tímidamente, y con la expresión dolorosa y sombría, desvió la mirada.

“Déjalo que se vaya, dijo Zaratustra tras prolongada reflexión, mirando siempre al anciano derechamente a los ojos.

Déjalo que se vaya, ya ha desaparecido. Y aunque te honra el que no digas más que cosas buenas de ese muerto, tú sabes tan bien como yo quién era; y que seguía caminos extraños”.

“Hablando entre tres ojos, dijo, recobrado, el viejo papa (pues era tuerto), en asuntos de Dios yo soy más ilustrado que Zaratustra en persona -y me es lícito serlo.

Mi amor le ha servido durante largos años, mi voluntad siguió en todo a su voluntad. Pero un buen servidor sabe todo, incluso muchas cosas que su señor se oculta a sí mismo.

El era un Dios oculto, lleno de secretos. En verdad, no supo procurarse un hijo más que por caminos tortuosos. En la puerta de su fe se encuentra el adulterio.

Quien le ensalza como a Dios del amor no tiene una idea suficientemente alta del amor mismo ¿No quería este Dios ser también juez? Pero el amante ama más allá de la recompensa o la retribución.

Cuando era joven, ese Dios del Oriente, era duro y vengativo y construyó un infierno para diversión de sus favoritos.

Pero al final se volvió viejo y débil y blando y compasivo, más parecido a un abuelo que a un padre, y parecido sobre todo a una vieja abuela vacilante.

Se sentaba allí, mustio en el rincón de su estufa, se afligía a causa de la debilidad de sus piernas, cansado del mundo, cansado de querer, y un día se asfixió con su excesiva compasión”.-

(Así Habló Zaratustra. Friedrich Nietzsche. p. 347-350. Traducción publicada por Alianza Editorial. 1972).

2. Pecado y Expiación

Trataremos ahora del segundo artículo importante de la fe cristiana. Debo aclarar, sin embargo, que no todos los cristianos creen en lo que a continuación exponemos. Incluso algunos líderes de la Iglesia se han desviado de la actitud dogmática e inflexible de la propia Iglesia a este respecto. Aun así, la filosofía del “Pecado y Expiación” constituye un principio fundamental de la fe ortodoxa cristiana.

El primer componente del entendimiento cristiano del Pecado y la Expiación es que Dios es justo, y ejerce la justicia natural. No perdona los pecados sin exigir una retribución, pues ello atentaría contra los dictados de la justicia absoluta. Este atributo particular de Dios hace necesaria la versión cristiana de la expiación.

El segundo componente es que el hombre es pecador porque Adán y Eva pecaron. Como resultado, su prole comenzó a heredar el pecado, como si fuera inyectado en sus genes, y, desde entonces, todos los hijos de Adán nacen siendo pecadores congénitos.

El tercer componente de este dogma es que una persona pecadora no puede expiar los pecados de otra; sólo una persona sin pecado puede hacerlo. Basándose en esto, se hace evidente por qué, según el modo de entender cristiano, ningún profeta de Dios, por bueno que haya sido, o cercano a la perfección, pudo limpiar a la humanidad del pecado o librarla de él o de sus consecuencias. Siendo hijos de Adán, no podían escaparse del elemento de pecado congénito con el que nacieron.

Este es un simple esbozo de toda la doctrina. Aquí está la solución adelantada por los teólogos cristianos.

La Expiación de la Humanidad

Para resolver este problema aparentemente irresoluble, Dios concibió un plan ingenioso. No está claro si consultó a su “Hijo”, si ambos concibieron el plan simultáneamente, o si fue por completo una idea del “Hijo”, aceptada después por Dios el Padre. Las características de este plan se revelaron en el tiempo de Cristo de la manera siguiente: Hace ahora dos mil años, el “Hijo de Dios”, quien, de manera literal, compartía la eternidad con El, nació de una madre humana. Como “Hijo de Dios” combinó dentro de sí los rasgos perfectos de un ser humano con los de Dios el Padre. Se nos dice que una mujer piadosa y casta llamada María, fue elegida para ser la madre del “Hijo de Dios”. Concibió a Jesús en asociación con Dios. A este respecto, siendo un “Hijo de Dios” literal, Jesús nació sin pecado, aunque de alguna forma retuvo su carácter y entidad humanos. De este modo, se ofreció voluntariamente para llevar la carga de todos los pecados de aquellos seres humanos que creyeran en él y le aceptaran como su salvador. Con este ingenioso recurso, se nos dice, Dios no tuvo que comprometer Su atributo eterno de justicia absoluta.

Recordad que según este *modus operandi*, el hombre quedaría sin castigo, por muy pecador que fuera. Dios podría aún exigir la retribución al pecador sin comprometer Su sentido de la justicia. La única diferencia entre ésta y la posición anterior, responsable de este cambio dramático, es el hecho de que sería Jesús el castigado y no los hijos e hijas de Adán. Sería el sacrificio de Jesús el que, en último término, se convertiría en instrumento de expiación para los pecados de los hijos de Adán.

Por muy extraña y estrafalaria que parezca esta lógica, es exactamente lo que se manifiesta que ocurrió. Jesús se ofreció voluntariamente y fue, en consecuencia, castigado por pecados que nunca cometió.

El Pecado de Adán y Eva

Re-examinemos la historia de Adán y Eva desde el principio. No hay un solo detalle en la anterior doctrina que pueda ser aceptado por la conciencia y lógica humana.

En primer lugar, se tiene la idea de que, como Adán y Eva pecaron, su progenie se contaminó genéticamente y de forma eterna con el pecado. Contrariamente a esta idea, la ciencia de la genética revela que las acciones y pensamientos humanos, sean buenos o malos, y aunque se practiquen de forma persistente durante la vida de una persona, no se transfieren al sistema genético de la reproducción humana. La vida representa un período demasiado breve para que juegue un papel significativo en la producción de tales profundos cambios. Incluso los vicios de un pueblo, practicados generación tras generación, o las buenas obras, en su caso, no pueden ser transferidos a la progenie como caracteres genéticos. Se necesitarían quizá millones de años para impregnar a los genes humanos de nuevas características.

No sólo esto. Si por extensión absurda e inaceptable de la propia imaginación se puede llegar a concebir un hecho tan estrafalario como el descrito, lo contrario habría de ser aceptado con la misma lógica. Ello supondría que si un pecador se arrepiente y queda limpio al final de una jornada, entonces ese acto debería quedar grabado también en el sistema genético, cancelando de manera efectiva el efecto del pecado previo. Esto no ocurre desde el punto de vista científico, aunque ciertamente hay más lógica en este panorama equilibrado que en la idea de que sólo la pro-

pensión al pecado -y no la disposición a hacer el bien- es la que queda codificada genéticamente.

En segundo lugar, al intentar resolver el problema de Adán proponiendo que el pecado se transfiere genéticamente a las futuras generaciones de Adán, lo único que se consigue es demoler completamente los propios cimientos en los que se basa la doctrina cristiana del “Pecado y Expiación”. Si Dios es absolutamente Justo ¿dónde está el sentido de la justicia, condenando eternamente a toda la descendencia de Adán y Eva por un pecado pasajero que sólo ellos cometieron y del que se arrepintieron? Un pecado por el que fueron castigados severamente y expulsados del paraíso en desgracia. ¿Qué tipo de justicia dispensó Dios, que, después de haber más que castigado a Adán y Eva por sus pecados personales, no sintió aplacado Su deseo de venganza hasta haber condenado a toda la raza humana a la degradación y el desamparo de tener que nacer como pecadores congénitos? ¿Qué oportunidad tuvieron los hijos de Adán de escapar del pecado? Si unos padres se equivocan ¿Por qué sus hijos han de sufrir eternamente por dicha equivocación?

Si esto fuera así, ¿qué sentido deformado de la justicia afirma Dios poseer y disfrutar, castigando a un pueblo que está predestinado a actuar pecaminosamente por mucho que aborrezca el pecado. Se hace que el pecado forme parte de su mecanismo. No se deja ninguna posibilidad de que un hijo de Adán permanezca inocente. Si el pecado es un crimen, la lógica exigiría que fuera un crimen del Creador y no de la creación, pues de lo contrario ¿qué tipo de justicia puede exigir el castigo del inocente por los crímenes del que los perpetra?

Cuán diferente del entendimiento cristiano del pecado y de sus consecuencias, es la afirmación del Santo Corán, que dice:

وَلَا تَنْزِرُ وَاِزْرَةً وَّزَرَّ اٰخِرٰى.....

Nadie puede llevar la carga de otro (35:19)

لَا يُكَلِّفُ اللَّهُ نَفْسًا إِلَّا وُسْعَهَا.....

Dios no exige a nadie lo que esta fuera de su capacidad.(2:287)

Comparado con el concepto cristiano del Pecado y la Expiación, estas declaraciones del Santo Corán son música pura para el espíritu.

Volvamos al relato bíblico de lo que realmente ocurrió en el momento del pecado de Adán y Eva y las consecuencias que siguieron al castigo. Según el Génesis, Dios aceptó sólo parcialmente sus disculpas y les condenó a un castigo eterno, prescrito de la siguiente manera:

Y a la mujer le dijo: “**Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos;** y tu deseo será para tu marido, y el se enseñoreará de ti”.

Y a Adán le dijo: “Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; **con dolor comerás de ella todos los días de tu vida.** Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:16-19).

La humanidad existía mucho antes de que nacieran Adán y Eva. Los científicos occidentales han descubierto los restos de varios hombres prehistóricos y los han clasificado con diferentes nombres distintivos. El hombre de Neandertal es quizá el más conocido. Vivieron de 100.000 a 35.000 años atrás, sobre todo en las regiones de Europa, Oriente Próximo y Asia Central. Se ha encontrado el esqueleto de un ser humano completamente desarrollado que habitó en la tierra cerca de 29.000 años antes de que Adán y Eva comenzaran -según se dice- su breve residencia en el

Paraíso. En aquel tiempo, los seres humanos tenían una apariencia física igual que la nuestra y vivían en Europa, Africa y Asia y, posteriormente, durante la Edad de Hielo, se extendieron también a América. También en Australia, la historia cultural auténtica de los aborígenes se puede estudiar hasta 40.000 años atrás.

En comparación con estos datos relativamente recientes, merece la pena destacar el hallazgo de un esqueleto femenino en Hedar, Etiopía, con una antigüedad de 2,9 millones de años. Ahora bien, según la cronología bíblica, Adán y Eva vivieron hace cerca de seis mil años. Uno mira hacia atrás con sorpresa a la historia narrada de los seres humanos, u Homo Sapiens, como se conocen en la jerga científica.

Continúa el Sufrimiento Humano

Tras leer el relato bíblico de cómo fueron castigados Adán y Eva, uno no deja de preguntarse si el dolor y sufrimiento del parto eran desconocidos para las mujeres hasta el comienzo de la época de Adán y Eva. Sería difícil encontrar a un científico que creyera en tales fantasías. De igual manera poseemos evidencia irrefutable de que el hombre, mucho antes de Adán y Eva, ocupó todos los continentes del mundo, incluso las remotas islas del Pacífico, y que siempre hubo de trabajar duro para sobrevivir. Por tanto, afirmar que Adán y Eva fueron los primeros en cometer un pecado y que, como consecuencia, el parto doloroso de las mujeres fuera el castigo acordado, se demuestra que es erróneo a través del estudio de la vida. Hasta los animales que se encuentran muy por debajo del hombre en la escala de la vida, dan a luz con dolor. Si observamos a una vaca dando a luz a un ternero, vemos que su sufrimiento es similar al de la hembra humana. Muchos de estos animales sabemos que habitaron la tierra millones de años antes que Adán y Eva.

Ganarse la subsistencia con el trabajo es común a todos los hombres, y en absoluto algo que los diferencie. Las mujeres también trabajan para su existencia. Anteriormente, cada especie de vida se ganaba su subsistencia a través del trabajo. Este hecho es la clave motivadora de la evolución de la vida. La lucha por la existencia es quizá la marca distintiva más primaria de la vida y la que la separa del mundo de lo inanimado. Es un fenómeno natural que nada tiene que ver con el pecado.

Si -insistiendo en el tema- este fuera el castigo prescrito como consecuencia del pecado de Adán y Eva, uno se pregunta ¿qué ocurrió tras la Expiación? Si Jesucristo expió por los pecados de los seres humanos pecadores ¿fue el castigo prescrito para el pecado abolido tras la crucifixión? ¿Acaso quienes creyeron en Jesucristo como “Hijo de Dios”, de entre las mujeres, dejaron de sufrir al dar a luz? ¿Acaso los hombres creyentes comenzaron a ganar su subsistencia sin realizar trabajos manuales? ¿Cesó el traspaso de la propensión al pecado a las futuras generaciones y comenzaron a nacer niños inocentes? Si la respuesta a todas estas cuestiones fuera “sí”, entonces, desde luego, tendría alguna justificación considerar seriamente la filosofía cristiana del Pecado y la Expiación. Pero ¡ay! la respuesta a todas estas preguntas es no, no y no. Si nada parece haber cambiado desde la Crucifixión tanto en el mundo cristiano como en el no cristiano, ¿cuál es el sentido de la Expiación?.

Incluso después de Jesucristo, el sentido de la justicia común sigue dictando a todos los seres humanos del mundo que si una persona comete una falta, el castigo de dicha falta se ha de aplicar a esa persona y a nadie más. Cada hombre y cada mujer han de sufrir ellos mismos las consecuencias de sus pecados. Los niños nacen siempre inocentes. Si esto no es cierto, entonces el atributo Divino de la Justicia deja de tener ningún sentido.

Nosotros, como musulmanes creemos que todos los libros sagrados se basan en la verdad eterna y que nadie puede afirmar lo contrario. Cuando nos encontramos con inconsistencias y contradicciones en algunos de los llamados libros de origen divino, nuestra postura no es rechazarlo o denegarlo totalmente, sino iniciar un examen cauteloso y comprensivo. La mayoría de las afirmaciones del Antiguo y Nuevo Testamento, que encontramos en divergencia con la verdad de la naturaleza, intentamos reconciliarlas buscando algún tipo de mensaje críptico o metafórico, o rechazamos parte del texto considerándolo obra de manos humanas y no de Dios. Siendo el cristianismo auténtico, no podía contener distorsiones, hechos inaceptables o creencias contrarias a la ley natural. Es por esto por lo que no comenzamos por un examen textual sino por los propios fundamentos, que a lo largo de siglos de consenso se han convertido en componentes indiscutibles de la filosofía cristiana. Uno de estos componentes básicos es el entendimiento cristiano del Pecado y la Expiación.

Me inclino decididamente a creer que alguien, en algún período de la historia del cristianismo, entendió erróneamente las cosas y trató de interpretarlas a la luz de su propio conocimiento, extraviando a las siguientes generaciones a causa de ello.

Pecado Heredado

Supongamos hipotéticamente que Adán y Eva pecaran literalmente como lo describe el Antiguo Testamento, y fueran castigados en consecuencia. Tal como sigue la historia, el castigo fue aplicado no sólo a ellos, sino a toda su progenie. Una vez que el castigo fue prescrito y aplicado ¿Dónde estaba la necesidad de que se aplicara otro castigo?. Una vez que una falta ha sido castigada, el tema queda zanjado. Una vez que se ha dictado sentencia, nadie tiene el derecho a añadir más y más castigos de forma continuada. En el caso de Adán y Eva, no es sólo el hecho

de que fueran severamente reprendidos y más que castigados por el pecado que cometieron, sino que la naturaleza del castigo que fue aplicado a su progenie es más que cuestionable. De ello ya hemos hablado bastante. Lo que deseamos señalar es que se trata de una atroz violación de la justicia absoluta. Ser castigado continuamente por los pecados de nuestros antepasados es incomprensible, pero verse obligado a continuar pecando como consecuencia de un error de un antepasado nuestro es simplemente abominable.

Volvamos a las duras realidades de la experiencia humana e intentemos entender la filosofía cristiana del crimen y el castigo en relación con nuestra experiencia cotidiana. Supongamos que se dicta sentencia contra un criminal, que es demasiado dura y cruel en proporción al crimen cometido. Ello conduciría, desde luego, a una reprobación severa y sin paliativos de tal pena desproporcionada por parte de todo hombre sensato. Considerando este ejemplo, nos resulta muy difícil creer que el castigo impuesto a Adán por su pecado precediera de un Dios Justo. No se trata sólo de un caso con un castigo desproporcionado. Es un castigo que, según el entendimiento cristiano de la conducta Divina, sobrevivió al ámbito de la vida de Adán y Eva y se extendió, generación tras generación, a su progenie. Para la progenie, sufrir el castigo de sus padres supone, en realidad, una extensión de la violación de la justicia por encima de lo imaginable. Pero tampoco estamos hablando de esto ahora. Si tuviéramos la desgracia de observar un juicio en el que un juez actual condenase a los hijos, nietos, bisnietos etc. de un criminal a estar obligados por la ley a continuar pecando y a cometer crímenes, y a ser castigados en consecuencia por ellos, hasta la eternidad ¿Cuál sería la reacción de la sociedad actual, que ha adquirido a través de la civilización un sentido universal de la justicia?

El lector debe recordar que este concepto de pecado heredado es sólo una mala interpretación paulina. No puede ser atribuida,

con justicia, a las enseñanzas del Antiguo Testamento. Hay una evidencia abrumadora en sentido contrario en varios de los libros del Antiguo Testamento.

En el siglo quince, Agustín, el Obispo de Hippo, se vio envuelto en una confrontación con el movimiento Pelagiano, en relación a una controversia respecto a la naturaleza del pecado de Adán y Eva. Proclamó que el movimiento Pelagiano era una herejía porque defendía la idea de que el pecado de Adán sólo le afectaba a él y no a toda la raza humana en conjunto; que cada individuo nace libre de pecado y es capaz, por sí mismo, de vivir una vida sin pecado, existiendo personas que consiguieron llevar una vida de esta manera con éxito.

Quienes tenían razón fueron considerados herejes. El día fue denunciado como noche y la noche como el día. La herejía fue verdad y la verdad herejía.

La Transferencia del Pecado

Volvamos a examinar el tema de que Dios no perdona al pecador sin castigarle porque ello atenta contra Su sentido de la justicia. Uno se horroriza al pensar cómo los cristianos han creído, siglo tras siglo, en algo que está ciertamente fuera del alcance del intelecto humano y es contrario a la conciencia del hombre. ¿Cómo podía Dios en la tierra -o en el Cielo- perdonar a un pecador sólo por el hecho de que una persona inocente se ofreciera voluntaria para aceptar, en su lugar, el castigo? En el instante en que Dios así actuara, violaría los principios más elementales de la justicia. El pecador debe sufrir por sus pecados. Podemos afirmar, en pocas palabras, que una multitud de complejos problemas humanos surgen del hecho de aceptar que el castigo se puede transferir a alguien distinto del que lo comete.

Los teólogos cristianos argumentan que tal transferencia del castigo no viola ningún principio de justicia, debido a que la persona inocente acepta voluntariamente el castigo de las otras personas. ¿Qué diríais del caso de un deudor, preguntan, que se encuentra abrumado por deudas que sobrepasan su capacidad de pago y que encuentra a un filántropo, temeroso de Dios, que decide aliviar su carga pagando por su cuenta a todos los acreedores?. Nosotros responderíamos que ciertamente aplaudiríamos vivamente tal acto de generosidad inmensa, amabilidad y sacrificio. ¿Pero cuál sería la reacción de la persona que nos plantea esta cuestión, si la deuda a pagar suma trillones de pesetas y aparece de pronto un filántropo que saca una peseta de su bolsillo, pidiendo que se cancele toda la deuda del deudor a cambio de esa generosa peseta ofrecida como sustituta de la deuda? Lo que tenemos en el caso de Jesucristo ofreciéndose a ser castigado por los pecados de toda la humanidad, es aún más grotesco en cuanto a la desproporción. No se trata de un sólo deudor ni de todos los deudores de una generación, sino que hablamos de billones de pecadores nacidos y por nacer que se extienden en el tiempo hasta el Día del Juicio Final.

Pero esto no es todo. Pensar que el delito es comparable al del deudor que debe dinero a alguien es la definición más ingenua del pecado que nunca haya escuchado. Este escenario que así se presenta merece que le dediquemos nuestra atención unas cuantas líneas antes de que volvamos a considerar otros aspectos del delito y el castigo.

Tomemos en consideración el caso de un deudor llamado A, que debe cien mil pesetas a la persona B. Si un filántropo rico, en plena facultad de sus sentidos, de forma seria y genuina desea aliviar de su carga al deudor, la ley corriente requeriría que pagara a B todo lo que la persona A le debe. Imaginemos, en cambio, que el hipotético filántropo suplique que la persona A sea absuelta de su responsabilidad de pago a la persona B, y a cambio, él mismo

sea levemente azotado o encarcelado por un período no superior a tres días y tres noches en su lugar. Si esto ocurriera en la vida real sería interesante observar el rostro de estupefacción del juez y de confusión del pobre acreedor B. Pero el filántropo habría de completar su petición de clemencia. Estipularía además: “Oh mi señor, esto no es todo lo que deseo obtener con mi sacrificio. Solicito que todos los deudores de todo el reino que se encuentren vivos o que hayan de nacer hasta el final de los tiempos sean absueltos de sus obligaciones a cambio de mi sufrimiento de estos tres días y tres noches”. Llegados a este punto todos se quedarían boquiabiertos.

Todos deseáramos proponer a Dios, el Dios Justo, que al menos aquellos a quienes se les ha robado los frutos de su labor, o los ahorros de su vida, sean compensados - cuanto menos en parte-. Pero el Dios cristiano parece ser mucho más generoso y clemente con el criminal que con el inocente que sufre a manos del delincuente. Un extraño sentido de la justicia, ciertamente, que resulta en el perdón de los ladrones, usurpadores, quienes abusan de los niños, los torturadores de inocentes y los que perpetrar todo tipo de crueles crímenes contra la humanidad, con tal de que crean en Jesucristo en el momento anterior a su muerte. ¿Qué hay de la deuda incalculable que deben a sus atormentadas víctimas? Unos breves momentos de Jesús en el infierno parecen suficientes para purgarles de sus largas vidas de culpa atroz no castigada, generación tras generación.

El Castigo Continúa Produciéndose

Consideremos ahora una categoría diferente, más grave y seria de delito, cuyas consecuencias la naturaleza humana no admite que puedan ser transferidas. Por ejemplo, alguien sin misericordia, que abusa de un niño e incluso le viola y le mata. La sensibilidad humana se ve violentada hasta un grado insoportable.

Supongamos que tal persona continúa causando un sufrimiento similar o mayor a todos los que viven a su alrededor sin que nunca sea capturado ni llevado a la justicia. Habiendo vivido sin que sus crímenes fueran castigados por manos humanas, la muerte se le acerca pero decide eludir también el castigo mayor del Día del Juicio y, de repente, determina al final, que tiene fe en Jesucristo como su Salvador. ¿Quedarían todos sus pecados reducidos a nada y se le permitiría que entrara en el otro mundo libre de falta como un niño recién nacido?. Quizá el que decide diferir su fe en Jesús hasta el momento de su muerte muestre ser mucho más sabio que aquel que lo hace en una edad temprana de su vida. Siempre existe para este último el peligro de cometer diversos pecados tras su creencia y de caer presa de los malos designios e insinuaciones. ¿Por qué no esperar hasta que la muerte se aproxime dejando poco espacio de tiempo para que el mal os robe la fe en Jesús? Una vida libre para el delito y el placer, aquí en la tierra, y un renacimiento en un estado eterno de redención no es ciertamente mal negocio.

¿Es esta la sabiduría de la justicia que los cristianos atribuyen a Dios? Tal sentido de la justicia o tal tipo de dios es totalmente inaceptable para la conciencia humana, que El Mismo creó, incapaz, por cierto, de discriminar el bien del mal.

Examinando la misma cuestión a la luz de la experiencia humana y del humano entendimiento, poseemos todo el derecho a denunciar esta filosofía por carecer de sentido y fundamento. No tiene sustancia ni es real. La experiencia humana nos enseña que siempre es prerrogativa de quienes sufren a manos de otros el perdonar o no perdonar. A veces, los gobiernos, para celebrar el día de fiesta nacional o, por otros motivos, declaran la amnistía a los criminales sin hacer distinción. Pero eso no justifica en sí mismo el acto de perdonar a aquellos que han hecho un daño irreparable y causado un sufrimiento perpetuo a sus conciudadanos inocentes. Debe recordarse que si el acto del perdón

indiscriminado por parte de un gobierno pudiera justificarse por algún motivo, y si ello no es considerado por los teólogos cristianos como un acto de violación del sentido de la justicia ¿por qué no hacen extensiva la misma cortesía a Dios y le conceden a El él derecho de perdonar como y cuando desee? Después de todo es el Soberano Supremo, el Creador y Maestro de todas las cosas. Si El perdona a alguien por cualquier crimen que haya podido cometer contra los seres humanos, el mismo Maestro Supremo tiene poder ilimitado para compensar al agraviado de forma tan generosa que le haga sentir perfectamente satisfecho con Su decisión. Siendo esto así ¿dónde está la necesidad del sacrificio de Su “Hijo” inocente? Esta idea constituye una burla de la justicia. Nacemos en sintonía con los atributos de Dios. El así lo declara en la Santa Biblia:

Luego Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Génesis 1:26)

Hablando del mismo tema en el Sagrado Corán Él dice:

..... فَطَرَتِ اللَّهُ النَّاسَ عَلَيْهَا.....

“Y siguen la naturaleza creada por Al-lah: la naturaleza de la que ha creado a la humanidad (30:31)

Este principio, común por igual a los cristianos y musulmanes, implica que la conciencia humana es el mejor espejo reflectante de la conducta de Dios en una situación dada. Es un asunto de experiencia diaria entre nosotros el hecho de que muchas veces perdonamos sin que violemos en lo más mínimo el sentido de la justicia. Si nos perjudican a nivel personal, en lo que se refiere al delito cometido contra nosotros, podemos extender el perdón hasta cualquier medida. Si un niño lastima a sus padres mostrándose desobediente o causando daño a un objeto valioso del hogar, o creándoles mala fama, se puede afirmar que ha faltado

contra ellos. Sus padres le pueden, no obstante, perdonar, sin que su conciencia les acuse de haber violado el sentido de la justicia. Pero si su hijo destruye la propiedad del vecino, o hiere al hijo de otra familia ¿Cómo podrían tomar la decisión de perdonar al niño del sufrimiento que ha causado a otros? Sería considerado como un acto de injusticia hacer esto, incluso desde el punto de vista de sus propias conciencias.

El crimen y el castigo tienen la misma relación que la causa y el efecto, y han de ser proporcionados en su medida. Este aspecto de la relación entre el crimen y el castigo ya lo hemos comentado con algún detalle al poner el ejemplo de la mala conducta financiera de un hombre respecto a otro. El mismo argumento es aplicable con mayor severidad a otros crímenes como las lesiones, las mutilaciones o el asesinato de inocentes o la violación del honor por cualquier medio. Cuanto mayor sea la enormidad del crimen, más severa habría de ser la naturaleza y duración del castigo. Si Dios puede perdonar a todos y cada uno, como yo creo que El y sólo El puede hacer, entonces la cuestión de la Expiación a cambio del castigo de una persona inocente no tiene ninguna cabida. Si, en cambio, se trata de la cuestión de la transferencia del castigo de un criminal a una persona inocente que ha optado por esta medida, entonces la justicia exigiría ciertamente que el castigo fuera aplicado íntegramente al primero, sin mitigarlo lo más mínimo. Ya hemos comentado bastante este aspecto.

¿Creen los cristianos que este dictado de justicia fue aplicado en el caso de Jesús el «Hijo», por Dios, el Padre? De ser así, significa que todo el castigo merecido por todos los criminales del mundo cristiano nacidos en el tiempo de Cristo o incluso después, hasta el Día del Juicio, fue amasado, concentrado y condensado a una intensidad infernal de tal magnitud que el sufrimiento de Jesús por sólo tres días y tres noches igualó la tortura de todo el castigo que los anteriormente mencionados pecadores habían merecido o habrían de merecer hasta el último día. De ser así, ningún

cristiano debería ser castigado en la tierra por ningún gobierno cristiano. De otra manera, ello equivaldría a un acto de gran injusticia. Todo lo que los tribunales de justicia deberían hacer tras leer el veredicto de “culpable”, sería pedir al delincuente cristiano que rezara a Jesús “el Hijo” para que lo salvara, y el asunto debería quedar finalizado y cerrado en ese momento. Se trataría de un caso simple de transferencia de la cuenta del criminal a la de Jesucristo.

A modo de ejemplo, tomemos el ejemplo de Estados Unidos en consideración y fijémonos en la situación del crimen en ese país. Los asaltos y asesinatos son tan frecuentes y extensos que es difícil llevar cuenta de su número. Recuerdo que, en una ocasión que visité Nueva York, sintonicé una estación de radio que estaba dedicada exclusivamente a informar del crimen en la capital. Era una experiencia horrorosa escuchar los informes y no pude aguantar más de media hora de escucha. Cada cinco minutos, aproximadamente, se cometía un nuevo crimen en América que se podía escuchar por la emisora, en ocasiones con una cobertura angustiosa por parte de los periodistas que eran testigos del homicidio en curso. No es nuestra intención presentar una imagen detallada del crimen en América, pero es de común conocimiento que hoy día América está a la cabeza de la lista de países donde todo tipo de crimen es habitual, de forma particular en ciudades como Chicago, Nueva York y Washington. En Nueva York el asalto es algo habitual así como la mutilación de las víctimas inocentes que se atreven a resistirse. Estos acontecimientos cotidianos crean una odiosa imagen de muertes y daños corporales a cambio de un provecho miserable.

Dejando a un lado, de momento, la tendencia creciente a la criminalidad en todo el mundo, y pensando sólo en el caso de América, uno no deja de sorprenderse ante la relación entre el concepto cristiano del Pecado y la Expiación y los crímenes cometidos diariamente.

Por muy alejados que se encuentren de los valores cristianos en la práctica, al menos cuentan entre su mérito creer en la doctrina cristiana del Pecado y la Redención así como en Cristo como su Salvador -¡hasta que punto!-. La mayoría de los criminales en América, desde luego, son de procedencia cristiana (aunque los musulmanes y otros no son excepción). Sólo porque todos esos criminales, que pertenecen al cristianismo y creen en el supuesto sacrificio voluntario de Jesucristo por los creyentes pecadores ¿serán todos perdonados por Dios? Si es así ¿de qué manera? Al final, un porcentaje considerable de ellos serán capturados y castigados por la ley de la tierra, pero aún así un número importante permanecerán sin ser detenidos o serán castigados sólo por una parte de los crímenes que han cometido a lo largo de muchos años.

¿Qué ofrecerá el cristianismo a aquellos que son castigados por la ley, y qué prometerá a quienes quedan sin ser detenidos aquí en la tierra? ¿Serán castigados ambos en diverso grado o serán castigados indiscriminadamente?

Otro dilema relativo a la redención de un criminal a causa de su fe en Jesucristo surge de una situación menos clara e indefinida. Si, por ejemplo, un cristiano comete un crimen contra una víctima inocente no-cristiana, será desde luego perdonado debido a las bendiciones de su fe en Jesús. El castigo de su crimen será entonces transferido a la cuenta de Jesús en su lugar. Pero ¿cuál será el resultado de cuentas de la pobre e inocente víctima no cristiana? Pobre Jesús y pobre víctima, ambos castigados por un crimen que no cometieron.

Las facultades propias se acaban confundiendo si tratamos de imaginar la enormidad de los crímenes cometidos por la humanidad desde los albores del cristianismo hasta el tiempo en el que el sol de la existencia se extinga para la vida humana. ¿Todos estos crímenes han sido transferidos a la cuenta de Jesucristo -la

paz y bendiciones de Dios sean con él-? ¿Han sido todos estos crímenes correspondidos en el pequeño espacio de tres días y tres noches en los que se supone que Jesús sufrió? Uno se sigue preguntando aún como es posible que el vasto océano de criminales tan intensamente amargado por el veneno mortal del crimen, pueda volverse dulce y limpio por completo de los efectos de dichos crímenes por el mero acto de su creencia en Jesús. De la misma manera, los pensamientos se dirigen al pasado remoto, en el que el pobre Adán y Eva cometieron ingenuamente su primer delito porque fueron engañados astutamente por Satanás. ¿Por qué su pecado no fue limpiado? ¿No tenían acaso fe en Dios? ¿Era un acto menor de bondad tener fe en Dios Padre, y era culpa suya que nunca hubieran oído hablar de un “Hijo” que vivía eternamente con el Padre? ¿Por qué el “Hijo Divino” no tuvo lástima de ellos y suplicó a Dios Padre que le castigará a él por sus delitos en lugar de a ellos? ¿Cuánto desearía uno que así hubiera ocurrido! Hubiera sido más fácil ser castigado sólo por aquel momento de pecado de Adán y Eva. La historia entera de la humanidad se habría reescrito ciertamente de nuevo en el libro del destino. Una tierra celestial se habría creado en lugar de la presente y Adán y Eva no habrían sido expulsados eternamente del Paraíso junto con su incontable e infeliz progenie. Únicamente Jesús habría sido expulsado del Cielo por sólo tres días y tres noches y esto hubiera sido todo. Por desgracia, ni Dios Padre ni Jesús pensaron en ello. Mirad como la realidad amada y santa de Jesús es, desdichadamente, transformada en un mito estrafalario e increíble.

Justicia y Perdón

La filosofía cristiana del Crimen y el Castigo no sólo es extremadamente confusa para el intelecto humano simple y libre de prejuicios, sino que también hace surgir muchas otras pregun-

tas importantes que no son menos confusas. La relación entre la justicia y el perdón, tal como sostiene la filosofía cristiana de la Expiación, intenta explicar por qué Dios Mismo no podía perdonar. Deriva, por completo, de un concepto erróneo y arbitrario de la justicia, que dá por sentado que la justicia y el perdón no pueden ir de la mano. De ser así ¿por qué el Nuevo Testamento hace tanto énfasis en el perdón cuando se discute la cuestión de las relaciones humanas? No he leído nunca en una escritura divina perteneciente a alguna religión, una enseñanza que se incline tanto de un lado, e insista tanto en el papel del perdón. Qué contraste tan fantástico con el énfasis tradicional en la justicia que encontramos en las enseñanzas judaicas: ojo por ojo, diente por diente. Justicia pura, simple y sin paliativos. ¡Que salida tan dramática de este principio a la enseñanza cristiana de ofrecer la otra mejilla si te abofetean en una de ellas! ¿Quién dió esta última enseñanza que va en contra de las primeras instrucciones de la Torá? ¿Era la primera enseñanza de la Torá -uno se pregunta- una enseñanza de Dios Padre, contraria a la diametralmente opuesta del Nuevo Testamento, enseñada por Cristo, el “Hijo Divino”? De ser así ¿por qué el “Hijo Divino” difería tan drásticamente de su Padre? ¿Debería considerarse este conflicto como un defecto genético, un cambio evolutivo, o era acaso esta actitud cristiana de absoluto perdón -opuesta completamente al énfasis judío en la venganza- un ejemplo de cambio de rostro por parte de Dios Padre? Parece como si verdaderamente se arrepintiera de lo que enseñó a Moisés y al Pueblo del Libro, y desease, anhelante, reparar Su propio error.

Como musulmanes, observamos este cambio fundamental en lo que se señala, sin advertir contradicción, porque creemos en un Dios que combina en Sí ambos atributos de justicia y perdón, sin que exista ningún conflicto interno entre los dos atributos. Entendemos el cambio de las enseñanzas judaicas a las de Jesús, no como una medida correctiva de dichas enseñanzas, sino de su

errónea aplicación por parte de los judíos. Para nosotros, Dios no es sólo Justo sino también Perdonador, Misericordioso y Beneficente. Si El así lo desea, no necesita ninguna ayuda externa para perdonar al pecador.

Pero desde el punto de vista cristiano, el problema adquiere proporciones gigantescas. El Dios de la Torá (Antiguo Testamento) aparece como un Dios que sólo conoce la justicia y no tiene sentido de la compasión o la misericordia. En apariencia, era incapaz de perdonar por mucho que quería hacerlo. He aquí que, de pronto, viene en su ayuda “Dios Hijo” y le libra de Su dilema infernal. El “Hijo” aparece como “Todo-Compasión” en contraposición al Padre “Todo-Venganza”. La conciencia humana se ve perturbada no solo por esta visión absurda del “Hijo”, sino por la cuestión -que surge de nuevo- de contradicción en los caracteres de ambos. Jesús no aparenta ser un verdadero hijo de su Padre. ¿Un error genético quizás?

Otra importante parcela de estudio es la relativa a la actitud de las demás religiones del mundo hacia el pecado y sus consecuencias. El cristianismo no es, por supuesto, la única religión revelada. En número, los no-cristianos exceden ampliamente en número a los cristianos. Miles de años de la historia conocida del hombre, antes de que viniera Jesucristo, vieron nacer y arraigarse a diversas religiones en diversos suelos humanos y en varias partes del mundo. ¿Hablaron alguna vez esas religiones de una filosofía del perdón relacionada siquiera remotamente con el dogma cristiano de la Expiación? ¿Cuál es su concepto de Dios, o de dioses, si han empezado ahora a creer en varios? ¿Cuál es su idea de la actitud de Dios hacia la humanidad pecadora?

Entre el grupo de estas religiones, la más cercana al cristianismo en este aspecto es, quizá, el hinduismo; aunque sólo parcialmente. Los hindúes también creen en un Dios Absolutamente Justo, cuyo sentido de la justicia exige que deba castigar de algún

modo a todo el que perpetra una falta. Pero la semejanza acaba aquí. No hay mención remota de un “Hijo Divino” que asuma todas las consecuencias de todo el conjunto de pecadores sobre sus hombros. Por el contrario, se nos habla de una cadena sin fin de crimen y castigo en un círculo ilimitado de reencarnaciones del alma dentro de la carne animal. La expiación sólo se hace accesible después de varios episodios en los que el alma reencarnada sufre el castigo, en exacta concordancia con la suma total de los crímenes que cometió durante sus experiencias predestinadas de reencarnación. A algunos les sonará extraño e inaudito, pero al menos existe en esta filosofía cierto grado de justicia implícita. Una simetría y una balanza que se hallan en plena armonía con el concepto de justicia absoluta.

Dejando a un lado el hinduismo y otras religiones que también creen en la filosofía de la reencarnación con todas sus complejidades de causa y efecto ¿cuál es el papel del perdón por parte de Dios en las demás religiones mayores y menores del mundo? Todas estas religiones y más de mil millones de fieles de religiones tales como el hinduismo ignoran por completo y no tienen noción alguna del mito de la Expiación. Es algo verdaderamente sorprendente. ¿Quién estaba en comunión con la humanidad en la otra parte de su historia? De no ser Dios Padre, como en la doctrina cristiana, ¿eran todos los líderes religiosos del mundo, salvo Jesús, discípulos del diablo? Y ¿dónde estaba Dios Padre? ¿Por qué no vino al rescate cuando el resto de la humanidad estaba siendo extraviada por el demonio en nombre Suyo? ¿Acaso era el resto de la humanidad creación de otro ser distinto del así-llamado Dios Padre? ¿Por qué fueron tratados como hijastros y abandonados al influjo cruel del diablo?

Prestemos nuestra atención a este tema considerándolo desde la experiencia humana corriente. Puede evidenciarse que el perdón y la justicia se hallan en equilibrio y pueden coexistir sin que se contradigan necesariamente entre sí. A veces la justicia exige

que el perdón sea ampliado y, en ocasiones, exige que el perdón sea restringido o retirado. Si se perdona a un niño y se le anima así para que cometa más faltas, el perdón se convierte entonces en un casi-delito y atenta contra el sentido de la justicia. Si se perdona a un criminal, con la consecuencia de que acaba cometiendo más actos delictivos, y generando sufrimiento en su entorno, envalentonado por el susodicho acto de perdón, este acto atenta, sin duda, contra los dictados de la justicia y supone una crueldad hacia los ciudadanos inocentes. Hay incontables criminales de este tipo que se ven cubiertos por la expiación de Jesús. Esto es, por sí, contrario a la justicia. En cambio, si, por ejemplo, un niño se arrepiente y la madre está convencida de que no repetirá la misma falta, entonces, castigar al niño atentaría contra el sentido de la justicia. Cuando la persona arrepentida sufre, ello constituye “per se” un sufrimiento que en algunos casos excede a un castigo impuesto desde fuera. La gente que posee una conciencia viva siempre sufre después de cometer una falta. En consecuencia, el efecto acumulado de los remordimientos llega a un punto en el que Dios tiene lástima de este siervo Suyo débil, vacilante y arrepentido. Esta es la lección en la relación entre la justicia y el perdón, que tanto la gente de gran intelecto como la de ordinario entendimiento extraen por igual de la experiencia humana universal. Es hora de que los cristianos despierten de su letargo que les hace aceptar el dogma cristiano sin cuestionarse para nada su dudosa sabiduría.

Si examinaran de nuevo la doctrina cristiana a la luz del sentido y entendimiento comunes, podrían seguir siendo buenos cristianos practicantes pero de un tipo distinto y más realista. Creerían más aún, con mayor amor y dedicación, en la realidad humana de Cristo, en contraposición a un Cristo quimérico e irreal como una ficción. La grandeza de Cristo no radica en su leyenda sino en el sacrificio supremo que hizo como hombre y como mensajero. Un sacrificio que conmueve mucho más pro-

funda y poderosamente al corazón que el mito de su muerte sobre la cruz y su resurgimiento de los muertos tras haber pasado unas cuantas horas terribles en el infierno.

Imposibilidad de que Jesús Pudiera Expiar.

Por último aunque no menos importante ¿Cómo pudo Jesús haber nacido inocente cuando resulta que tuvo una madre humana? Si el pecado de Adán y Eva hubo contaminado toda la progenie de esta

pareja desgraciada, entonces, como consecuencia natural, todos los hijos varones y hembras debieron heredar la misma propensión genética a pecar. Las mujeres quizá aún más, porque fue Eva la que -como instrumento de Satanás- sedujo a Adán y por lo tanto, la responsabilidad del pecado recae más de lleno en los hombros de Eva que en los de Adán. En el caso de del nacimiento de Cristo, fue obviamente una hija de Eva la que contribuyó con mayor fracción. La cuestión que surge con fuerza es la de si Jesús heredó algún gen que portara los cromosomas de su madre humana o no. Si así sucedió, era entonces imposible que se escapara del inexorable pecado heredado. Si no heredó tampoco ningún cromosoma de su madre, entonces tal nacimiento habría sido, sin duda, doblemente milagroso. Sólo un milagro podría generar a un hijo que no pertenece ni a su padre ni a su madre. Lo que permanece como incomprendible es por qué los cromosomas proporcionados por Eva no acarrearón la tendencia innata al pecado al niño Jesús. Imaginemos que a pesar de todo así hubiera ocurrido, y que Jesús poseía la inocencia necesaria para portar los pecados de la humanidad, con la sólo condición de que creyeran en él. Surgiría entonces otro problema: ¿Que ocurrió -podría uno preguntarse- con la progenie de Adán y Eva que murió antes de que surgiera el cristianismo? Miles de millones de ellos se dispersaron por los cinco continentes del mundo, generación tras

generación. Debieron de vivir y morir sin esperanza, sin siquiera tener la posibilidad de escuchar nunca acerca de Cristo, su Salvador, que todavía no había nacido. De hecho, toda la humanidad comprendida entre Adán y Cristo parece ciertamente condenada para siempre. ¿Por qué no se les concedió la más remota posibilidad de ser perdonados? ¿Serían perdonados retrospectivamente por Jesucristo? ¿Por qué, si es que así fuera?

En otras partes del mundo, mucho más grandes, en proporción, que la pequeña tierra de Judea, donde la gente nunca oyó hablar del cristianismo, incluso durante la misma vida de Jesús, ¿qué destino les aguarda? Ellos nunca creyeron, ni pudieron creer en la “Filiación” de Jesucristo. ¿Serán castigadas o perdonadas sus faltas? Si son perdonadas ¿por qué razón? Si son castigadas ¿por qué lógica? ¿Qué oportunidades tuvieron? Se encontraron totalmente indefensos. ¡Qué sentido tan deformado de la justicia absoluta!

Sacrificio No Deseado

Volvamos al acto mismo de la Crucifixión. Aquí nos vemos confrontados con otro dilema insoluble. Jesús, tal como se nos dice insistentemente, se ofreció a sí mismo voluntario ante Dios Padre y se convirtió así en cabeza de turco por los pecados de toda la humanidad, a cambio, por supuesto, de que creyeran en él. Pero cuando el momento de aceptación de su deseo se le acerca y, finalmente, la luz trémula de la esperanza para la humanidad pecadora comienza a aparecer, como la luz del alba de un nuevo día, y miramos a Jesús, esperando observar su alegría, su felicidad y su éxtasis en ese momento emocionante de la historia humana, nos quedamos profundamente decepcionados y manifiestamente desilusionados. En lugar de encontrar a un Jesús impaciente que espera la hora del júbilo, hallamos a un Jesús que llora y que suplica a Dios Padre que aleje de él la copa amarga de

la muerte. Reprocha severamente a uno de sus discípulos cuando le sorprende medio dormido tras pasar un día tan largo y fatídico, sufriendo a lo largo de una noche oscura y triste que trajo el infortunio para él y para su santo maestro. El relato bíblico de este incidente relata lo siguiente:

Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: “Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y rezo”. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo”. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras”.

Vino luego a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?”. “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”.

Otra vez fue, y oró por segunda vez diciendo: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad”. Vino otra vez y los halló durmiendo, porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se fue de nuevo, y rezó por tercera vez, diciendo las mismas palabras. (Mateo 26:36-44)

Sin duda que, a medida que el relato cristiano se va desvelando, ni las oraciones y ni las súplicas de Jesús ni las de sus discípulos fueron aceptadas por Dios Padre y, no dispuesto del todo, y a pesar de sus fuertes protestas, fue finalmente crucificado. ¿Era él la misma persona, el mismo príncipe de inocencia y parangón de sacrificio que tan valientemente se ofreció a sí mismo para llevar la carga de todos los pecados de la humanidad sobre sus hombros, o se trataba de una persona diferente? Su conducta, tanto a la hora de la crucifixión como durante la crucifixión, arroja espesas sombras de duda, bien sobre la identidad de Jesucristo, o bien sobre la verdad del mito que gira sobre su personalidad.

Pero dejemos esto para más tarde. Volvamos a nuestro examen crítico donde lo dejamos.

Otras cuestiones que nacen del último grito de agonía de Jesucristo son las siguientes: ¿Quién profirió esas palabras profundamente patéticas y conmovedoras? ¿Era Jesús-hombre o Jesús “el Hijo”? Si se trataba de Jesús-hombre el que fue abandonado, ¿por quién fue abandonado? ¿y por qué? Si aceptamos esta opción, habría que dar por hecho también que, hasta el final, Jesús-hombre conservaba una identidad única independiente que podía pensar y sentir libre e individualmente. ¿Murió acaso en el momento de partir el espíritu de Jesús el “Hijo de Dios” del cuerpo del hombre que había ocupado? Si fue así ¿por qué y cuándo? Si fue así y fue el cuerpo del hombre el que murió después de que el alma de Dios lo abandonara, surgiría la cuestión de quién fue revivido del muerto cuando el espíritu de Dios revisitó el mismo cuerpo más tarde.

De nuevo, esta alternativa nos llevaría a creer que no era Jesús el “Hijo” el que sufría sino que fue la persona de Jesús-hombre la que gritó con agonía y que era ella la que sufría mientras que Jesús el “Hijo” parecía estar en situación de total indiferencia y apatía. Cómo entonces podía justificar la afirmación de que era él, el “Hijo” el que sufrió por la causa de la humanidad y no el hombre que había en él.

La otra opción consiste en que supongamos que era Jesús el “Hijo” el que gritó, mientras que el hombre que había en él, quizá esperanzado de empezar una nueva vida por sí mismo, observaba con inquietud cómo junto con el sacrificio de Jesús el “Hijo”, él, Jesús-hombre habría de ser sacrificado -tanto si le gustaba como si no- en el altar de su inocente partícipe. Qué sentido de la justicia pudo haber motivado a Dios a matar dos pájaros de un tiro, constituye quizá otro nuevo misterio.

Si se trataba de Jesús el “Hijo”, y era él de acuerdo con el consenso general de las iglesias cristianas, entonces, la segunda cuestión que surge de la respuesta de la primera, concierne a la identidad del segundo grupo implicado en el monólogo de Jesús (Mateo 26:39,42). Tenemos dos alternativas abiertas:

Una, que el “Hijo” se estaba dirigiendo al Padre, quejándose de que se le abandonaba en el momento de necesidad. Ello nos conduce inequívocamente a creer que existían dos personas diferentes que no coexistían en una personalidad única mutuamente fundida, que participara por igual en todos los atributos y los pusiera en funcionamiento de forma simultánea y compartida. Una aparece como árbitro supremo, el todo poderoso poseedor de la facultad última de la toma de decisiones. La otra, el pobre “Hijo” parece estar privado totalmente, o quizá temporalmente desposeído, de todos los caracteres dominantes que su Padre disfrutaba. El punto central que debe ser tenido en cuenta es el hecho de que sus voluntades y deseos opuestos no aparecen en ninguna parte tan reñidos y en desacuerdo entre sí como lo estuvieron durante el último acto del drama de la Crucifixión.

La segunda cuestión es si estas dos personas distintas, con pensamientos individuales, valores individuales y capacidades individuales, sentirían dolor y agonía si fueran realmente “dos en uno” y “uno en dos”. Otra cuestión así requeriría diálogos muy prolongados entre teólogos respecto a la posibilidad de que Dios sea capaz de sufrir dolor y castigo. De ser así, sólo la mitad de Dios sufriría mientras que la otra mitad sería incapaz de hacerlo por designio u obligación de Su naturaleza. A medida que continuamos adentrándonos en el oscuro mundo de esta filosofía retorcida, la luz comienza a debilitarse cada vez más y no encontramos más que confusión sobre confusión.

Otro problema es ¿a quién se dirigía Jesucristo si resulta que él mismo era Dios? Cuando se dirigía al padre, él mismo constituía

una parte inseparable del Padre, según se nos dice. ¿Qué era lo que decía y a quién? Esta cuestión debe ser respondida con la conciencia libre, sin recurrir al dogma. Sólo se convierte en dogma cuando no puede explicarse en términos humanos. Según la declaración bíblica, cuando Jesús estaba a punto de abandonar el espíritu, gritó, dirigiéndose a Dios Padre: “¿**Por qué me has abandonado?**” ¿Quién abandonó a quién? ¿Hubo Dios abandonado a Dios?.

¿Quien Fue Sacrificado?

El otro problema del que hemos de tomar nota es que Jesús-hombre no fue castigado, ni por ninguna lógica debería haber sido castigado, puesto que nunca optó por cargar con los pecados de la humanidad. Este elemento nuevo que entra en el debate, nos conduce a una situación peculiar que no hemos considerado anteriormente. Uno se ve obligado a pensar en la relación entre Jesús el hombre con la propensión heredada a cometer el pecado, común a toda la progenie de Adán y Eva. Como mucho uno puede llegar a creer que, en la dualidad del “Hijo Divino” y el hombre que ocupaba el mismo cuerpo, sólo el “Hijo Divino” era inocente.

Pero ¿qué hay del hombre que vivía al lado de él? ¿También nació de genes y caracteres proporcionados por Dios?. Si fue así, entonces debió portarse como el divino-en-Jesús, no siendo aceptable que fuera remiso en esto o en aquello, con la disculpa de que así actuaba porque era un hombre. Si no había nada de Dios en él, es decir, en Jesús el hombre, debemos admitir que era simplemente un ser humano ordinario, quizás medio ser humano. Sin embargo, este ser humano amalgamado con Jesús, había de ser suficientemente humano para heredar la disposición al pecado. Y si no era así ¿por qué no lo era?

Obviamente no tiene sentido decir que, siendo un hombre separado claramente de su socio divino, debió haber pecado independientemente, recayendo la responsabilidad entera de la falta sobre sus hombros humanos. Este escenario no quedaría completo sin presentar a Jesús el “Hijo de Dios” muriendo, no tan desinteresadamente, por cierto, por la causa de la humanidad, sino más preocupado, en primera instancia, por su medio hermano, el hombre que tenía dentro.

Todo esto es extremadamente difícil, si no imposible, de digerir intelectualmente. Sin embargo, desde nuestro punto de vista no hay ningún problema. Fue la inocente persona de Jesús el hombre, sin ninguna dualidad existente en él, el que profirió este grito de sorpresa y agonía.

El Dilema de Jesús

Permítanme aclararles una vez más que yo creo en Jesús y le tengo un profundo respeto como un mensajero de Dios, que hizo sacrificios extraordinarios. Entiendo que Jesús fue un hombre santo, que pasó por un período de grandes pruebas. Sin embargo, a medida que la narración de la crucifixión se desvela y la estudiamos con detalle, no nos queda otra alternativa que creer que Jesús no se ofreció voluntariamente a morir sobre la cruz. La noche anterior al día en que sus enemigos intentaron matarle mediante la crucifixión, le escuchamos rezar durante toda la noche, junto con sus discípulos, porque la verdad de su misión estaba en juego. Se afirma en el Antiguo Testamento que todo impostor que atribuye cosas a Dios que El nunca ha dicho, debía ser colgado de un árbol y abandonado a una muerte maldita.

Pero el profeta que presume hablar en mi nombre algo que Yo no le ordenado que diga, o el profeta que hable en nombre de otros dioses, **debe ser condenado a morir** (Deuteronomio 18:20)

Y si un hombre comete un crimen cuyo castigo es la muerte y es condenado a muerte, y lo colgáis de un árbol, su cuerpo no habrá de permanecer toda la noche sobre el árbol, sino que lo enterraréis el mismo día, **porque el hombre colgado es maldición de Dios** (Deuteronomio 21:22-23)

Jesús sabía que si ocurriera esto, los judíos lo celebrarían con júbilo y proclamarían que él era un impostor cuyas falsedad habría quedado finalmente probada, sin sombra de duda, por la autoridad de las Escrituras divinas. Esta era la razón por la que estaba ansioso de escapar del cáliz amargo de la muerte; no era por cobardía sino por temor a que su gente llegara a conclusiones erróneas y no aceptasen su verdad si moría en la cruz. Durante toda la noche rezó de forma tan lastimosa y con tal devoción, que leer el relato de su agonía y sufrimiento es desgarrador para el corazón. Pero a medida que este drama de la vida real va llegando al final, el clímax de su angustia, abatimiento e indefensión queda expresado en su totalidad en su último grito: “*Eloi, Eloi, lama sabachtani*”, que significa “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mateo 27:46),

Debe observarse que no era sólo la agonía lo que expresaba este lamento, sino que, obviamente, había un elemento de sorpresa entremezclado que rayaba en el horror. Después de que volviera a la consciencia, con la ayuda de algunos de sus dedicados discípulos, los cuales aplicaron un unguento a sus heridas que habían preparado antes de la crucifixión y que contenía todos los ingredientes necesarios para mitigar el dolor y curar las lesiones, debió sentirse tan maravillosa y felizmente sorprendido, y su fe en un Dios verdaderamente amante tan revitalizada y reintegrada, que rara vez el hombre habrá experimentado tanta intensidad e inmensidad.

El hecho de que el unguento fuera preparado de antemano constituye una gran prueba de que los discípulos de Jesús espe-

raban ciertamente que fuera liberado vivo de la cruz, y en necesidad acuciante de tratamiento médico.

De lo anteriormente expuesto, queda confortablemente claro que el concepto del Pecado Heredado y el de la Crucifixión, se basan únicamente en las conjeturas y espejismos de los teólogos cristianos de un período posterior. Muy probablemente nacieron a partir de mitos pre-cristianos de naturaleza similar, los cuales, cuando fueron aplicados a las circunstancias de Jesucristo, les tentaron a buscar similitudes entre los dos y a crear un mito semejante. Sin embargo, sea cual sea el misterio o paradoja, tal como lo vemos, no hay evidencia alguna de que la filosofía cristiana del Pecado y la Expiación se base en algo que Jesús hubiera dicho, hecho o enseñado. Nunca pudo él predicar algo tan contrario y tan diametralmente opuesto al intelecto humano.

¿Sufrió, acaso, Dios Padre también?

Volviendo a la naturaleza del “Hijo”, no podemos creer que fuera arrojado al Fuego del Infierno, ya que ello supondría una contradicción interna consigo mismo. Consideremos el concepto básico del cristianismo. Se dice que Dios y el “Hijo” son dos personas pero de la misma naturaleza y esencia. Es imposible que uno pruebe una experiencia sin que el otro no participe de ella. ¿Cómo podríamos creer que un aspecto de Dios, el “Hijo”, sufriera el tormento, mientras que Dios, el Padre permanecía ileso? Si no sufrió, ello equivaldría a romper la Unidad de Dios. Tres personas en una se hace aún más inconcebible, puesto que las experiencias de cada constituyente de la Trinidad han resultado ser tan dispares y alejadas unas de otras, que resulta imposible que un Dios este en medio del fuego rugiente del infierno, y que, al mismo tiempo el otro permanezca perfectamente a distancia y sin ser tocado. Los cristianos de hoy no tienen otra elección que, o bien sacrificar la Unidad de Dios y creer en tres dioses

diferentes, igual que los paganos de la época pre-cristiana tales como los romanos o los griegos, o permanecer fieles a si mismos y creer que Dios es uno y, como tal, dos aspectos del mismo no pueden adoptar estados contradictorios. Cuando sufre un niño, es imposible que su madre permanezca calmada e impasible. Ella sufre necesariamente, y, a veces, más que el propio niño. ¿Qué ocurría con Dios Padre cuando hizo que Su “Hijo” sufriera la agonía de permanecer tres días en el Infierno? ¿Qué ocurrió con Dios “Hijo”? ¿Se dividió en dos personas, con dos formas y esencias? ¿Una forma sufriendo en el Infierno y la otra completamente fuera del mismo, sin sufrir lo más mínimo? Si Dios Padre estaba sufriendo en aquel momento, ¿dónde estaba la necesidad de crear al “Hijo”, cuando El mismo podía sufrir? Por lo tanto esta es una cuestión muy directa ¿Por qué no sufrió por El Mismo? ¿Por qué trazar un plan tan dificultoso para resolver el problema del perdón?

El Castigo del Fuego

En este punto debemos examinar con más detenimiento la cuestión del infierno en el que, según la doctrina cristiana, Jesús fue confinado. ¿Qué tipo de infierno era? ¿acaso era el mismo que describe el Nuevo Testamento, que dice:

El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a todos los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujiir de dientes. (Mateo 13:41-42)

Antes de que prosigamos, ha de quedar claro lo que el Nuevo Testamento quiere decir con el castigo del fuego o el castigo del infierno. ¿Es el fuego que quema el alma o es el fuego carnal que consume el cuerpo y en consecuencia tortura el alma? ¿Creen los cristianos que, tras la muerte, volveremos al mismo cuerpo que el alma abandonó para que se desintegrara en tierra y cenizas,

o existirá un cuerpo nuevo creado para cada alma y la persona resurrecta experimentará una especie de reencarnación?

Si se trata de un fuego carnal y de un castigo corporal, hemos de extender nuestra imaginación hasta el límite de su paciencia para entender lo que pudo haber ocurrido en el caso de Jesucristo. Antes de ser sometido al Fuego ¿fue su alma hecha de nuevo prisionera en el cuerpo del hombre que le sirvió de guarida durante su vida en la tierra, o fue hecho descender de alguna manera a un cuerpo astral? Si hubiera ocurrido esto último, tal cuerpo astral habría estado fuera del alcance del fuego carnal, incapaz de chamuscarlo, castigarlo o destruirlo. Por otra parte, si aceptamos la perspectiva de que el cuerpo del hombre que ocupaba fuera reconstruido para Jesús como medio para que él pudiera sufrir el infierno, entonces no podemos dejar de constatar que se trataría de otro golpe propinado contra el principio de la justicia divina. ¡Pobre hombre!, en primer lugar fue prácticamente secuestrado durante toda su vida por un espíritu extraño, pero luego, como recompensa por la hospitalidad a que se vio forzado, sería quemado en el infierno por crímenes que no había cometido. El mérito de este sacrificio iría a parar por completo al extraño que le ocupaba. De nuevo, ¿qué hay de el alma de este hombre, o es que tal vez no tenía alma propia? Si no la tenía, entonces el hombre en Jesús y el Dios en Jesús habrían de ser una y la misma persona y el argumento de que Jesús actuaba en ocasiones por sus impulsos humanos y en ocasiones por Voluntad divina, se reduce a pura palabrería. La única fórmula aceptable para cualquier intelecto es que un alma y un cuerpo equivalen a una persona. Dos almas y un cuerpo constituyen una idea estrafalaria que sólo puede ser mantenida por quienes creen en la posibilidad de que la gente pueda ser poseída por fantasmas o seres similares.

El Sacrificio y la Felicidad Espiritual

Si la segunda opción es más aceptable para los teólogos cristianos es porque asume que sólo el alma de Jesús entró en el infierno, y que se trataba de un infierno espiritual. Si es así, parece que no hay razón por la que debamos rechazar esta sugerencia como carente de sentido. Sin embargo, el infierno espiritual sólo se origina por el remordimiento o el sentimiento de culpa. En el caso de Jesucristo no sería aplicable ninguna de estas dos opciones. Si se acepta el castigo del crimen de otro, siendo uno mismo inocente, no se genera remordimiento sino todo lo contrario. El alma de dicha persona vibraría con un sentimiento de nobleza y autosacrificio que estaría mucho más próximo al cielo espiritual que al infierno.

Volvamos ahora a la cuestión del cuerpo que ocupaba Jesús y al sentido de la muerte en relación con dicho cuerpo, así como el significado de la resurrección en este mismo contexto. Según nuestro mejor entender, el cuerpo de Jesucristo había de formar parte integral de la “Filiación” de Jesús. De otro modo carecería de un terreno común para que su divinidad y su humanidad se entremezclaran y jugaran roles distintivos bajo determinadas condiciones. Deberíamos ver al hombre, en ocasiones, haciéndose cargo de los asuntos, a condición de que poseyera él mismo un alma independiente, y, en ocasiones, observaríamos al Divino expresándose por Sí mismo y controlando las facultades humanas de la mente y el corazón. Hacemos énfasis de nuevo en que esto sólo puede ocurrir si existen dos personalidades distintas encerradas en un ser único.

El Sentido de la Muerte en Relación con Cristo

Habiendo entendido claramente las diferentes opciones en relación con los papeles relativos que el Hombre y el Divino en

Jesús pudieron haber jugado, intentaremos comprender la aplicación de la palabra “muerte” y su pleno significado en relación con él.

Si murió por tres días y tres noches, entonces la muerte ha de entenderse en el sentido de que el alma se separa del cuerpo, y que el alma se marcha. Lo cual significa que el alma debió salir del cuerpo rompiendo su relación con él de forma tan completa, que sólo dejó atrás un cadáver auténtico y sin vida.

Jesús, por fin, fue liberado de su prisión en el cuerpo carnal de un hombre. Sin embargo, la liberación de esta prisión no puede, en absoluto, considerarse un castigo. El retorno del alma divina del “Hijo” al mismo estado sublime de existencia, no puede considerarse de ninguna forma como una muerte humana ordinaria. La muerte humana no es temida porque el alma abandone al cuerpo y rompa los vínculos al alcanzar un nuevo estado de conciencia, sino que los horrores de la muerte se deben principalmente al hecho de que se truncan permanentemente los lazos con todos los seres queridos aquí en la tierra, y porque uno deja tras de sí diferentes posesiones y objetos amados. Muchas veces ocurre que el hombre que carece de motivo por el que vivir prefiere morir antes que vivir una vida vacía.

En el caso de Jesús, el sentimiento de remordimiento no podía estar presente. Para él, la puerta de la muerte sólo estaba abierta en una única dirección: la de ganar y no perder. ¿Por qué habría de considerarse su salida del cuerpo como una experiencia lastimosa y agonizante? Si murió en seguida y literalmente -no metafóricamente- abandonó el espíritu, como los cristianos quieren que creamos, entonces, la vuelta al mismo cuerpo es el paso menos cuerdo que se le ha atribuido. ¿Nació de nuevo cuando retornó al cuerpo que había abandonado a la hora de la muerte? Si se describe este proceso sólo como la resurrección o el revivir de Jesús, entonces el cuerpo debería también haber sido eternizado.

Pero lo que leemos en la Biblia es una historia totalmente distinta. De acuerdo a esta historia Jesús fue resucitado de los muertos volviendo a entrar en el mismo cuerpo en el que fue crucificado y a esto se le denomina su recuperación de la vida. Si esto es así ¿Cuál es el sentido de este acto de abandonar el cuerpo una vez más? ¿No equivaldría a una segunda muerte?

Si la primera salida del cuerpo era la muerte, entonces ciertamente que la segunda vez que se considera que abandonó el cuerpo humano, debió declarársele eternamente muerto. Cuando el alma abandona el cuerpo la primera vez, lo llamáis muerte; cuando vuelve al mismo cuerpo, lo llamáis vida después de la muerte. ¿Cómo lo llamaríais cuando el alma abandona el mismo cuerpo otra vez más para no volver más? ¿Se llamaría muerte eterna o vida eterna según la jerga cristiana? Sería una muerte eterna y no otra cosa. Contradicción sobre contradicción. ¡Una experiencia demoledora para los nervios, en verdad!

Hay quien sugiere que el cuerpo no fue abandonado la segunda vez, pero entonces nos encontramos con la perspectiva extraña de ver a Dios Padre existiendo como un ser espiritual incorpóreo e infinito mientras que el “Hijo” permanece atrapado en los limitados confines de la existencia mortal.

Sufrimiento Limitado para un Pecado Sin Límites

Podría argumentarse que no son siempre los remordimientos de la conciencia los que crean un estado mental y emocional desgraciado en aquellos que son sensibles a sus propias faltas. Por otro lado, una simpatía intensa hacia los sufrimientos de los demás puede crear una vida agónica a quien -siendo total o parcialmente inocente de delito- posee la cualidad espiritual sublime de sufrir por los demás. Ello también crearía una semejanza con el Infierno. Las madres sufren por sus hijos enfermos. La

experiencia humana da testimonio del hecho de que, a veces, por causa de un niño permanentemente inválido, la vida entera de su madre se convierte en un vivo infierno. ¿Por qué no conceder a Jesús la noble cualidad de ser capaz de sufrir por la causa de los demás? Por qué no, en verdad. ¿Pero por qué sólo tres días y tres noches? ¿Por qué no durante todo su tiempo de vida en la tierra e incluso antes y después de este período? La gente noble no sufre sólo temporalmente, por un lapso limitado de horas o días. Sus corazones no descansan en paz hasta que ven que la miseria se mitiga o queda aliviada por completo. El infierno que estamos considerando no es sólo prerrogativa de una persona divina e inocente, se trata de una cualidad de nobleza de la que participan en cierta medida hasta los animales de la jungla en relación con sus congéneres cercanos.

Tras unos breves comentarios, dejaremos este tema, pero quiero comentar brevemente otro aspecto importante. El castigo prescrito por Dios a Jesucristo sólo duró tres días y tres noches. Mientras, los pecadores por quienes fue castigado, hubieron cometido pecados tan terribles y durante tanto tiempo que, según la Biblia, su castigo tenía que ser el sufrimiento eterno en el infierno. Por tanto, ¿qué clase de Dios justo era Aquel que, cuando tuvo que castigar a quienes El creó, que no eran sus hijos ni sus hijas, les castigó eternamente, pero cuando hubo de castigar a Su propio “Hijo” por pecados que él voluntariamente había aceptado, de repente, el castigo se le reduce?. ¡Sólo tres días y tres noches! No hay comparación posible. Si esto es la justicia, ¿que no exista la justicia! ¿Cómo miraría Dios la conducta de los seres humanos, que El mismo creó con su diestra, si éstos dispensaran la justicia de la misma manera que aprendieran de El?. Aplicar diferentes medidas a los propios hijos, y muy diferentes a los hijos de demás. ¿Observaría Dios Padre esta imitación fiel con deleite o con horror? Muy difícil ciertamente de responder.

¿Qué Cambió la Expiación?

En lo que se refiere al efecto de la Crucifixión de Jesucristo en relación con el castigo del pecado, ya hemos dejado claro que la fe en Jesucristo no ha reducido, de ningún modo, el castigo del pecado, prescrito por Dios para Adán y Eva y su progenie. Todas las madres humanas siguen dando a luz a sus hijos con el dolor del parto y el hombre sigue ganándose el pan con el sudor de su frente. Si lo consideramos desde otro ángulo, una amplia comparación entre el mundo cristiano y no-cristiano desde los tiempos de Jesucristo, muestra que ningún creyente en Cristo puede mostrar un cambio apreciable en ningún período de la historia, en el sentido de que sus mujeres hayan dado a luz sin dolor y sus hombres se hayan ganado el pan sin trabajo. No muestran ninguna diferencia a este respecto con el mundo no-cristiano.

En lo que se refiere a la disposición a cometer pecados, el mundo de los creyentes en Cristo comparado con el mundo de los no-creyentes en Cristo no recoge ninguna evidencia de que la disposición a cometer pecados haya desaparecido entre el grupo de los creyentes en Cristo. En añadidura, uno se pregunta ciertamente por qué tener fe en Dios se considera tan inferior a tener fe en Su “Hijo”. Esto es especialmente importante para el tiempo anterior a cuando este ancestral secreto, celosamente guardado, (que Dios tuviera un “Hijo”) fue descubierto a la humanidad. Desde luego que existió gente que tuvo fe en Dios y en Su Unidad. Asimismo nacieron incontables seres humanos antes de Cristo en todas las religiones y lugares de la tierra que creyeron en Dios y en Su Unicidad. ¿Por qué la fe en Dios no tuvo influencia en el crimen humano y el castigo? De igual manera, ¿Por qué no podía Dios Padre mostrar la misma nobleza de sufrir por la causa de los pecadores que mostró Su noble “Hijo”? Ciertamente que el “Hijo” parece poseer cualidades morales más elevadas (¡Dios nos perdone!) que su menos civilizado Padre. Podríamos

preguntarnos si la Divinidad está evolucionando y se haya aún en el proceso de llegar a la perfección.

3. El Papel del Espíritu Santo

Hasta ahora hemos discutido la cuestión de Jesús, el -así llamado- Hijo, y de Dios, el supuesto Padre literal de Jesús. Sin embargo, hay una tercera persona denominada “El Espíritu Santo”, que, según el dogma cristiano, a pesar de poseer una personalidad individual distinta, se halla, no obstante, fundido y unido de manera tan completa y eterna con el “Padre” y el “Hijo” que su fusión crea una unidad en los tres. Centremos ahora nuestra atención en esta cuestión preguntándonos si el Espíritu Santo posee un ego separado de Dios o de Jesús, o si participan de un sólo ego. Podemos definir aquí al ego como lo fundamental de la conciencia, que, en su análisis final, es indivisible y específico para cada individuo. La propia conciencia última que nos hace vernos distintos de los demás y que da lugar al “yo” y “lo mío” en contraposición a “el” y “lo suyo”, y “tu” y “lo tuyo”.

Centrándonos en las tres partes de la divinidad, hemos de resolver si poseen tres egos distintos y propios o si no los poseen. Si no tienen egos separados y distintos, sería inconcebible atribuirles personalidades diferentes. Cada persona, por muy cercana que se encuentre a la otra, ha de disfrutar de una conciencia individual y separada de su propio ser.

La posición oficial de la mayoría de las iglesias es muy clara y bien definida, y afirma que cada una de las tres entidades de la persona de Dios tiene, en sí, una personalidad propia distintiva y separada. Por lo tanto, “Tres en Uno” no es simplemente tres personas en una. El encuentro amargo de Jesús con la muerte y todas sus consecuencias fatídicas debió haber sido compartido por

igual por el Espíritu Santo. En consecuencia, debió haber sido incluido en el sacrificio conjuntamente con Jesús. De la misma manera, debió haber sufrido el infierno en compañía de Jesús y de Dios Padre. Si no fue así, nos vemos abocados a la conclusión inevitable de que no sólo se trataba de tres personas distintas y diferentes sino que también sus emociones y facultades relativas a la mente y al corazón eran necesariamente diferentes, separadas y aisladas entre sí.

En el intento de llegar más lejos en nuestra visión de la Trinidad, debemos intentar visualizar la realidad de tres personas fundiéndose entre sí o existiendo eternamente fusionadas juntas como una sola. Hasta ahora hemos fracasado en el intento de ver como hubieran podido unir sus emociones y procesos de pensamiento.

La única opción que nos queda, por tanto, es una fusión en el cuerpo. Ello nos recuerda -en cierta medida- al monstruo con cabeza de hidra que menciona la mitología griega, que poseía muchas cabezas que crecían de nuevo cada vez que eran cortadas. Desde luego que el hombre no puede entender la verdadera naturaleza de Dios y cómo funcionan Sus atributos, pero es sencillo y fácil creer en una entidad única sin áreas específicas a las que atribuir y limitar determinadas funciones como la cabeza, el corazón o los riñones etc. No obstante, la idea de unos pensamientos y sentimientos individuales separados, se halla verdaderamente en discordancia con el escenario antes mencionado de una entidad individual. Crea una imagen de Dios que es muy difícil de concebir y creer por los seres humanos, muchos de los cuales han convivido durante mucho tiempo con el dogma cristiano sin cuestionarlo y habiendo de alguna forma cerrado sus ojos a tan flagrantes violaciones del intelecto humano, supuestamente creado por el mismo Dios.

El Espíritu Santo y la Creación.

No advertimos que el Espíritu Santo haya jugado ningún papel en el plan divino de la creación, ni -a este respecto- tampoco Jesucristo.

En el principio Dios creó los cielos y la tierra (Génesis 1:1)

Obviamente se trata de Dios Padre a quien se refiere el Antiguo Testamento sin ningún dato de referencia a Cristo o al Espíritu Santo. En toda la era pre-cristiana, de entre todos los judíos que creyeron en el Antiguo Testamento y que debieron haber escuchado este versículo cientos de miles de veces, no había uno solo que pudiera leer el nombre de Cristo en la creación del Universo, o el del Espíritu Santo. En su Evangelio, San Juan sugiere que el término “Palabra” se refiere a Jesús¹⁴. Sin embargo, no deja de ser extraño que un asunto tan importante halla sido tratado por el autor de un solo Evangelio, por alguien que no era siquiera discípulo de Jesús. Incluso si se aceptara su palabra como palabra de Dios, aún así sólo podría entenderse que significaba la Voluntad de Dios; término que es común a diversas religiones en relación con la Creación.

Sorprendentemente, el secreto ancestral de la participación de Cristo y del Espíritu Santo en la Creación, permaneció en secreto para el propio Jesucristo. No se lee una sola declaración de Jesucristo en la que afirme que él sea la Palabra. Por tanto, tampoco tuvo ningún papel que jugar en la configuración y conformación de la Creación. Fue, de nuevo, Dios Padre sólo -según se nos dice- el que modeló al hombre a partir del polvo con sus propias manos. No he leído nunca en ninguna escritura cristiana que las dos manos pertenecieran a Jesús y al Espíritu Santo. Por lo tanto, Dios creó todo sin la más mínima ayuda o participación de Jesús o del Espíritu Santo. ¿Eran observadores pasivos que aprobaban,

¹⁴ En el principio estaba la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios (Juan 1:1)

en general, lo que Dios estaba haciendo, o participaron realmente en el trabajo? Si esto último es lo más aceptable para los teólogos cristianos, surge de inmediato la cuestión de si era cada uno de ellos capaz, individualmente, de crear sin la ayuda de los demás, o sólo eran capaces de hacerlo en conjunto. Asimismo, Si era esencialmente necesario que conjuntaran los tres sus funciones para crear ¿era igual su participación o puso alguno de ellos una mayor parte de esfuerzo en el proceso de la creación? ¿Se trataba de tres personas con poderes diferentes en clase e intensidad o participaban de ellos por igual? Ha de admitirse que, de ambas opciones, se elija la que se elija, el resultado es que cada uno de los componentes de la Trinidad se vuelve incompetente para crear algo por sí mismo.

Si hacemos extensivo el mismo argumento a las demás funciones divinas, la misma cuestión continuaría atormentando a los teólogos cristianos. Al final, el cristianismo tendría que admitir que no cree en una sola entidad Divina, con tres aspectos y expresiones de un único poder y majestad central. Más bien cree en tres componentes complementarios de la divinidad que son tres segmentos del cuerpo de Dios. La cuestión de si son iguales o distintos quedaría relegada a un estado de menor importancia.

Tomemos por ejemplo el atributo de Justicia y Perdón. El “Hijo” aparece más compasivo, mientras que el Padre aparece como menos Justo que el Espíritu Santo, que no tomó parte en la injusticia suscitada por Dios Padre.

La segunda posibilidad que hemos mencionado es que Jesús y el Espíritu Santo jugaran un papel inactivo en los procesos de la creación y en el gobierno de las leyes de la naturaleza. Si esto fuera así, surgirían diversas preguntas. La primera es ¿cuál es el papel asignado a los dos socios de Dios en el desempeño de sus funciones divinas? Si son observadores pasivos, como socios inermes, entonces estarían relegados a una posición inferior, secundaria,

en la que coexisten con Dios pero sin compartir, en la práctica, Sus poderes. Este concepto de Dios, poseedor de dos apéndices no funcionales es insólito, por no decir otra cosa. Me pregunto a qué conciencias puede satisfacer. Racionalmente es, desde luego, inaceptable y no está en consonancia con el concepto cristiano de “Tres en Uno” y “Uno en Tres”. La unidad en tres no puede alcanzarse o concebirse remotamente sin que exista una fusión total de voluntades, poderes y toda la experiencia vital que pueda atribuirse a una entidad que viva individualmente.

En cuanto al Espíritu Santo, al tratarse de una persona separada, a menos que esta persona se uniera completa e irrevocablemente, perdiendo toda su identidad, a las otras dos, no quedaría esperanza futura de que emergiera el dios con cabeza de Hidra, con pensamientos individuales, voluntad individual y cuerpo individual.

Misterio o Paradoja

Es comprensible que una persona pueda creer en algo que no comprende claramente, por evidencias irrefutables que tenga a su favor. Por ejemplo, mucha gente no entiende el fenómeno que, de forma colectiva, hace posible crear la transmisión y recepción de la radio, como tampoco la difusión de pulsos eléctricos de audio y vídeo que son convertidos en figuras y sonido televisados. Sin embargo, hasta el mayor analfabeto cree en la realidad de la radio y la televisión. De manera similar, la mayoría de nosotros no entendemos cómo trabajan los ordenadores, pero en la presente era moderna muy pocos se atreverían a negar la existencia de los ordenadores por esta razón. Tales casos podrían considerarse misterios, pero no tiene sentido negar su existencia o ridiculizar a quienes creen en ellos, -a condición de que, obviamente- estén basados y fundamentados en una evidencia irrefutable.

También aceptamos que pueda existir una actitud mucho más indulgente -y de hecho así se ejerce- en relación con muchos misterios que existen en forma de dogmas religiosos. Un gran número de seres humanos creen en tales dogmas sin ser capaces de entenderlos o explicarlos. Parecen heredar tales doctrinas a través de las generaciones y adoptan una actitud de “dar por hecho” lo que contienen. Sin embargo, cuando las contradicciones y las paradojas encuentran su camino en los dogmas religiosos, ninguna excusa es aceptable en su favor, con el argumento de que la creencia en los misterios sorprendentes también nos proporciona justificación para creer en las paradojas. Es aquí donde el problema se complica. Puedo creer en algo que no entiendo, pero no puedo creer en algo que es contradictorio consigo mismo, ni puedo esperar que otra persona en su plenitud de facultades lo haga. Por ejemplo, puedo no entender de qué está hecho un reloj, pero no tengo derecho a creer que un reloj es, simultáneamente, un perro vivo y coleando. No se trataría de un dogma misterioso sino una simple y manifiesta contradicción.

Cuando existe alguna contradicción entre dos o más atributos de Dios, o cuando existe inconsistencia entre la palabra y los actos de Dios, se transgreden ampliamente los límites del misterio y nos encontramos caminando a la deriva del mundo del misterio al de la fantasía. Cuando esto queda demostrado, es natural suponer que los creyentes en tales contradicciones revisen sus creencias y, en consecuencia, realicen reformas en su fe. Desgraciadamente, sin embargo, en nuestros diálogos con los pastores cristianos encontramos que se aferran siempre tenazmente a la idea de que creer que Jesús es un dios y un hombre al mismo tiempo, no es una contradicción. Tampoco les parece contradictorio que una persona pueda ser tres personas simultáneamente, sin que exista la más mínima diferencia en su carácter. Insisten en que creer en un Dios único y, al mismo tiempo, creer en una divinidad con tres puntas, la de Dios, la del Espíritu Santo y la del

“Hijo”, no es una paradoja sino un simple misterio. Cierran sus ojos ante las contradicciones existentes en su afirmación de que Dios permanece como una entidad única a pesar del hecho de que la persona de Dios Padre es claramente distinta a la persona de Jesús, el “Hijo” y del Espíritu Santo. Cuando les indicamos, con asombro, que estamos hablando de tres personas y no de aspectos diferentes, de los atributos o del carácter de una sola persona, y que Dios “Uno en Tres” y “Tres en Uno” es ciertamente no un misterio sino una contradicción manifiesta, no dicen que sí con la cabeza, sino que nos piden -educadamente- que pasemos a considerar otras contradicciones que tienen lugar en áreas de discusión diferentes. Nos exigen que primero creamos en lo no creíble y, luego, avancemos hasta desarrollar la fe en las contradicciones, o en los misterios, como prefieren mejor denominarlos. Un no-cristiano, por tanto, no puede entender las contradicciones de los dogmas cristianos y para comprender lo que no puede creer, debe creer sin entenderlo. Este es el mundo de la fantasía cristiana en la que a nosotros, que no somos cristianos, se nos invita a entrar. Pero esta alfombra mágica de fantasía se niega a levantar el vuelo cuando un no-creyente se posa sobre ella.

4. Crucifixión

Antes de dirigirnos a la descripción bíblica de los hechos relacionados con Cristo y su crucifixión, quizá no esté fuera de lugar mencionar, brevemente, cuál es el punto de vista musulmán Ahmadía respecto a lo que ocurrió durante y después de la crucifixión de Jesucristo. Trataremos ahora el tema de forma sucinta, para luego entrar en una discusión detallada.

Creemos que la crucifixión de Jesús constituyó un intento de atentado contra su vida, como cualquier tentativa de asesinato. La crucifixión fue sólo el arma empleada en esta tentativa criminal. Sin embargo, el designio de crucificarle fracasó en el intento de causarle la muerte. Ello equivale a decir que fracasaron en crucificarle. Cuando lo expresamos así, lo hacemos exactamente de la misma manera que lo haríamos en cualquier otro caso de intento de asesinato. Si el intento se realiza contra la vida de alguien y el intento fracasa, no se puede afirmar que la deseada víctima haya sido asesinada. Por ejemplo, si tal tentativa se hace con una espada, y la tentativa falla, nadie podría afirmar que la víctima deseada fue atravesada por la espada. Así pues, nosotros, los áhmadis musulmanes, creemos que sólo se intentó acabar con la vida de Jesús, y que la crucifixión fue el instrumento de esta tentativa de crimen. Después de unas pocas horas de intenso sufrimiento sobre la cruz y antes de que la muerte le llegara, fue descendido de la cruz en estado de coma profundo, del que fue reanimado más tarde. Dado que ningún estado permite que una persona condenada a muerte tenga cobertura legal y protección garantizada para su vida si consigue, de alguna forma, escapar de la ejecución -y así ocurría con la ley romana-, no existía inmu-

nidad disponible para Jesús a partir del punto de la crucifixión. Ello proporcionó a Jesús motivo suficiente para escapar del territorio romano a una tierra de libertad. Pero él también tenía un mandato que realizar y una profecía que cumplir. Se trataba de las ovejas perdidas de Israel, quienes, tras su éxodo bajo las invasiones de Roma y Babilonia, quedaron dispersas en varios lugares de Oriente y estaban aguardando su ministerio. Esta era la otra razón poderosa que hizo que Jesús emigrara de la tierra de Judea a aquellas regiones extranjeras en las que los judíos se habían establecido desde hacía varios siglos. Esto es suficiente de momento en lo que respecta a nuestra argumentación.

Quisiera dejar claro el siguiente punto a aquellos que nos exigen pruebas en favor de la muerte natural de Jesús después de que fuera salvado de la cruz. Desplazan el peso de la prueba sobre nosotros sin justificación. Existen fenómenos naturales que son conocidos por el hombre y universalmente entendidos. Sabemos que la vida del hombre sobre la tierra no se extiende más allá de ciento cincuenta años como mucho, ciertamente no llega a vivir más de mil años. Es una experiencia común la relativa al lapso de vida humana sobre la tierra. Si alguien piensa que ha ocurrido algo que contradice esta regla, la responsabilidad de probarlo recae sobre sus hombros y no sobre los de quien cree en la regla en lugar de la excepción. Esto debería aplicarse a la situación que rodea la vida y la muerte de Jesucristo. Quienes creen que no murió deben aportar la prueba. Aquellos que afirman que debió finalmente morir, sólo siguen las leyes de la naturaleza y no se les debe exigir que, además, lo prueben. De otra manera, cualquiera podría afirmar que su tatarabuelo no ha muerto. Si tal demandante va desafiando a todos a que prueben lo contrario ¿cuál sería su reacción? ¿Cómo podría responder a su reto el pobre oyente? Lo único que podría decir es que las leyes de la naturaleza operan sobre todo ser humano sin excluir a ninguno. Por lo tanto si alguien hace declaraciones en contra de las leyes de la

naturaleza, a él corresponde la responsabilidad de probarlo. Esta es la primera respuesta, pero trataré, humildemente, de dejar las cosas más claras desde otro punto de vista.

Cualquiera que fuera su relación con Dios ¿era irremediable que Jesús muriera? Los mismos cristianos creen que, en efecto, murió. Si el hecho de morir estuviera en contra de su naturaleza, es evidente que ello no podría ocurrir. No obstante todos estamos de acuerdo en que murió, al menos en una ocasión. La parte restante de la pregunta es la relativa a cuándo murió. ¿En la cruz o posteriormente?

El Signo de Jonás

Podemos probar a partir de la Biblia que Dios no le abandonó y le salvó de la muerte innoble sobre la cruz. Esto puede ser estudiado a la luz de los hechos relativos al período anterior de la Crucifixión, así como por los hechos de la misma Crucifixión y los que la sucedieron, tal como son relatados por el Nuevo Testamento.

Mucho antes de ese incidente, Jesús había prometido que no les sería mostrada al pueblo otra señal salvo la señal de Jonás.

Entonces le interpellaron algunos escribas y fariseos, y le dijeron: Maestro quisiéramos ver una señal tuya. El respondiendo les dijo: La generación mala y adúltera busca una señal, pero no les será dada más señal que la de Jonás el Profeta. Porque como estuvo Jonás en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches, en el corazón de la tierra. Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y hay aquí algo más que Jonás”. (Mateo 12:38-41)

Por lo tanto antes de determinar lo que le ocurrió a Jesús, debemos entender lo que le ocurrió a Jonás, ya que Jesús afirmó

que el mismo milagro se repetiría. ¿Cuál era el signo de Jonás? ¿Murió acaso en el vientre del cetáceo y fue más tarde resucitado de entre los muertos? Existe unanimidad entre todos los cristianos, judíos y musulmanes en la idea de que Jonás no murió en el vientre del pez. De forma precaria se mantuvo entre la vida y la muerte y fue milagrosamente salvado de esa situación, cuando cualquier otra persona en su lugar hubiera muerto. Sin embargo, en su caso, determinadas leyes sutiles de la naturaleza, bajo el comando divino, debieron actuar concertadamente para salvarle la vida. Recordemos que no estamos debatiendo el hecho de si eso era o no posible. Sólo queremos indicar que cuando Jesús señaló que lo mismo que lo que le ocurrió a Jonás le ocurriría también a él, sólo pudo significar que lo que todos entendieron que ocurrió en el caso de Jonás, también le ocurriría a él. Nadie de entre el todo el mundo del judaísmo, tanto si se hallaba en la tierra de Judea como en cualquiera otra parte donde los judíos se habían dispersado y establecido, habría recibido un mensaje distinto de esta afirmación de Jesús. Todos creían que Jonás, de manera milagrosa o de cualquier forma, sobrevivió durante tres días y tres noches en el vientre del pez, y no murió -ni un instante- en ese período. Evidentemente, tenemos nuestras reservas respecto a este punto de vista. La historia que menciona el Santo Corán de Jonás no menciona en ninguna parte que fueran tres días y tres noches de tribulaciones las que sufrió Jonás en el vientre del pez. Sin embargo, volvamos al caso en cuestión y tratemos de elucidar las verdaderas similitudes que fueron predichas por Jesucristo, referentes a Jonás y a si mismo. Estas similitudes hablaban claramente de que pasaron tres días y tres noches en circunstancias extremadamente precarias y de un restablecimiento milagroso ante una muerte cercana. No hablaban de un retorno a la vida desde la muerte. Lo mismo, afirmó Jesús, ocurriría en su caso.

La Promesa de Jesús a la Casa de Israel

La segunda evidencia importante es que Jesús dijo a su gente que las ovejas de la casa de Israel que vivían en Judea y en sus alrededores no eran las únicas ovejas, y que él no fue enviado por Dios sólo para ellas sino también para otras ovejas del mismo rebaño. De la misma manera que había venido para salvarlas, se dirigiría a las otras para salvarlas también.

Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.
(Juan 10:16)

Ahora bien, de acuerdo con el común conocimiento, en el tiempo transcurrido entre su promesa y la Crucifixión, nunca abandonó la tierra de Judea para dirigirse a ningún otro lugar. La cuestión es que si Jesús ascendió al cielo para toda la eternidad, ¿habían ascendido antes al cielo también las ovejas perdidas de Israel? Los cristianos creen que tras haber sido descendido de la cruz como muerto, su alma retornó a su cuerpo después de unos tres días, y después fue visto ascender a las nubes y desaparecer entre los escondrijos ignotos del cielo, para llegar finalmente al trono de su Padre y sentarse a su diestra por los siglos de los siglos. Si esto fuera cierto, nos veríamos enfrentados a un grave dilema. Nos veríamos obligados a tomar elección entre dos posiciones: una, la adoptada por el mismo Jesús y la otra la adoptada por sus seguidores. Las dos posiciones están tan en desacuerdo que aceptar una de ellas equivale a negar completamente la otra. Si Jesús era veraz, como creemos que lo era, antes de ascender al cielo debió haber recordado su propia promesa y solicitado algún tiempo adicional a Dios Padre para quedarse en la tierra a fin de poder dirigirse a las naciones donde, antes que él, la mayoría de las tribus israelitas habían emigrado y se habían establecido. No podía ascender al cielo sin romper su promesa y responsabilidad, mancillando y dañando de forma irreparable su imagen de dios

perfecto y hombre perfecto. Si, al contrario, consideramos que tienen razón los teólogos cristianos, y se acepta que Jesús olvidó realmente su compromiso con la Casa de Israel y se dirigió directamente a los cielos, deberíamos concluir, con pesar en el corazón, que los teólogos cristianos están en lo cierto pero ¡ay! el cristianismo resulta que es falso, ya que si se prueba que Jesús es falso, el cristianismo no puede ser verdadero.

Nosotros creemos que Jesús era un verdadero Profeta de Dios y no pudo hacer una promesa falsa. Lo que quiso significar con las “ovejas perdidas” eran las diez tribus de Israel, que habían emigrado anteriormente de Judea y se habían dirigido a tierras remotas del Oriente. Su promesa, por tanto, era que no sería matado en la cruz sino que se le concedería una vida larga para ejercer su misión y que no era un profeta sólo para las dos tribus israelitas que vivían en su entorno, sino para todos los israelitas en conjunto. Las dos evidencias asociadas ofrecen una señal positiva de lo que iba a acontecer a Jesucristo tras la Crucifixión.

Sucesos de la Crucifixión.

Otro punto importante en relación con este tema es el relativo a la fecha y la hora fijados por Pilatos para llevar a cabo la Crucifixión. Incluso antes de que fijara la fecha y hora sabemos de otras circunstancias, que no nos sorprende creer, jugaron un papel importante respecto a su decisión final. Sabemos, en primer lugar, a través del Nuevo Testamento, que la esposa de Pilatos estaba en contra de que su marido dictara sentencia contra Jesús, influenciada por el sueño que tuvo la noche anterior al juicio contra Jesucristo.

Se hallaba tan aterrorizada por efecto de dicho sueño -que la convenció de que Jesús era absolutamente inocente- que decidió que era preciso alterar el procedimiento del tribunal para hacer

llegar a su marido el mensaje de su sueño (Mateo 27:19). Quizá fuera esta protesta urgente de su mujer la que hizo que Pilatos escenificara su absolución de la responsabilidad de condenar a Jesús.

Viendo, pues, Pilato que nada conseguía, sino que el tumulto cada vez crecía más, tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo: Yo soy inocente de la sangre de este hombre. ¡Es vuestra responsabilidad! (Mateo: 27:24-25)

Ello equivalía a una confesión de su parte en el sentido de que Jesús era ciertamente inocente y que la compulsión a la que se veía sometido era la causa de la cruel sentencia. Queda claro a partir del Nuevo Testamento que la poderosa comunidad judía se había confabulado contra Jesús y se hallaba determinada a castigarle. Cualquier decisión de Pilatos en contra de los deseos judíos hubiera acabado en una alteración grave de la ley y el orden. Esta era la coacción a la que se vio sometido Pilatos, que le hizo sentirse indefenso y que fue expresada en el acto de lavarse las manos.

Pilatos hizo, además, otra tentativa para salvar a Jesús. Ofreció a la multitud enfurecida la elección de salvar, o bien la vida de Jesús, o bien la de un célebre criminal llamado Barrabás (Mateo: 27:15-17). Todo esto nos proporciona una pista significativa sobre el estado mental de Pilatos en aquel momento. Era, obviamente, contrario a la idea de sentenciar a Jesús. En este estado psicológico decidió fijar el viernes por la tarde como fecha y hora de la ejecución. Lo que ocurrió realmente -nos vemos obligados a concluir- era una indicación clara de que lo hizo a propósito, puesto que el sábado no estaba distante del viernes por la tarde, y él, como custodio de la ley, conocía mejor que nadie que antes del comienzo del amanecer del sábado, el cuerpo de Jesús había de ser descendido, y esto es exactamente lo que ocurrió. Lo que normalmente suponía tres días y tres noches, aproximadamente, de tortura, para finalmente infligir una muerte dolorosa a todos

los condenados, fue limitado en el caso de Jesús a unas cuantas horas como máximo. Apenas suficiente -sería sorprendente- para matar efectivamente a un hombre de la psique de Jesús a quien una vida austera había endurecido físicamente.

¿Podría ser este incidente la clave del enigma de Jonás? Dado que era práctica común que el condenado permaneciera colgado en la cruz durante tres días y tres noches, ello nos alerta sobre la similitud entre Jesús y Jonás tal como hemos mencionado antes. Se supone que él también permaneció en el vientre del pez durante tres días y tres noches. Pero quizá también fue entregado vivo por el designio de Dios en el lapso de tres horas en vez de tres días. Por tanto lo que ocurrió en el caso de Jesús se convierte en un espejo que refleja y revive el drama trágico de Jonás.

Volvamos ahora a los sucesos de la Crucifixión. Incluso en el último momento, Jesús se mantuvo firme en su protesta: “*¿Eloi, Eloi lama sabachtani?*” ¡Cuán profundamente trágico, cuán dolorosamente expresivo de su desilusión! ¡Qué sutil indicación a una promesa y garantía anterior que Dios Padre le hizo, ya que no se puede dar otro sentido distinto a esta exclamación! Es un rechazo simultáneo a su deseo y disposición a llevar -a la fuerza- la carga de los pecados de los demás, y a la opinión de que aguardaba con ilusión la hora de la muerte. ¿Por qué este grito de angustia profunda si el castigo fue pedido por él mismo? ¿Por qué había de reprochar a Dios, o siquiera rezar para ser salvado? Esto ha de ser entendido en el contexto de lo que aconteció anteriormente, pues estuvo rezando a Dios todo el tiempo para que le apartara el cáliz amargo.

Nosotros, musulmanes áhmadis, creemos que siendo Jesús un hombre santo y piadoso, era imposible que Dios no aceptara sus oraciones para ser salvado. Debió saber que su oración había sido aceptada. No creemos que expirara en la cruz. En nuestra idea no hay contradicción y todo es consecuente. Su muerte fue

sólo la impresión de un observador que no era médico ni tuvo la ocasión de examinarle desde el punto de vista médico. Un espectador que le observaba con gran ansiedad y preocupación esperando que la muerte no venciera a su amado maestro, y que cuando simplemente observó que su cabeza cansada se reclinaba y la barbilla descansaba contra el pecho de Jesús, exclamó: “Mirad” “ya ha expirado”. Sin embargo, como hemos explicado antes, este no es un tratado que pretenda explicar los méritos y legitimidades del relato bíblico desde el punto de vista de su autenticidad o falsedad, ni tampoco discutir cualesquiera interpretaciones que se atribuyan al mismo. Estamos aquí sólo para examinar desde el punto de vista crítico la propia lógica y sentido común del dogma y la filosofía cristiana.

El punto que queda rotundamente claro de lo antes expuesto es que tanto si se desmayó como si murió, su dolorosa sorpresa ante lo que estaba a punto de ocurrirle prueba firmemente que él esperaba que ocurriera lo contrario. Si era la muerte lo que esperaba, no tenía justificación alguna la sorpresa que mostró. Nuestra interpretación como musulmanes áhmadis es que el único motivo por el que Jesús estaba sorprendido era porque le fue prometido por Dios que sería salvado de la Cruz como respuesta a sus súplicas de la noche anterior. Pero Dios tenía otros planes. Hizo que Jesús sólo se desmayara, para que los centinelas encargados de la vigilancia llegaran a la conclusión de que había muerto y, en consecuencia, entregaran su cuerpo a José de Arimatea, quien a su vez lo entregó a sus parientes y amigos. La sorpresa que encontramos en las últimas palabras de Jesucristo también era compartida por el mismo Pilatos: “¿Ya ha muerto?” es lo que exclamó cuando el incidente de la muerte de Jesús le fue comunicado (1). Pilatos tenía una larga experiencia de crucifixiones a lo largo de su etapa como Gobernador de Judea y no habría expresado su sorpresa a menos que estuviera convencido que era inusual que le llegara la muerte a un crucificado en el

corto período de unas pocas horas. Sin embargo tuvo que aceptar la petición de entregar el cuerpo en circunstancias misteriosas. Es por esto por lo que se le acusó siempre de conspiración. Se afirma que, por influencia de su esposa, hizo posible que la ejecución de Jesús tuviera lugar a una hora próxima al comienzo del Sábado. En segundo lugar, aceptó la petición de entregar el cuerpo a pesar de los dudosos informes que le llegaban acerca de la muerte de Jesús. Esta decisión de Pilatos causó grave preocupación entre los judíos, que se dirigieron a él para expresar sus dudas y sospechas respecto a la muerte de Jesús (*Mateo 27:62-66*).

También encontramos en la Biblia que cuando su cuerpo fue descendido, no le fueron fracturadas las piernas, cosa que sí ocurrió con los dos ladrones colgados a su lado, cuyos miembros inferiores fueron fracturados para asegurarse de que morían (*Juan 19:31-32*). El acto de perdonar a Jesús le ayudaría sin duda a recuperarse del estado de coma. No se puede excluir tampoco que los centinelas recibieran instrucciones de emisarios de Pilatos para que no rompieran las piernas de Jesucristo; tal vez como señal de respeto hacia él y la inocente comunidad cristiana.

Asimismo, según la Biblia, cuando se le atravesó el costado, brotaron sangre y agua.

Pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante brotó sangre y agua (*Juan 19:33-34*)

Si estuviera muerto y el corazón hubiera dejado de latir, este sangrado activo que hizo que la sangre brotara con ímpetu hubiera sido imposible. Como mucho habría podido existir un flujo pasivo de sangre coagulada y plasma, pero esa no es la imagen que presenta el Nuevo Testamento, que dice que la sangre y el agua salieron con fuerza. En lo que se refiere a la mención del agua, no es sorprendente que Jesús desarrollara un derrame pleural durante las horas crueles de prueba que permaneció so-

bre la cruz. El estrés físico de la crucifixión pudo producir este exudado en la pleura. Esta condición -que en otra circunstancia es dolorosa y peligrosa- se convirtió en ventaja para Jesús, ya que cuando le fue perforado el costado, la pleura edematizada pudo desempeñar el papel de amortiguadora e amortiguadora, evitando que los órganos del tórax se vieran directamente afectados por la lanza. El agua mezclada con sangre manó gracias a un corazón que latía activamente.

Otra evidencia en este contexto es la siguiente: Según el relato bíblico, después de que el cuerpo fuera entregado a José de Arimatea, fue llevado de inmediato a un lugar secreto de sepultura: un sepulcro con lugar habitable suficiente para Jesús y dos de sus asistentes que se sentaron a su lado y cuidaron de él.

Los discípulos se fueron de nuevo a casa, pero María se quedó llorando fuera de la tumba. Mientras lloraba se inclinó hacia la tumba, y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús. (Juan 20:10-12)

Esto no es todo. Se nos informa en el Nuevo Testamento que un ungüento que había sido preparado con antelación, fue aplicado a las heridas de Jesús (Juan 19: 39-40). Este ungüento, preparado por los discípulos de Jesús, contenía ingredientes con propiedades curativas para las heridas, para mitigar el dolor etc. ¿A qué se debía este ejercicio laborioso de tener que reunir doce raros ingredientes para preparar el ungüento?. La prescripción empleada está recogida en numerosos libros clásicos tales como el famoso libro de medicina *Al-Qanun* de Bu Ali Sina (ver apéndice I para la lista de dichos libros). Por lo tanto ¿dónde estaba la necesidad de aplicar un ungüento a un cuerpo ya muerto? Sólo podía tener sentido si los discípulos tenían poderosas razones para creer que Jesús sería entregado vivo de la cruz y no muerto. San Juan es el único apóstol que se atreve a ofrecer una explicación para justificar el acto de la preparación y aplicación del ungüento al cuerpo de Jesús. Esto apoya aún más el hecho de que el acto de aplicar

un ungüento a un cuerpo muerto era considerado un acto extremadamente raro, carente de explicación para aquellos que creían que Jesús estaba muerto cuando le fue aplicado el ungüento. Es por esta razón por la que San Juan tuvo que ofrecer una explicación. Sugiere que así se hizo simplemente porque era costumbre judía aplicar algún tipo de bálsamo o ungüento a los cuerpos de sus muertos. Sin embargo es importante señalar que todos los investigadores modernos que han estudiado este aspecto, están de acuerdo en que San Juan no era de origen judío, y así lo demostró con esta afirmación. Se sabe con certeza que los judíos, o los hijos de Israel nunca aplicaron ungüentos de ningún tipo a los cuerpos de sus muertos. En consecuencia, los investigadores afirman que San Juan debe ser de origen no-judío, ya que de otra manera no podría ignorar hasta tal extremo las costumbres judías. Por lo tanto, había de existir otra razón para el mismo.

El ungüento le fue aplicado a Jesús para salvarle de una muerte próxima. La única explicación razonable radica en el hecho de que ni los discípulos esperaban que Jesús muriera ni -de hecho- murió en la cruz. El cuerpo que fue descendido debió mostrar signos positivos de vida antes de la aplicación del ungüento, ya que de otra manera resultaría en un ejercicio estúpido y carente de sentido por parte de quienes se dedicaron a ello. Es improbable que quienes prepararon el ungüento con antelación lo hicieran sin tener la seguridad de que Jesús no moriría en la cruz sino que sería descendido de ella vivo aunque con graves heridas, con urgente necesidad de un potente remedio curativo.

Debe tenerse en cuenta que la localización del sepulcro donde colocaron a Jesús, fue mantenido en estricto secreto, y sólo era conocido el lugar por unos pocos discípulos. La razón era obvia: aún se encontraba vivo y continuaba en situación de peligro.

En cuanto a lo que aconteció en el sepulcro, puede ser debatido desde muchos puntos de vista, pero no resiste el examen crítico

cuando se afirma que la persona que salió del mismo realmente había muerto y posteriormente resucitó. La única evidencia que tenemos es la creencia de los propios cristianos de que el Jesús que salió del sepulcro poseía el mismo cuerpo con que fue crucificado y portaba las mismas marcas y señales. Si se le vio paseando con el mismo cuerpo, la única conclusión lógica que se puede extraer es que nunca llegó a morir.

Otro argumento a favor de la continuidad de la vida de Jesús es el siguiente: Después de tres días y tres noches, es visto, pero no por el público sino sólo por sus discípulos. En otras palabras, por la gente en las que él confiaba. Evita la luz del día y sólo se reúne con ellos bajo la cubierta de la oscuridad de la noche. Puede deducirse fácilmente del relato bíblico que parece estar alejándose de la fuente de peligro con sentido de urgencia y secreto. La cuestión que se plantea es la siguiente: De habersele dado una vida nueva y eterna tras su muerte, y no teniendo que sufrir otra muerte ¿Por qué se ocultaba de los ojos de sus enemigos, tanto del público como de los representantes del gobierno? Debería haber aparecido ante los judíos y los agentes del Imperio Romano y haber dicho: “Heme aquí, con una vida eterna; tratad de matarme de nuevo si podéis, porque seréis incapaces de hacerlo”. Sin embargo prefirió permanecer oculto. No es que no le fuera sugerida la idea de aparecer en público, al contrario, se le indicó específicamente que se revelara ante el mundo, pero el rechazó hacerlo y continuó alejándose de Judea a fin de que nadie pudiera seguirle.

Díjole Judas: “Señor ¿Qué ha sucedido para que hayas de manifiestarte a nosotros y no al mundo?” (Juan 14:22)

Se acercaron a la aldea donde iban, y Jesús fingió seguir adelante. Obligáronle diciéndole: “Quédate con nosotros pues el día ya declina”. Y entró para quedarse con ellos (Lucas 24, 28-29)

Esto pone en evidencia, de forma rotunda, que su caso era el de un mortal cuyo ser no se hallaba fuera del alcance de la muerte o el daño. Significa simplemente que Jesús no murió en el sentido de que fuera liberado de su elemento humano, sino que permaneció exactamente con la misma naturaleza, cualquiera que esta fuera, y no existió una muerte que separó su antiguo ser de uno nuevo. Esto es lo que denominamos “continuidad de la vida” en la experiencia humana. Un espíritu o fantasma perteneciente a otro mundo ciertamente no se comporta como lo hizo Jesús durante sus encuentros secretos en el sigilo de la noche con sus amigos e íntimos seguidores.

La cuestión de si Jesús era un espíritu es rechazada categóricamente por el mismo Jesucristo. Cuando apareció ante algunos de sus discípulos, no pudieron éstos ocultar su miedo de él, porque creían que no era el mismo Jesús, sino un espíritu de Jesús. Comprendiendo su confusión, disipó sus temores, denegando que fuera un espíritu y asegurando que era el mismo Jesús que fue crucificado. Incluso les invitó a examinar sus heridas que aún estaban sin cicatrizar (Juan: 20:19-27). Su aparición ante los discípulos de ninguna manera apoya la idea de su resurrección de la muerte. Todo lo que confirma es simplemente que sobrevivió a la amenaza de la muerte.

Por si pudiera existir algún resquicio de malentendido oculto en sus mentes, les preguntó qué estaban comiendo. Cuando le contestaron que comían pan y pescado les pidió que le dieran algo pues tenía hambre, y comió unos bocados (Juan 24: 41-42)). Esta es, sin duda alguna, una prueba concluyente en contra de su supuesta resurrección de la muerte, de la resurrección de la naturaleza humana muerta y conducida de nuevo a la vida. Además, los problemas que surgirían de tal entendimiento de la resurrección de Jesús serían de doble índole.

Si Jesús aún pertenecía a la categoría dios-hombre, tal como se afirma, entonces, no podría desprenderse del hombre que encerraba dentro. Ello plantea una situación muy complicada y problemática. ¿Qué supuso la muerte para él o para ellos, es decir, para el hombre en Jesús y para el dios en él? ¿Acaso las almas de ambos, dios y hombre se marcharon juntas y volvieron al mismo cuerpo terrenal habiendo visitado juntas el mismo infierno, o fue sólo el alma del dios en Jesús la que retornó al cuerpo humano sin el alma del hombre? ¿Dónde desapareció ese alma? -uno se pregunta- ¿Tal vez su viaje al infierno era un viaje sin retorno, mientras que el alma divina quedaba allí retenida sólo tres días y tres noches? ¿Era Dios el padre de Jesús-el hombre o de Jesús-"el Hijo"? Esta cuestión ha de quedar aclarada definitivamente para que podamos tener una imagen clara de todo lo que se cuestiona. ¿Era el cuerpo de Jesús, parcialmente el cuerpo de Dios y parcialmente el cuerpo del hombre?

El concepto de Dios que nos proporciona el estudio del Antiguo y Nuevo Testamento, es el de un Ser Infinito e Incorpóreo, del que la materia no forma parte de Su Constitución. Habiendo entendido esto, volvamos la vista hacia Jesús a medida que progresaba en las diferentes etapas de desarrollo como embrión en el vientre de María. Toda la materia que intervino en la formación de Jesús tuvo que ser proporcionada por la madre humana sin que un simple átomo fuera suministrado por Dios Padre. Desde luego que Dios pudo haberle creado milagrosamente. Pero, desde mi punto de vista, la creación, tanto si parece milagrosa como si es natural, no es otra cosa que creación. Sólo podemos aceptar que alguien sea el padre de un hijo si la sustancia del padre y la sustancia de la madre son compartidas por igual o parcialmente, de forma que al menos parte de la sustancia del cuerpo del hijo derive de la sustancia del padre.

A partir de esto, debe quedar claro para el lector que Dios no jugó ningún papel paterno en el proceso de nacimiento del em-

brión humano y que el cuerpo completo con todos sus sistemas cardíaco, respiratorio, nervioso, celular etc. fueron producto autónomo de la madre sola. ¿Dónde esta el elemento de filiación en Jesús, que fue un simple receptáculo del alma de Dios y nada más? Esta nueva forma de entendimiento de la relación entre Dios y Jesús puede ser razonablemente descrita como una relación simple paterno-filial.

5. ¿Reanimación o Resurrección?

El escenario de la reanimación de Jesús de entre los muertos presenta diversos problemas. Algunos han sido discutidos ya en el capítulo anterior. Consideremos ahora otros elementos y complejidades.

Lo que nos interesa examinar es la naturaleza de la “mente” de Jesús antes de la Crucifixión y después de su reanimación de entre los muertos. Su mente fue devuelta de nuevo a la vida, tras una pérdida de función de tres días y tres noches. La cuestión es la siguiente: ¿Qué le ocurre al cerebro realmente tras la muerte? En un punto al menos hay consenso entre los expertos médicos cristianos y los no cristianos: si el cerebro permanece muerto durante unos pocos minutos, queda muerto y deja de funcionar para siempre. Tan pronto como cesa el flujo sanguíneo, comienza a desintegrarse. Si Jesús murió durante la crucifixión, se deduce que su corazón dejó de funcionar y de suministrar sangre al cerebro, y que su cerebro murió poco después. Por lo tanto, todo su sistema de soporte vital dejó de funcionar o, de lo contrario, no se le podría considerar muerto. Siendo esto así, nos enfrentamos a un problema realmente intrigante en relación con el entendimiento de la vida y la muerte de Jesucristo.

La muerte de Jesucristo, como ha quedado claro, significaba una salida definitiva de su cuerpo astral, alma o espíritu -como queramos denominarlo- del armazón físico de su cuerpo humano. Si es así, su reanimación había de suponer el retorno del mismo cuerpo astral al mismo cuerpo físico que dejó atrás tres días y tres noches antes. Tal retorno del alma volvería a recomenzar el reloj de la vida física y a marcar su funcionamiento de nuevo.

Para que tal cosa ocurriera, las células muertas y desintegradas del cerebro habrían de volver de repente a la vida y el proceso químico de degradación tendría que revertirse bruscamente. Ello supone un gran problema y constituye un desafío permanente a resolver por los bioquímicos cristianos. Describir la inversión de todo el proceso químico de degradación del sistema nervioso, está fuera del alcance de la imaginación de los científicos. Si alguna vez ha ocurrido, ciertamente que constituiría un milagro, que desafiaría a la ciencia y se burlaría de las leyes de la Naturaleza creadas por el mismo Dios, pero un milagro así dejaría todavía sin respuesta el problema que estamos tratando.

Tal reanimación significaría no sólo el restablecimiento de las células del sistema nervioso central, sino también su síntesis. Incluso si las mismas células fueran reconstruidas y devueltas a la vida de la misma forma que tenían antes, serían -de hecho- células privadas de toda memoria anterior. Tendrían que ser re-fabricadas, rellenas de todos los datos significativos de la vida de Jesús que fueron borrados de su cerebro tras la muerte de su mente.

La vida, tal como la entendemos, consta de una conciencia rellena de información, que es mantenida por miles de millones de neuronas contenidas en el cerebro. Esta información esta subdividida en grupos más complejos -e interrelacionados- de información computarizada que se recibe a través de cada uno de los cinco sentidos. Si se borran todos los datos, la vida misma queda destruida. Por lo tanto, el restablecimiento de la mente de Jesús supondría la construcción y fabricación de un nuevo cerebro computarizado con una colección completa de “software”. Esta complejidad sería también aplicable a la química del resto del cuerpo de Jesucristo. Para revivir el cuerpo, tendría que ponerse en marcha un proceso colosal de reconstrucción química tras recuperar todo el material perdido en el proceso de putrefacción. Habiendo tenido lugar tan gran milagro, surgiría a continuación

la pregunta de quién fue resucitado y con qué fin. ¿Es el hombre en Jesús o es el dios en él? Es por esto por lo que insistimos en la importancia de entender la personalidad de Jesús.

Siempre que Jesús vacila o fracasa en mostrar su superpoder como “Hijo de Dios”, los cristianos se refugian en el argumento de que falla como hombre y no como Dios. Por lo tanto tenemos pleno derecho a cuestionar y a exigir que se defina claramente qué parte de él era hombre y qué parte era dios. La duda en el hombre-Jesús requiere una mente humana enteramente separada, como entidad, de la divinidad en él. Cuando fue revivido el cerebro, fue revivido el elemento humano de Jesús porque la entidad “divina” de Jesús no requería un cerebro material que la soportara. Para la entidad “divina” sólo le sirvió de receptáculo durante su estancia previa en la tierra, como ocurriría en el caso de un médium espiritual. Por tanto la reanimación sólo implicaría el restablecimiento del hombre en él, sin el cual el retorno de su espíritu al mismo cuerpo hubiera resultado imposible.

Si este escenario no es aceptable, entonces nos enfrentaríamos a otro grave problema al tener que atribuir a Jesús dos mentes independientes durante su estancia terrenal, una humana y otra divina. Las dos cohabitarían en el mismo espacio, pero serían independientes y sin relación entre sí. Si esto fuera así, el asunto de la reanimación habría de ser re-examinado para poder entender claramente su naturaleza. En este escenario, no es preciso concebir como algo esencial la reconstrucción del cerebro humano como asiento de la mente humana, bastaría con imaginar a Jesús volviendo a visitar a un cráneo conteniendo los restos degradados del cerebro de su anterior huésped humano.

Cuanto más profundamente nos adentramos en este problema, aparecen nuevos y mayores conflictos en cada nivel que se investiga. La mente del hombre exige un cerebro como herramienta fundamental de su proceso de pensamiento. En lo que respecta

a las funciones del cuerpo físico, si creemos que la mente es una entidad separada que vive autónomamente, ello supondría que la mente y el alma son la misma cosa. Cualquiera que sea el nombre con el que la denominemos, tanto si la llamamos mente como si la llamamos alma, debe ser considerada capaz de vivir separadamente incluso cuando se corta su relación con el cerebro humano. Pero si se le pide que gobierne el cuerpo humano o que se deje influir por lo que acontece en su esfera física, entonces ha de existir una vinculación profunda entre la mente y el cerebro o entre el alma y el cerebro, ya que de otra manera no podrían influir, motivar o controlar los procesos mentales, físicos o sentimentales del hombre. No parece que esto sea discutible.

De aquí nos vemos conducidos a otro serio problema: ¿Acaso el así llamado “Hijo Divino” necesitaba controlar su cuerpo a través de un cerebro? ¿Dependía de un cerebro físico para sus procesos de pensamiento? Si transcendía todas las limitaciones humanas y si poseía un sistema independiente de procesos de pensamiento, único en él, sin paralelo en todo el universo de la creación, entonces, el retorno de alma de dios al cuerpo humano, junto con el de la mente del hombre, reconstruye una situación estafalaria de una personalidad dual con dos procesos de pensamiento en conflicto, puesto que es imposible que la mente humana y el alma humana se encuentren en plena coincidencia con la mente de dios y de su ser. Existiría una constante variación en los dos procesos de pensamiento con irritantes choques de ondas cerebrales. Tal caso habría de ser tratado por un psiquiatra super-humano. Sería tal vez una nueva variedad de esquizofrenia espiritual.

Habiendo dicho esto, reconstruyamos el escenario completo desde un ángulo diferente. Tras haber estudiado el cristianismo en profundidad, he llegado a la conclusión de que existe un grado de confusión en el entendimiento de ciertos términos, y su aplicación -sin entender plenamente sus implicaciones- a

situaciones donde no tiene realmente justificación emplearlos. La ideología cristiana esta repleta de este tipo de confusión y de terminología mal aplicada. “Reanimación” es un término y “Resurrección” otro, y ambos tienen un significado distinto. Hasta ahora hemos usado a propósito el término “revivir” o “reanimar” cuando hemos discutido la posibilidad de que Jesús volviera de nuevo a la vida. Como hemos visto claramente en la discusión anterior, “revivir” significa retornar a todas las funciones vitales del cuerpo humano tras la muerte. Sin embargo, la “Resurrección” es un fenómeno completamente distinto.

Desgraciadamente, la Iglesia cristiana en todo el mundo ha sido la responsable de crear la confusión en la mente de los cristianos por el mal uso de estos términos al intercambiar uno y otro, o, al menos, al atribuir el significado de uno al otro. La mayoría de los cristianos entienden la resurrección de Jesucristo como un nacimiento nuevo de su cuerpo humano, que había abandonado en el momento de su supuesta muerte. Desde luego que no estamos de acuerdo con ello y mantenemos nuestro derecho a describirlo como un estado de coma profundo y no como la muerte. De ser entendido y aplicado correctamente, la resurrección de Jesús no puede significar el retorno de su alma al mismo cuerpo humano que había abandonado en el momento de la muerte. El término “resurrección” únicamente significa la creación de un nuevo cuerpo astral. Tal cuerpo es de naturaleza espiritual y funciona como una especie de soporte para una alma enrarecida que está en su interior. Es creado para la continuación, hacia la eternidad, de la vida después de la muerte. Algunos le llaman cuerpo sideral y otros le llaman “athma”. Cualquiera que sea el nombre que se le aplique, su nombre esencial es el mismo: el término resurrección se aplica a la creación de un cuerpo nuevo para un alma que es etérea en su naturaleza y no, repetimos, no, para el retorno del alma al mismo cuerpo desintegrado que dejó previamente.

San Pablo habla extensamente en estos mismos términos sobre la resurrección de Jesucristo. El no creía sólo en la resurrección de Jesucristo, sino en la resurrección en general de todos aquellos que morían y eran considerados por Dios como merecedores de una nueva existencia y una nueva forma de vida. La personalidad del alma permanece la misma pero su destino es el que cambia. Según San Pablo, se trata de un fenómeno general que ha de ser aceptado, ya que de otra forma no quedaría ningún significado válido para el cristianismo o para la religión en general.

La carta de San Pablo a los Corintios merece ser estudiada en profundidad porque es fundamental para el tema en cuestión. No queda resquicio para la duda, al menos en mi mente, que siempre que habla de que Jesús es visto vivo después de la Crucifixión, habla claramente y sin ambigüedad de su resurrección y sólo de resurrección, y nunca cruzó la idea por su mente de que el alma de Jesús hubiera vuelto a su cuerpo mortal y que fuera resucitado de entre los muertos en términos físicos ordinarios. Si mi entendimiento de San Pablo no es aceptable para algunos teólogos cristianos, éstos tendrían que admitir que San Pablo se contradice notoriamente a si mismo, pues al menos en algunos de sus relatos sobre la nueva vida de Jesús, no deja sombra de duda en el hecho de que él entendía la nueva vida de Jesús como resurrección y no como la revitalización del cuerpo humano en el que se dice que su alma estuvo encerrada.

A continuación exponemos algunos de los pasajes más significativos, que hablan por si mismos:

Y Dios que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder (Corintios 1,6:14)

Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria. Se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Pues si hay un

cuerpo animal, también lo hay espiritual. (Corintios 1,15: 42-44)

Porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: “La muerte ha sido absorbida por la victoria” (Corintios 1,15: 52-54)

Pero confiamos y quisiéramos más partir del cuerpo y morar junto al Señor (Corintios 2,5:8)

El problema que queda por resolver es el que surge de la referencia de San Pablo al relato de los primeros cristianos sobre cómo fue visto vivo Jesús al poco tiempo de la Crucifixión. Si San Pablo entendió que Jesús hubo resucitado, podría, en efecto, tener razón, y su “visión” personal de Jesús o la comunión con él podría explicarse en términos de resurrección, al igual que el alma visitante de una persona muerta que llega desde el otro mundo, adopta una apariencia muy similar a la forma y figura previa a su muerte. Pero en este punto parece existir confusión en lo que respecta a la mezcla de dos tipos de evidencia. En primer lugar es preciso considerar la primera experiencia de los discípulos y la de aquellos que le amaron y le veneraron, aunque no se iniciaran formalmente en el cristianismo. Tal evidencia parece haber sido malentendida por San Pablo, pues habla claramente de Jesús en su forma humana, con un cuerpo material que no puede interpretarse como resurrección. Para probar esto basta con que nos fijemos en el episodio en el que Jesús sorprende a algunos de sus discípulos:

Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían un espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?. Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos

y los pies. Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿tenéis algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos. (Lucas 24:37-43)

Este episodio rechaza categóricamente la idea de la resurrección y nos habla de un Jesús deseoso de demostrar claramente que era la misma persona en el mismo cuerpo humano y no un espíritu; ni alguien que no dependiera en lo sucesivo del alimento para sobrevivir. Esto muestra además que los primeros cristianos hablaban de dos cosas diferentes. Siempre que hablaban de la reanimación de Jesús de entre los muertos y se veían afrontados por los escépticos respecto al extremo absurdo de la idea, buscaban refugio en la noción de la resurrección que podía ser explicada con la lógica y la filosofía. Corintios 1 en particular, presenta una excelente oportunidad de estudiar el dilema de colocar los pies en dos barcas distintas.

Finalmente, volviendo a la evidencia de los primeros encuentros de los cristianos con Jesucristo, no nos queda otra opción que creer que el Jesús que apareció al poco de la Crucifixión a varios de sus discípulos y amigos, el que los habló, les acompañó y se alejó gradualmente de la escena de la Crucifixión, habitualmente en medio de la oscuridad de la noche, no era ciertamente una persona resurrecta sino una persona a la que sólo podría considerarse como físicamente reanimada de la muerte o bien alguien que nunca murió porque fue recuperado milagrosamente de un estado próximo a morir. Tan próximo a la muerte, en verdad, que su estado podría haberse comparado con el estado de Jonás en el vientre de la ballena. No tenemos la más mínima duda en nuestra mente que esta última opción es la única aceptable.

Para facilitar a los cristianos el entendimiento de nuestro punto de vista, les presentaré un caso similar hipotético. La misma his-

toria se repite hoy día en la vida real. Supongamos que se intenta matar a alguien, crucificándole, y que se supone que, en efecto, aparentemente, muere. Poco después la misma persona es vista moviéndose en los alrededores por sus conocidos, que observan también que su cuerpo físico porta las marcas visibles de la crucifixión. El sujeto es capturado de nuevo por la Ley y presentado ante un tribunal de justicia por parte del ministerio fiscal con el cargo de que se debe actuar de nuevo contra él, ya que, al escapar, de alguna manera, de la muerte en el primer intento, debe ser ejecutada la sentencia que se aprobó en contra suya y debe ser crucificado de nuevo. El sujeto se defiende alegando que ciertamente ya murió una vez y que por lo tanto se cumplió el propósito de la ley, y que ahora que ha sido resucitado de entre los muertos por un decreto especial de Dios, el juicio anterior de condena no debería ejecutarse, ya que estaba disfrutando una vida completamente nueva en la que no había cometido ningún atentado contra la ley. Si el tribunal aceptase su argumento, obviamente no sería castigado de nuevo por un crimen por el que ya había pagado su deuda.

Si tal incidente tuviera lugar en un tribunal de justicia de un país cristiano, con un juez cristiano y un jurado cristiano ¿Qué veredicto piensa el lector que dictarían o que deberían dictar? Si se rechaza el alegato de la persona acusada y es condenada a que sea colgada de nuevo ¿en base a qué argumento sería justificable?

Es evidente, que ningún juez cuerdo, cristiano o no cristiano, ni ningún jurado formado por gente sensata, aceptaría remotamente el argumento de que habiendo muerto ya una vez el acusado, hubiera vuelto de nuevo a la vida. Tal veredicto no encierra prejuicios parroquiales, étnicos, raciales o religiosos. Es de naturaleza universal y ninguna persona en su sano juicio podría pensar en una sentencia distinta a esta. Por lo tanto, el consenso universal del intelecto humano rechazaría el alegato de “resurrección” y solo aprobaría la sentencia de “reanimación” de

la muerte. Esto es exactamente lo que ocurrió en el caso de Jesucristo. No se trató de un caso de revitalización ni de resurrección sino simplemente, como lo dictaría el sentido común, un caso de supervivencia.

La vuelta a la vida del cuerpo muerto de Jesús es tan esencial para el cristianismo que es preciso investigar las razones reales que existen detrás de ello. Aparentemente no hay lógica en todo el episodio. ¿Por qué el “Hijo de Dios” habría de elegir retornar a su jaula humana una vez liberado de ella? ¿Cómo puede considerarse como una prueba libre de toda duda el que realmente muriera y luego volviera de nuevo a vivir? Este aspecto ya lo hemos tratado con cierta extensión y no quiero hacer énfasis en el mismo punto, sino que desearía llamar la atención del lector hacia otra cuestión fundamental.

¿Por qué tan absurda idea se enraizó en la teología cristiana y, gradualmente, unos cuantos siglos después de Jesús, llegó a convertirse en uno de los pilares de la fe cristiana, sin el cual todo el edificio de la teología cristiana se colapsaría? Tratemos de proyectarnos nosotros mismos en las mentes de los primeros cristianos que se enfrentaban a un dilema casi irresoluble y comenzaremos a reconstruir las circunstancias por las que el cristianismo adoptó una forma diferente a su realidad. Este camino es quizá la mejor forma de entender, en profundidad, la conformación y modificación del cristianismo.

El hecho crucial que debemos tener en mente es, simplemente, el siguiente: Si Jesús, la paz sea con él, hubiera muerto realmente en la Cruz, entonces se habría convertido en un claro impostor a los ojos del pueblo judío.

Lenguaje Indecente Contra la Gente Sagrada

Tal como hemos mencionado antes, las sagradas escrituras habían predicho que todo falso demandante que atribuyera a Dios cosas que Dios no había dicho, moriría colgado del árbol. Por lo tanto, la muerte de Jesús sobre la Cruz equivalía a la muerte del cristianismo. Es por esto por lo que la literatura religiosa judía auténtica está llena de comentarios sobre la muerte de Jesús sobre la Cruz. Se consideró probado que era una persona falsa, sin sombra de duda, por parte de sus adversarios judíos contemporáneos, en base a esta particular sentencia bíblica. Perdieron todo el respeto hacia su persona y utilizaron contra el un lenguaje tan indecente e insultante, que se hace insoportable su lectura para quienes, como nosotros, amamos a Jesús como un verdadero, querido y santo Mensajero de Al-lah. Uno puede imaginar perfectamente el profundo sufrimiento y agonía de los primeros cristianos que sabían que Jesús era un hombre santo y verdadero mensajero de Dios, a quien se había asignado el status especial de Mesías ¿Cómo podían defenderse contra el ataque de este lenguaje indecente, que cuando se lee hoy en el contexto presente, nos trae a la mente la fea imagen de Salman Rushdie y su célebre libro “Versos Satánicos”?

Esta ausencia total de respeto por la decencia, en ambos casos, parece surgir de las profundidades de la degradación humana. Las siguientes citas ofrecen al lector una idea de lo que ocurre con todos los valores humanos decentes cuando los furiosos antagonistas de la gente santa deciden convertirlos en objeto de su cólera impúdica, pervertida y deformada.

El Talmud, el libro doctrinal que explica ampliamente todo el conocimiento y creencias del pueblo judío, enseña que Jesús no solo tuvo un nacimiento ilegítimo, sino que fue doblemente culpable a causa de haber nacido como consecuencia de una relación diabólica de María, mantenida durante el período de su

menstruación. Se indica que poseía el alma de Esaú, que era un estúpido, un conjurador, un seductor; que fue crucificado, enterrado en el Infierno y convertido en ídolo para siempre por sus seguidores. Los extractos que siguen han sido tomados del libro “El Talmud Desenmascarado”, del Reverendo I.B. Pranaitis.

Lo siguiente se narra en el Folleto **Kallah**, 1b, 18b.:

“En una ocasión en la que los Mayores se hallaban sentados ante la Puerta, dos jóvenes pasaron por delante y uno de ellos tenía cubierta la cabeza, mientras que el otro la tenía descubierta. Rabí Eliezer señaló que el que tenía la cabeza descubierta era ilegítimo, era un *mamzer*. Rabí Jehoschua dijo que fue concebido durante la menstruación, *ben niddah*. Rabí Akibah, sin embargo, dijo que era ambas cosas. A lo cual los otros preguntaron a Rabí Akibah por qué se atrevía a contradecir a sus colegas. Contestó que podía probar lo que decía. Se dirigió a continuación a la madre del niño a quien vio sentada en la plaza del mercado, vendiendo verduras y la dijo: “Hija mía, si me contestas con sinceridad a lo que voy a preguntarte, te prometo que serás salvada en la vida futura”. Ella pidió que jurara mantener su promesa, y Rabí Akibah así lo hizo -pero sólo con sus labios, ya que en su corazón invalidó su juramento. Luego dijo: “¿Dime qué clase de hijo es este hijo tuyo?”. A lo cual respondió: “El día en que me casé me encontraba menstruando y por ello mi marido me dejó. Pero un espíritu maligno vino y durmió conmigo, y de esta relación me nació mi hijo”. Así quedó probado que este joven no sólo era ilegítimo sino que también fue concebido durante la menstruación de su madre. Y cuando los que preguntaban oyeron esto, declararon: ¡”Grande ciertamente era Rabí Akibah cuando corrigió a sus Mayores”! Y exclamaron: “¡Bendito sea el Señor Dios de Israel, que reveló este secreto a Rabí Akibah, el hijo de José!”

Que los judíos entendieron que esta historia se refería a Jesús y a su madre María, queda claramente demostrado en su libro *Toldath Jeschu* (“La Generación de Jesús”) en el cual se narra en casi las mismas palabras el nacimiento de nuestro Salvador.¹⁵

15 “El Talmud Desenmascarado” por el Rev. I.B. Pranaitis, Cap. I, p. 30

Todo lo que hay de decente en el hombre se rebela contra el hedor de la basura amontonada sobre el nombre e imagen santas de Jesús en la literatura de sus hostiles antagonistas. Sin duda alguna Jesús fue concebido por una mujer santa y casta llamada María, y nadie jugó papel alguno en esta concepción salvo los poderes creativos ilimitados de Dios nuestro Señor. La idea de la concepción mediante la relación con el diablo mientras se encontraba menstruando sería aplicable mejor que a nadie a la mente que concibió esta enfermedad. Por cierto que ni las santas esposas de la gente sagrada ni siquiera sus madres son perdonadas por las lenguas y las plumas de los pervertidos que escupen veneno y basura al mismo tiempo. Da igual que dicho maniaco viviera hace dos mil años o que haya nacido en el mundo contemporáneo. ¡Cuán sorprendente es que incluso las sociedades actuales más civilizadas puedan cerrar sus ojos ante semejante bestialidad y más bien aprueben tales ofensas flagrantes en el nombre de la libertad de expresión oral y escrita.

El lenguaje de Salman Rushdie, por ejemplo, cuando habla de las santas mujeres del Santo Profeta del Islam, no es distinto al lenguaje empleado contra la santa madre de Cristo:

También se narra en *Sanedrin 67 a*:

“Esto es lo que hicieron al hijo de Stada en Lud, y le colgaron en visperas de la Pascua. Pues este hijo de Stada era el hijo de Pandira. Pues Rabí Chasda nos cuenta que Pandira era el marido de Stada, su madre, y que vivió durante la época de Paphus, el hijo de Jehuda”

El autor de “El Talmud Desenmascarado”, el Rev. I. B. Pranaitis, hace el siguiente comentario sobre los versículos antes citados:

“El significado de esto es que a María se la llamó Stada, es decir, una prostituta, ya que, según lo que se enseñaba en Pumbadita, dejó a su marido y cometió adulterio. Esto también está recogido en el Talmud de Jerusalén y en Maimónides”

“No sabría decir si merecen mayor odio o piedad quienes creen en estas mentiras demoníacas”

Este es, en verdad un grito de dolor que surge del corazón de una víctima indefensa, entristecido por la burla fanática que se hace a su amado maestro. Los cristianos primitivos debieron haber sufrido una mayor agonía y vivido el infierno por la burla de los judíos de su época. Hubieron de sufrir invenciones dirigidas no contra alguien cuya memoria hacía tiempo que estaba enterrada en el pasado, sino contra alguien cuya amada memoria se hallaba fresca y viva, y que era amado profundamente por todos los que le habían visto y habían compartido con él algunos de los momentos más bellos de su vida. Debieron sentirse doblemente atormentados, porque no se trataba sólo de la cruel burla que les hería, sino del insulto añadido a la herida del sufrimiento de Jesucristo durante su apresamiento e intento de Crucifixión. Yo sólo deseo que la conciencia cristiana del Occidente libre intente al menos hacer un esfuerzo para entender la agonía y dolor de miles de millones de musulmanes que ciertamente no se sienten menos torturados cuando se emplea un lenguaje similar contra su Sagrado Maestro y sus Compañeros.

Los primeros cristianos tenían que sufrir todo esto a pesar de su conocimiento personal y a pesar de que poseían evidencia concluyente en el sentido de que Jesús se encontraba vivo y que no había muerto en la Cruz como alardeaban los judíos. Ellos mismos habían tratado sus heridas. Le habían visto recobrase milagrosamente del estado de coma profundo en el que se encontraba cuando su cuerpo les fue entregado, y lo habían visto con sus propios ojos, no con la forma de una aparición o un espíritu, sino con el mismo cuerpo humano frágil que tanto había sufrido por causa de la verdad y que había, no obstante, sobrevivido a la muerte. Hablaron con él, comieron con él, y le vieron moverse paso a paso, noche tras noche, en el mayor secreto, alejándose del escenario de la Crucifixión.

Ascensión

El tema de la Ascensión de Jesús no lo mencionan ni San Mateo ni San Juan en los Evangelios. La falta de mención de un suceso tan importante hace que uno se pregunte por la razón de esta ausencia. Los dos únicos Evangelios sinópticos que hablan de la Ascensión son Marcos¹⁶ y Lucas¹⁷. Sin embargo, investigaciones científicas recientes han demostrado que los relatos contenidos en ambos Evangelios son interpolaciones posteriores. Estos versículos no existían en los textos originales.

El Codex Siniaticus data del 4º siglo y es considerado como el texto completo más antiguo del Antiguo y Nuevo Testamento. Da testimonio del hecho de que los versículos referidos de Marcos y Lucas no estaban incluidos en las versiones originales auténticas sino que fueron ciertamente añadidas por propia iniciativa de algún escriba mucho más tarde. En el Codex Siniaticus, el Evangelio de Marcos finaliza en el capítulo 16, versículo 8. Este hecho está reconocido también en algunas ediciones modernas de la Biblia¹⁸. Asimismo, el Evangelio de Lucas (24:15) en el Codex Siniaticus no contiene las palabras “Llevado al cielo”.

Según el crítico textual C. S. C. Williams, si estas omisiones en el Codex Siniaticus son correctas, no existe referencia, en absoluto, a la Ascensión en el texto original de los Evangelios¹⁹ (4)

Incluso los Testigos de Jehová, uno de los grupos que proponen con mayor vehemencia la “Filiación” de Jesús y su ascensión a Dios Padre, tuvieron que admitir, finalmente, que los versículos

16 Y el Señor, después que les habló, fue levantado a los cielos, y se sentó a la diestra de Dios. (Marcos 16:19)

17 Y mientras los bendecía se alejaba de ellos y era llevado al cielo. (Lucas 24:51)

18 Pag. 1024, The Holy Bible, New International Version (1984) de la International Bible Society

19 Los secretos del Monte Sinaí, la historia del hallazgo de la Biblia más antigua, el Codex Siniaticus, por James Bentley, p. 131

de Marcos y Lucas son adiciones sin fundamento en los textos originales²⁰.

¿Qué Pasó con el Cuerpo de Jesús?

Un examen crítico más cercano desde el punto de vista del sentido común y la lógica, revela nuevos absurdos inherentes a los episodios de la Crucifixión y la Ascensión, tal y como son presentados por los cristianos de hoy. Ya hemos hablado bastante del tema del retorno de Jesús a su cuerpo humano. Solo queremos añadir al tema lo que hubiera ocurrido a dicho cuerpo en el supuesto de que Jesús finalmente ascendiera.

Cuando enfrentamos a los cristianos con la cuestión de qué es lo que le ocurrió al cuerpo de Jesucristo, algunos sugieren que, a medida que ascendía hacia su Padre celestial, su cuerpo carnal se desintegraba y desaparecía en medio de un gran brillo. Esto plantea una cuestión fundamental. ¿Si la salida de Jesús de su cuerpo humano tenía lugar en medio de un suceso tan explosivo, por qué no ocurrió lo mismo en el instante de su supuesta primera muerte? La única referencia que tenemos en la Biblia sobre la muerte de Jesús procede de cuando estaba aún colgado en la cruz y, en palabras de San Mateo: “Abandonó el espíritu”. Aparentemente no ocurrió otra cosa que una suave salida del alma desde el cuerpo. ¿Habríamos de asumir que, después de todo, no murió en la Cruz, ya que de haber abandonado el cuerpo, debió haber explotado de forma similar también en aquella ocasión? ¿Por qué sólo ocurrió la segunda vez que Jesús dejó su cuerpo? Bajo estas circunstancias sólo quedan dos caminos para continuar adelante.

1. Que la persona de Jesús no permaneció eternamente confinada al cuerpo humano después que su alma volviera a él, y

que durante sus ascenso desechó su cuerpo humano y ascendió sólo como un espíritu de Dios.

Este planteamiento no lo apoyan los hechos ni es concebible porque nos llevaría al callejón sin salida de creer que Jesús murió dos veces. La primera vez en la Cruz y la segunda vez en la Ascensión.

2. Que permaneció confinado dentro de su armazón humano eternamente.

Esta idea no puede ser aceptada por ser absolutamente repulsiva e inconsistente con la dignidad y la majestad de la imagen de Dios.

Por otro lado, tenemos el punto de vista del sentido común: “Sería un error entender la ascensión de Jesús como una especie de antiguo viaje al espacio, y entender que el cielo es un lugar más allá del sol, la luna y las galaxias. La verdad no está aquí ni allí”²¹. La confección de esta historia tan estafalaria, por tanto, sólo pudo estar motivada por el dilema sin solución al que se enfrentaban los cristianos durante el período naciente del cristianismo. Cuando Jesús desapareció de la escena, obviamente surgiría la cuestión de qué había pasado con él. Los primeros cristianos no podían resolver el dilema admitiendo abiertamente que, ya que no llegó a morir nunca, no tenía sentido la cuestión de dónde estaba el cuerpo que dejó atrás y, que, de hecho, su cuerpo le acompañaba durante el curso de su emigración. De esta manera se hubiera resuelto fácilmente el problema de la desaparición de su cuerpo. Pero era una confesión imposible de realizar. Quienes se hubieran atrevido a admitir que Jesús había sido visto vivo y alejándose progresivamente de Judea, se enfrentaban al peligro de ser condenados por la Ley Romana como cómplices del crimen de escapar de la justicia.

21 The Lion Handbook of Christian Belief, Lion, London (1982) p. 120

Buscar refugio en la invención de una historia como la ascensión de Jesús a los cielos ofrecía una opción más segura, por estrafalaria que fuera la idea. No obstante implicaba un cierto grado de consentimiento con la falsedad. Debemos, pues, rendir tributo a la integridad de los primeros discípulos, quienes, a pesar de este apuro no buscaron refugio en afirmaciones falsas. Todos los escritores de los Evangelios prefirieron guardar silencio sobre este tema en vez de refugiarse tras una cortina de humo de declaraciones confusas. No hay duda de que debieron sufrir la mofa de sus adversarios, pero prefirieron sufrir en silencio.

El silencio misterioso por parte de quienes conocían los auténticos acontecimientos, ha sido sin duda el principal responsable de sembrar la semilla de la duda en las mentes de los cristianos de las generaciones posteriores. Debieron preguntarse: ¿Por qué, después de que el alma de Jesucristo hubiera partido, no hay mención alguna del cuerpo que dejó detrás? ¿Dónde fue y qué le ocurrió? ¿Por qué el alma de Cristo volvió al mismo cuerpo si es que lo hizo? Estas cuestiones vitales y sin respuesta pudieron dar lugar a otras cuestiones ¿Si la revitalización significaba la vuelta al mismo cuerpo, qué le ocurriría a Jesucristo tras el segundo período de su encarcelamiento en el almacén carnal? ¿Permaneció encerrado eternamente en ese cuerpo para no ser liberado nunca de él? Por otro lado, si el alma de Jesús, una vez más, salió del mismo cuerpo, ¿esta resucitación era temporal o permanente?. Si no permaneció encerrado en él ¿qué le ocurrió a su cuerpo tras su segunda muerte? ¿Dónde fue enterrado? ¿Dónde existe mención de ello en los archivos y crónicas?

Parece ser que estas cuestiones, aunque no fueran planteadas al principio, surgieron con fuerza durante los últimos siglos cuando tuvieron lugar intensos ejercicios filosóficos por parte de los teólogos cristianos respecto al misterio de Cristo y todo lo referente a su personalidad. Al parecer, algunos escritores poco escrupulosos intentaron sortear estos problemas interpolando los doce

últimos versículos en el Evangelio de San Marco, atribuyéndole falsamente la afirmación de que Jesús había sido visto ascender al cielo en el mismo cuerpo.

Las manos de la invención tampoco respetaron el Evangelio de Lucas, donde la inserción ingeniosa de las palabras “y fue elevado al cielo” en 24:51 sirvió el propósito del interpolador. De esta forma, silenció los interrogantes de una vez para siempre. Al menos un misterio del dogma cristiano quedaba así resuelto, pero ¡ay! ¿a que precio? A costa de todas las cosas nobles que tenían relación con la verdadera imagen santa de Jesucristo. Los hechos de Cristo fueron así sacrificados en el altar de la ficción. Desde entonces, el cristianismo continuó con su transformación, incontrolada e impetuosa, de la realidad a la ficción.

Sabemos con certeza que los judíos estaban descontentos y molestos al no encontrar el cuerpo de Jesucristo²². Deseaban estar seguros de la muerte de Jesús y para ello necesitaban la prueba universalmente aceptada de la muerte, es decir, la presencia del cuerpo muerto. Su queja, presentada ante Pilatos, muestra de manera evidente su preocupación ante la posible desaparición²³.

La respuesta simple y verdadera, no obstante, radica en que puesto que Jesús no murió de la forma en que se creía, la cuestión de su cuerpo desaparecido era totalmente irrelevante, y, manteniendo su promesa debió dejar Judea en busca de las ovejas perdidas de la Casa de Israel. Obviamente no podía ser visto de nuevo.

El Punto de Vista Musulmán Ahmadía.

El punto de vista musulmán Ahmadía sobre el paradero del cuerpo de Jesús es muy claro, lógico y objetivo. Presenta a Jesús y

22 Mateo 28:11-15

23 Mateo 27:62-64

todo lo que le aconteció a la luz de la verdad, rodeado del halo de su gloria. La auténtica realidad de Jesucristo es tan hermosa que no es necesario crear un misterio que la adorne

Su sufrimiento en pro de la humanidad pecadora a lo largo de su vida, que culminó con la agonía de la Crucifixión; su liberación de la Cruz tal como le fue prometido por Dios Todopoderoso, Misericordioso y Benefactor, y su posterior emigración en busca de las diez tribus perdidas de Israel. Así entregó el mensaje de Dios no sólo a las dos tribus a quienes se dirigió antes de la Crucifixión sino que lo hizo llegar a todas las demás tribus de Israel cumpliendo así el objetivo de su misión. Fue entonces cuando su ministerio alcanzó su designio final. Estas son las realidades nobles e ilustres de la vida de Jesús.

El fundador de la Comunidad Ahmadía, Hazrat Mirza Ghulam Ahmad de Qadian declaró hace cien años, aproximadamente, que Jesús, un verdadero profeta de Dios, fue liberado de la Cruz, tal como queda reflejado en sus primeros escritos. Por primera vez en la historia del Islam, Hazrat Mirza Ghulam Ahmad, inspirado por la guía divina, levantó el velo místico que cubría las realidades brillantes de la vida de Jesús. Declaró, ante el resentimiento amargo presente en los rostros de los musulmanes ortodoxos, que Jesús no había muerto en la Cruz ni había ascendido corporalmente al Cielo, sino que había sido liberado vivo de la Cruz, de manera milagrosa, de acuerdo con la promesa divina. Posteriormente emigró en busca de las ovejas perdidas de la Casa de Israel, tal como previamente él mismo había prometido. Siguiendo la ruta más probable de emigración de las tribus israelitas, podemos asumir con seguridad que debió haber viajado a través de Afganistán, camino de Cachemira y otras partes de la India donde existían informes sobre la presencia de tribus israelitas. Hay una evidencia histórica muy importante que señala que los pueblos de Afganistán y Cachemira proceden de las tribus judías que emigraron a estos lugares. Hazrat Mirza Ghulam

Ahmad reveló que Jesús murió finalmente y fue enterrado en Srinagar, Cachemira.

Cuando los áhmadis presentan esta explicación como la solución más verosímil y realista a la desaparición del cuerpo de Jesús del país donde nació, se encuentran a menudo con la objeción de que, incluso aceptando que escapara vivo de la Cruz, parecería irreal que iniciara un viaje tan arriesgado desde Judea a Cachemira. Cuando los áhmadis escuchan este argumento, se preguntan, sorprendidos, qué distancia es mayor ¿la que existe entre Palestina a Cachemira o la que va desde la Tierra a los Confines del Cielo? También se preguntan qué ocurrió con la promesa de Jesús de que iría en busca de las ovejas perdidas de la Casa de Israel. Si partió de Palestina, directamente a sentarse a la diestra del Padre ¿olvidó su compromiso o le fue imposible cumplir la promesa? Es esto lo que ocurrió o, como sugerimos anteriormente, ¿deberíamos entender que las ovejas perdidas de la Casa de Israel habían ascendido anteriormente al Cielo a donde Jesús partió en su búsqueda?

Casos de Supervivencia

A aquellos que encuentran todavía difícil creer en la idea de que Jesús fuera liberado vivo de la Cruz y piensan que esta posibilidad es inaceptable e irreal, queremos llamar su atención al hecho de que si consideramos la historia conocida y documentada de casos de supervivencia humana en situaciones extremadamente peligrosas y arriesgadas, el caso de Jesús, tal como lo hemos presentado, no es raro ni imposible de aceptar. Numerosos casos verificados y con informes médicos de situaciones muy próximas a la muerte, presentan multitud de evidencias en favor de la supervivencia de gente en situaciones casi imposibles.

Un caso perfectamente documentado y digno de mención es el de un maharajá de un pequeño estado de la India de principios de siglo. Se vio sometido a una situación similar, casi imposible, en la que tenía muy escasas posibilidades de sobrevivir. El maharajá en cuestión fue envenenado por su esposa y, cuando su cuerpo estaba siendo quemado por el fuego crematorio, se declaró de repente una fuerte tormenta. Finalmente no solo escapó de la muerte sino que tras una larga batalla legal consiguió reintegrarse a su trono. La historia es como sigue:

Ramendra Narayan Roy, Kumar del Estado de Bhowal, con sede en el Tribunal de Distrito de Joydevpur, alega haber sido envenenado y posteriormente declarado muerto y llevado al lugar de cremación para ser incendiado en el mes de mayo de 1909. Las evidencias sugieren que su mujer fue la principal instigadora del frustrado asesinato. Una fuerte tormenta desatada antes de que se completara la incineración hizo que el grupo responsable de quemar el cadáver tuviera que retornar apresuradamente, abandonado el cadáver. Un grupo de sadhus que pasaban por sus proximidades observaron que el hombre estaba vivo. Al día siguiente, cuando los conspiradores descubrieron que el cuerpo había desaparecido, hicieron quemar otro cuerpo para que pareciera que la muerte del Kumar era un hecho consumado.

Los sadhus que le salvaron lo llevaron de lugar en lugar. La experiencia de la muerte inminente había provocado que el Kumar perdiera su memoria, pero la fue recuperando gradualmente y visitó Joydevpur doce años más tarde. El entorno familiar de su ciudad natal consiguieron que recuperara totalmente la memoria. Cuando el Kumar inició un pleito civil ante el Tribunal del Distrito para recuperar la propiedad como dueño y heredero legítimo del Estado de Bhowal, su esposa y otros lo impugnaron. Ambas partes protagonizaron un encarnizada lucha ante los tribunales. Más de mil personas prestaron declaración a favor del Kumar y cuatrocientas lo hicieron en apoyo de su mujer. El asunto principal que se debatió era el relativo a la identidad del Kumar, ya que, según el criterio común había muerto doce años atrás.

El proceso fue ganado por el Kumar tras identificar ciertas marcas en el cuerpo de su mujer que sólo un marido podía conocer. Su territorio le fue devuelto entonces²⁴.

Cientos de miles de casos similares pueden haber quedado en la oscuridad, sin que nadie informara sobre ellos. Gracias a los avances médicos modernos y al alcance de los medios de comunicación, muchos casos semejantes quedan hoy registrados y son conocidos públicamente. Si todo esto es posible en casos de gente ordinaria de todas las clases sociales y todo tipo de religión y entorno moral, ¿por qué no podía ser posible en el caso de Jesús?

Si alguien tuvo la oportunidad de sobrevivir en situaciones desafiantes y casi imposibles, sin duda que Jesús está en la mejor posición a causa de las especiales circunstancias que le rodeaban. Sorprendentemente, sin embargo, los escépticos rechazan la idea de que Jesús sobreviviera al intento de matarlo por crucifixión. No obstante, están inmediatamente dispuestos a creer en un relato mucho más irreal, antinatural y raro sobre su reanimación de la muerte definitiva. Una muerte que duró tres días y noches completos, según afirman.

El mundo de la investigación médica también ha tomado interés en el fenómeno de la cercanía de la muerte. Ha sido llevado a cabo un estudio en el que se han examinado setenta y ocho casos de experiencias de proximidad a la muerte. En el ochenta por ciento de los casos había personal médico presente durante tales experiencias o inmediatamente después de las mismas. Es interesante señalar que el cuarenta y uno por cien de los sujetos informaron que habían sido dados por muertos durante la experiencia de casi-muerte²⁵.

24 The Bowal Case, compilado por J. M. Mitra y R.C. Chakravarty, publicado por Peer & Son, Calcuta.

25 La Fenomenología de las Experiencias Cercanas a la Muerte, por Bruce Greyson, M.D. y Ian Stevenson, M.D., A.M. *Psychiatry* 137:10, Octubre 1980

Si con toda clase de instrumentos a su disposición, los expertos médicos pueden declarar muerta a una persona viva, ¿Hasta qué punto podemos fiarnos del testimonio de un observador angustiado que, al ver a Jesús perder la conciencia, deduce que ha muerto? Es más, cuando después se le ve de nuevo, llegar a la conclusión de que ha sido revivido de la muerte, carece de toda justificación.

6. Trinidad

Hasta ahora sólo hemos examinado los compromisos existentes que condujeron a la creación de los mitos de la deificación de Jesús y su supuesto papel en la Trinidad como Hijo de Dios. Pero la tercera persona del dogma cristiano, es decir, el Espíritu Santo, forma parte de un enigma. ¿Por qué no eran suficientes “Dos en Uno” y por qué existió la necesidad de introducir la tercera entidad en esta doctrina fundamental? Desde el punto de vista de la lógica, la tercera entidad no tenía justificación para ocupar lugar en el concepto cristiano de la divinidad. Harnack, un destacado comentarista en esta cuestión, opina que, inicialmente, el cristianismo estaba representado por un di-teísmo con Dios y Jesús. Mas tarde fue incluido por la Iglesia, refiriéndose a él como “El Espíritu” para añadir un elemento de divinidad a lo que de otra manera sería un tercer socio falso e inverosímil. Esto también servía como una excelente arma anti-judaica²⁶. El Rev. K.E.Kirk en su ensayo sobre “La Evolución de la Doctrina de la Trinidad” dice lo siguiente sobre el mismo tema:

“Naturalmente, dirigimos nuestra mirada a los escritores de aquel período para descubrir cuál es la base de su creencia. Para nuestra sorpresa, hemos de admitir que no tienen ninguna. La cuestión tal como se les presentaba no era ¿Por qué tres personas?, sino más bien ¿Por qué no?”

Continúa señalando el completo fracaso de la teología cristiana para ofrecer una justificación lógica de la doctrina trinitaria, y que la triada cristiana podía explicarse esencialmente como un

26 Harnack, “Constitution and Law of the Church” E.T. p.264

concepto binario al cual una tercera entidad dispar fue encajada a fin de dibujar un cuadro más completo²⁷

Creemos que esta entidad evolucionó gradualmente bajo la influencia de los mitos y filosofías paganas anteriores que abundaban en el imperio romano. El intercambio de ideas debió haber movido a los teólogos cristianos a definir la posición del Espíritu Santo. Puesto que existe una evidencia abundante de la existencia de tales creencias y cultos que veían a Dios compuesto de tres entidades en una, no es difícil seguir la pista de la fuente última de la doctrina cristiana de la Trinidad. Después de todo, si dos podían ser uno, ¿por qué no podían tres ser uno también? Corresponde a los investigadores determinar con exactitud cuándo y cómo la tercera entidad de la divinidad cristiana echó sus raíces en la mitología de la cristiandad, pero en este momento queda fuera de la competencia de esta discusión. Aquí, sólo pretendemos examinar lo absurdo de tales afirmaciones, que son rechazadas por completo por el entendimiento humano. La naturaleza humana desdeña las ideas auto-contradictorias y paradójicas.

Interrelación en la Trinidad

Cuando tratamos de visualizar la interrelación de los tres componentes de la divinidad cristiana, los únicos escenarios posibles que surgen son los siguientes:

- a. Poseían diferentes fases o aspectos de una sola persona.
- b. Eran tres personas diferentes, que compartían por igual la eternidad entre ellas.
- c. Eran tres personas con algunas de sus características distintas e individualizadas; no compartidas por entero con los demás.

²⁷ “Essays on the Trinity and the Incarnation” editado por A.E.J. Rawlison, Longmans, London (1928)

d. Eran tres personas en una, con características completamente similares y poderes iguales similares, fusionadas entre sí y sin funciones separadas.

Consideremos por separado cada una de estas posibilidades

Diferentes Fases o Aspectos de Una Sola Persona

En cuanto a esta posibilidad, no es preciso discutirla con detalle pues difícilmente encontraríamos hoy a un cristiano que creyera que Jesús es un aspecto o una fase de Dios en vez de una persona específica. Los que creen en la Trinidad insisten en que se trata de tres personas diferentes fusionadas en una.

En el momento en que se acepta la idea de una persona que posee aspectos diferentes que se muestran simultáneamente, el concepto de la Trinidad, es decir, tres dioses en uno, se desvanece en el aire, y no queda nada de dicha Trinidad. Sería entonces el mismo Dios Padre quien, motivado por Su Misericordia, moriría por los pecados humanos. En este caso se trataría simplemente de una fase transitoria de la misma persona. Los aspectos no son personas y, del mismo modo, las fases no crean entidades separadas. Cualquier ser humano puede pasar por multitud de estados de humor y etapas, sin tener que dividirse en dos o tres, o más personas. Por tanto, si Dios decidiera morir por causa de la humanidad pecadora, tendría que ser Dios Mismo, y no sus aspectos, quien lo hiciera.

Así pues, en relación con el punto que estamos tratando, el aspecto de Dios que jugó un papel vital en el sacrificio divino por causa de la humanidad pecadora, sólo puede entenderse como la manifestación de uno de sus atributos. Por tanto, si la misericordia de Dios ha de tratarse, por sí sola, como una “persona” y a esa persona se le da el nombre de Jesucristo, entonces aquello que murió fue la “misericordia” de Dios. ¡Cuán extraña contradicción

que la misericordia de Dios, por piedad hacia la humanidad pecadora, cometiera un suicidio! Ello implicaría que, durante tres días y tres noches, Dios se vio desprovisto de misericordia.

Hemos de recordar que, en este contexto, no se considera a Jesús como una persona separada e independiente, sino como una característica o aspecto de Dios, por el que se convierte en una especie de misericordia personificada. Esta persona, no obstante, permanece como una entidad de Dios, única e indivisible. Por consiguiente, si algo murió durante este proceso, ese algo ha de ser o bien la persona de Dios o bien el atributo de Su misericordia que jugó el papel más fundamental en este episodio. Así pues, no queda otra opción que creer en la muerte de la misericordia de Dios, o en la muerte del mismo Dios Misericordioso.

Multitud de complicaciones surgen de la pretensión de que ciertos aspectos de una persona individual pueden ser eliminados de la existencia, bien temporalmente o bien permanentemente, pero que aun así se mantendría como el mismo hombre vivo. La muerte de una facultad es, de hecho, una muerte parcial de la persona afectada. En un análisis final, la víctima o el perdedor permanecen con la misma entidad individual de la persona.

Diferentes Personas Compartiendo la Eternidad

Si existieran tres personas diferentes compartiendo simultáneamente la eternidad, se plantearía la cuestión de su relación interna. Si existieran, por toda la eternidad, tres personas que fueran un sólo Dios, habrían de tener sus propios egos independientes, de forma que el sufrimiento de uno -si pudiera sufrir- constituyera su propia experiencia personal. Los demás podrían compadecerle, pero no podrían participar realmente en el sufrimiento ni compartirlo. Por supuesto, es casi imposible imaginar los procesos de pensamiento y decisión de Dios, pero la

pretensión de que es, en realidad, tres personas moldeadas en una, justifica el esfuerzo de tratar de relacionar sus tres procesos independientes de pensamiento.

Un escenario posible que se le asemejaría sería el de un niño humano nacido con tres cabezas. Esta enfermedad podría ser denominada como una sola persona por virtud de poseer un tronco y cuatro extremidades, pero las tres cabezas presentarían un problema a la hora de describir su verdadera naturaleza. Si tal fenómeno de la naturaleza pudiera vivir lo suficiente para ser capaz de hablar y expresarse, sólo entonces podríamos inquirir respecto de lo que estuviera ocurriendo dentro de las tres cabezas. En ausencia de tal conocimiento, sin embargo, declarar que se trata de una persona que comparte tres mentes, o de tres personas que comparten un cuerpo, no es posible.

Es extraño que este aspecto tan importante de la doctrina cristiana no sea explicado, de ninguna forma, en las escrituras. En lo que se refiere a Cristo y al Espíritu Santo, no hay la más mínima evidencia de que sean presentados como dos personas distintas, que no compartieran los mismos procesos de pensamiento y sentimientos. De otra manera, sería imposible concebir las visiones del Espíritu Santo como distintas de las de Cristo, en particular durante el período en el que Cristo fue confinado a su cuerpo humano.

Las preguntas que, sin duda, surgen, respecto a lo que realmente ocurrió a la persona de Jesucristo durante esa experiencia, en relación con los otros dos componentes de la divinidad cristiana, son las siguientes:

1. ¿Acaso los otros dos componentes, es decir, Dios Padre y el Espíritu Santo, compartieron conjuntamente, de alguna manera, el cuerpo de Jesucristo, o sus experiencias en relación con dicho cuerpo?

2. ¿Fue Jesús el único ocupante de dicho cuerpo y como tal no compartió su experiencia en relación con el cuerpo con ninguno de los otros dos componentes de la Trinidad?

Las ramificaciones del primer caso ya han sido discutidas. En el segundo supuesto surge una complicación adicional en lo que respecta a la relación de Jesús, en aquel momento, con los otros dos componentes de la Trinidad. ¿Acaso Jesús se convirtió -por sí mismo- en una entidad completamente separada durante ese período, o permaneció como parte integral de los otros dos componentes, sólo ocupando adicionalmente una morada en forma de cuerpo humano, de manera exclusiva. Entonces tendríamos otra cuestión que resolver:

3. ¿Estaba su entidad divina totalmente comprendida en su cuerpo humano, o sólo fue proyectada hacia fuera desde la forma común compartida con Dios Padre y el Espíritu Santo, como si fuera un pequeño dedo sobresaliendo del cuerpo de una ameba?

Este escenario nos obligaría a creer que durante esta fase Jesús era más grande que sus dos copartícipes puesto que compartió por igual la forma de existencia con el Padre y el Espíritu Santo, mientras que ellos no compartieron el dedo sobresaliente de su existencia humana. Para hacer las cosas fácilmente comprensibles, intentamos ilustrar las paradojas y absurdos inherentes, mediante la visualización de las distintas situaciones hipotéticas. Desde luego que no pretendemos que estas ilustraciones sean tomadas literalmente por los lectores.

El tema que tenemos que elucidar es si existe una sola persona que posee diferentes atributos o que pasa por distintas fases. Esto nos plantea la cuestión de considerar la proposición de “tres seres en uno” y “un ser en tres”, especialmente desde el ángulo de fases distintas y diferentes una de otra; mostrando la misma persona distintos caracteres y estados de humor. Esta situación ha

sido considerada con amplitud en el capítulo anterior. Aquí, sólo es preciso enfatizar el punto de que si una persona o una entidad exhibe fases diferentes, no puede exhibir dichas fases diferentes de forma simultánea, sin que él mismo se divida antes en partes diferentes.

Tomemos, por ejemplo, al agua, en una cierta medida y cantidad. Puede ser convertida por completo en vapor, o en hielo, sin comprometer la unidad de su entidad. Si queremos observarla simultáneamente en estas fases diferentes, tendríamos que dividirla de forma que un tercio sería hielo, un tercio vapor, y un tercio, líquido. Cada forma es diferente de la otra y ninguna comparte las otras dos fases simultáneamente. La cantidad total del agua quedaría repartida en los tres estados, pero el tamaño de cada uno es ciertamente más pequeño que la totalidad de la sustancia, y nadie podría declararla “una en tres” y “tres en una”. De manera similar, la encarnación de Cristo en la forma humana de Jesús, manteniendo al mismo tiempo intactos los lazos entre Jesús el hombre y Dios el Padre, es inconcebible.

Todos los seres humanos están formados por los mismos elementos, pero su similitud y semejanza entre sí no los convierten en una sola persona. Son sus características, individualidades y separación de uno y otro las que les dividen en multitud de entidades, a pesar de estar formados intrínsecamente de la misma sustancia. No podemos, por tanto, denominarlos “uno en cinco billones” y “cinco billones en uno”, por mucho que compartan el factor humano.

Examinemos la misma cuestión desde otro ángulo. Si durante un período específico de tiempo, Jesús estuvo separado y era distinguible de Dios Padre, por un lado, y del Espíritu Santo por otro, ¿En qué aspectos se manifestaba esa existencia separada y distinta de Jesucristo? Hay que recordar que hemos de concebir a Cristo tan totalmente distinto y desvinculado del Padre y del Es-

píritu Santo, que su sacrificio por sus hermanos humanos -quizá deberíamos decir sus hermanos humanos parciales- sea entendido como una experiencia totalmente personal suya. Esto resultaría, evidentemente, en que visualizaríamos a Cristo, en solitario, transfiriendo su mente o sus procesos de pensamiento al cuerpo físico de Jesús y, en otras palabras, viviendo una experiencia que no estaba siendo compartida por los otros dos componentes de la Trinidad cristiana, algo que verdaderamente nos dejaría asombrados.

Personas Diferentes con Caracteres Distintivos Diferentes

Si existieran tres personas con caracteres individuales, no compartidos totalmente por los otros, entonces no podrían considerarse como “Tres en Uno” y “Uno en Tres”. La fusión completa de la Trinidad en Unidad sólo puede concebirse si los caracteres, atributos, funciones y demás facultades poseídas por las tres personas son idénticas para uno y otro, sin ningún aspecto distintivo que separe a uno del otro.

Esto presenta un escenario que, hasta cierto punto, se asemejaría al de unos trillizos idénticos, los cuales, en lo que se refiere a su mente, corazón, sentimientos y funciones orgánicas, se hallarían en una sintonía tan perfecta que la experiencia individual de cada uno sería compartida completamente por los demás. Si esto fuera posible, entonces sería más comprensible una parte de la Trinidad de Dios, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero seguiría existiendo el mismo problema en relación con los tres cuerpos que contienen las tres personas idénticas. Esto, desde luego, no es aplicable a la idea cristiana de la Trinidad. A la segunda ojeada uno se ve obligado a visualizar un cuerpo único que posee tres identidades. La identidad de los “trillizos” sólo cabría en consideración si un sólo cuerpo pudiera contener tres personas, lo

cual, por sí, plantea diversos problemas. Podría argumentarse, no obstante, que Dios no tiene cuerpo y por tanto no tendría sentido aceptar la sugerencia de la similitud con el cuerpo humano. Desde luego que entendemos plenamente que Dios no tiene cuerpo en términos humanos, pero el problema permanece igual en lo que respecta a la idea de tres seres espirituales como trillizos idénticos, que son individuales como personas pero que son sólo uno en todos los demás aspectos.

Otro problema con el que se enfrentaría la existencia de los hipotéticos trillizos sería su interrelación respecto a la adoración. ¿Acaso se adorarían entre si las personas espirituales de la divinidad “Tres en Uno”? ¿Serían todos receptores de la adoración de su creación sin que exista ningún tipo de ejercicio de adoración mutua?

Si bien encontramos que el Nuevo Testamento menciona repetidamente que Jesucristo adoraba a “Dios Padre” y aconsejaba a los demás hacer lo mismo, no se hace tal mención respecto a que el Espíritu Santo adorase a Dios Padre. Asimismo, tal como lo hace constar el Nuevo Testamento, Jesús nunca exhortó a los demás a que lo adorasen a él o al Espíritu Santo. Resulta intrigante esta ausencia total de referencia a la adoración salvo en el caso de Dios Padre.

Aunque es una práctica común entre los cristianos adorar a Jesús como “Hijo de Dios”, junto al Padre, no existen casos registrados de que alguno de los discípulos de Jesús le hubieran adorado o de que Jesús les hubiera alentado a ello durante su estancia en la Tierra. En el supuesto de que lo hubiera hecho, hubiera dado lugar a multitud de cuestiones sin respuesta. Lo mismo sería aplicable al Espíritu Santo y plantea la interrogación de por qué el Espíritu Santo no precisaba de la adoración de nadie.

El supuesto de que fueran “Tres en Uno” en el sentido de que su ego último o conciencia existencial era única a pesar de es-

tar divididos en tres aspectos o fases, ya lo hemos examinado con cierto detalle. Un ser con esta descripción no puede ser denominado, con lógica, como “tres personas en una”. Además, a los aspectos o fases no se les adora ni lo adora su propio ego central. Para concebirlos como personas separadas han de tener su propia identidad independiente en forma de un ego final que ofrece un punto de referencia a su conciencia como personas. De otra manera la cuestión de denominarse para sí mismos y para los demás como “Yo”, “Tu” y “El”, carece de sentido. La Trinidad cuando se aplica a un ser sólo puede concebirse como atributos y nada más; y en lo que se refiere a los atributos, ciertamente que no quedan limitados a tres. Tanto si los conocemos como si no, Dios puede poseer multitud de atributos.

Para concluir esta discusión, queremos hacer énfasis en que la cuestión de la adoración en relación entre uno y otro sólo puede plantearse si se trata de personas diferentes que no disfrutan del mismo status e iguales características. En ese caso sólo uno sería merecedor de la adoración, siendo los otros -por la lógica de ser inferiores- los que se supone que le adorarían. La respuesta, de nuevo sería aceptable, pero la “Unidad en la Trinidad” desaparecería. No hay camino por el que podamos tener “Tres en Uno” y “Uno en Tres” de forma simultánea.

Esto me trae al recuerdo una anécdota que me gustaría contarles. Se dice que un tal Joha, famoso bufón de la corte, divirtió tanto a Tamerlane durante la época de su invasión de Bagdad, que este decidió llevarle consigo como botín y le nombró jefe de los bufones de su corte. En cierta ocasión, le entraron ganas de comer carne en gran cantidad y compró dos kilos de la mejor carne que encontró en la carnicería y se la entregó a su mujer para que preparara un delicioso asado, indicándole que era para él y que nadie más lo probara, ni siquiera ella. Por desgracia para él, nada más hubo acabado su esposa de cocinarlo, varios de sus hermanos llamaron a la puerta en una visita inesperada.

Fue una sorpresa grata para ella pero que iba a resultar ciertamente ingrata para Joha. El aroma de la carne recién asada era demasiado tentador para que los invitados lo resistieran y lo que siguió era la conclusión lógica. Habiendo dado cuenta del último bocado se despidieron de su preocupada hermana. Sin embargo ésta se las compuso para cuando Joha volvió a casa y preparó una excusa infalible. Cuando Joha, al oler el aroma aún presente, pidió anhelante que le sirvieran los dos kilos de carne, la mujer le contestó, señalando al gato que era el animal doméstico favorito de Joha: “Saca la carne del gato, si puedes. Mientras estaba ocupada en la casa se zampó todo el asado de carne”. Joha cogió al gato y lo pesó en la báscula, observando, sorprendido, que el gato pesaba dos kilos exactos. Entonces se volvió gentilmente a su mujer y le preguntó: “Cariño, desde luego que te creo, pero si esta es mi carne ¿dónde está el gato? y si este es el gato ¿dónde está mi carne?”.

Bromas aparte, permítanme asegurarles que no pretendo afirmar que este tema se base en las enseñanzas auténticas y verdaderas de Jesús. Este tratamiento es un simple ejercicio en el que se pretenden analizar las doctrinas cristianas actuales, que creemos se han desviado una gran distancia de las enseñanzas originales de Jesús.

Habiendo dejado claro que no existe ninguna referencia en la Biblia en la que se constate que Jesús fuera adorado, hemos de considerar la única referencia relacionada con este tema en Lucas 24:52. Muchos afirman que estos versículos proporcionan la evidencia de que Jesús exhortó a sus seguidores a que le adoraran. Sin embargo, los teólogos cristianos contemporáneos son plenamente conscientes de que estos versículos son falsos y no es correcto considerarlos como parte genuina del Evangelio de Lucas.

Volvamos ahora al tema de la práctica común, tanto si está apoyada por la evidencia en los Evangelios como si no lo está. Según la práctica habitual de la mayoría de las sectas cristianas de hoy, Jesús es verdaderamente adorado como “Hijo de Dios”. Sin embargo, todas están de acuerdo en que el mismo Jesús a quien adoran, solía adorar a Dios Padre y sólo a El. A menudo he preguntado -en vano- a teólogos cristianos la razón por la que Jesús debía adorar al Padre si él mismo era una parte inseparable de Dios y estaba fusionado tan completamente con él que se creaba el sentido de la unidad a pesar de existir tres personas. ¿Acaso adoró él alguna vez al tercer componente de la Trinidad, es decir, al Espíritu Santo? ¿Se adoró alguna vez a sí mismo? ¿Adoró el Espíritu Santo alguna vez a Jesús? ¿Adoró el Padre alguna vez a los dos restantes? Si no es así ¿Por qué? Tal vez la respuesta a estas cuestiones obligaría a los cristianos a confesar que existe una cierta superioridad de Dios Padre sobre los otros dos componentes de la Trinidad. De ello se deduciría que los tres miembros de la Trinidad no tienen un status idéntico. Por lo tanto serían “Tres en Tres” si realmente fueran tres, pero, ciertamente, lo que no son, es “Tres en Uno”.

A veces, cuando los teólogos cristianos se ven enfrentados con la cuestión de por qué Jesús - a quien consideran el “Hijo” de Dios- adoraba a Dios Padre, afirman que se trataba del hombre quien adoraba a Dios Padre y no el “Hijo” Jesús. Esto nos lleva de nuevo a la discusión que ya hemos debatido antes. ¿Existían dos seres conscientes que poseían el mismo cuerpo de Jesús, uno poseyendo la conciencia humana y el otro la del “Hijo” de Dios? Además ¿Por qué el hombre evitó e ignoró completamente al “Hijo Dios” en él y nunca adoró a Cristo como tal? El mismo hombre-Jesús, el copartícipe de Cristo, debió haber adorado al tercer componente, el Espíritu Santo, cosa que nunca hizo.

La adoración es un acto del cuerpo y de la mente que se expresa a veces en símbolos corporales, pero que siempre perma-

nece como un acto enraizado en la entidad mental y emocional de la persona. Por tanto es preciso determinar quién era el que adoraba cuando Jesucristo adoraba a Dios. Ya hemos tratado del escenario, con todas sus complejidades, en el que Cristo como “Hijo” de Dios es quien adora. A la inversa, si era el hombre el que adoraba a Dios Padre, y si El nunca adoró a Cristo, entonces ¿Por qué los cristianos contravienen este ejemplo sagrado del propio Jesús? ¿Por qué han de adorar a Cristo además de a Dios, cuando Jesús-el hombre nunca adoró a su copartícipe Cristo, a pesar de estar tan cerca de él?.

Personas Diferentes con Caracteres Idénticos

Examinemos una vez más, esta vez desde un ángulo diferente, la fórmula “Tres en Uno” de la Trinidad como tres personas distintas que son absoluta y completamente idénticas entre sí. En este contexto no estamos hablando de una sola persona con aspectos diferentes reunidos en uno sólo, sino de tres formas separadas, semejantes a los trillizos. Un tipo de trillizos que son tan completamente iguales que sus similitudes no acaban en la forma sino que se extienden a todos sus procesos de pensamiento y sentimientos. Participan de igual forma de todos los pensamientos, sensaciones y emociones. En este caso habría que admitir que sobran dos de los tres constituyentes de la Trinidad. Si se eliminaran, no afectaría lo más mínimo al componente restante de la Trinidad, que permanecería siendo completo en si mismo. El Santo Corán plantea también la misma pregunta cuando señala que si Dios decidiera destruir y eliminar de la existencia a ambos, a Jesucristo y al Espíritu Santo, ¿en qué menoscabaría Su Majestad, Eternidad y Perfección, y quién podría evitar que El así actuara? (5:18). Esto implica que todos los atributos Divinos continuarían funcionando eternamente, y, en consecuencia, el

concepto de la Trinidad descrito en este contexto se revela innecesario y sin sentido.

Si, no obstante, supusiéramos que las tres personas distintas de la Trinidad realizan funciones diferentes, entonces, obviamente, los tres componentes serían esenciales para la conformación de la divinidad. Sin embargo, en este caso estaríamos hablando de tres dioses que cooperan entre sí y que viven armoniosamente juntos, y como tales sólo podrían ser tratados como “tres dioses en tres” y no como “tres dioses en uno”.

De la misma forma, si se propone que la Trinidad es semejante al caso de una única persona con funciones orgánicas diferentes, todas ellas reunidas en una, entonces, lo que se conserva es la Unidad, no la Trinidad. Aquí no estamos hablando de una persona con funciones orgánicas diferentes sino de tres personas totalmente idénticas, cada una de las cuales realiza las mismas funciones, pero reteniendo su individualidad. Lo que se discute representa el caso de una sola persona con órganos diferentes. Hasta aquí no hay nada ilógico, pero cuando se trata a los órganos como personas por derecho propio y al mismo tiempo se piensa que constituyen una personalidad que es única en su integridad, entonces quedan rotos los límites de la lógica y la discusión se vuelve inaceptable. Ciertamente que los órganos tienen su individualidad, pero esta individualidad es sólo un componente de una personalidad mayor, que no sólo comprende un órgano sino muchos otros. A todos estos órganos reunidos dentro de un hombre se le denomina “hombre” completo. Desde luego que algunos órganos realizan funciones de menor importancia relativa, y el hombre puede permanecer como hombre sin ellos, pero sólo con imperfección. Un hombre perfecto debe poseer todos los órganos que poseen comúnmente los seres humanos y la suma total de dichos órganos le convierte en un hombre perfecto.

Si tomamos el ejemplo de un hombre llamado Pablo, no podemos afirmar que, dado que el hígado, corazón, pulmones y riñones de Pablo tienen su individualidad y sus funciones específicas que cumplir, se trata de personas distintas, completamente identificables con Pablo. La identificación completa sólo sería posible si dijéramos que su función renal es exactamente igual a Pablo en su totalidad y lo mismo se podría decir de sus restantes órganos. Esta proposición requeriría que la ausencia de cada órgano no alterara la naturaleza de Pablo de ninguna forma, o, se pudiera decir que Pablo, sin sus pulmones, corazón, cerebro, riñones etc, habiéndosele extirpado todos sus órganos, seguiría existiendo como un Pablo completo. Esto es así, porque en un análisis final, son exactamente iguales entre sí y la persona de Pablo permanece intacta no importando la ausencia de dichos órganos. Si este es el escenario de “Tres en Uno”, entonces, desde luego que es un error intentar criticar a las creencias cristianas tomando como referencia la lógica. La lógica aplicable en este caso al dogma cristiano actual es la propia lógica de las brujas de Macbeth cuando afirman: “Lo bueno es vil y lo vil es bueno”

7. La Evolución del Cristianismo

La doctrina de la Trinidad, uno de los elementos fundamentales del dogma cristiano, estuvo ausente del cristianismo durante el período de vida de Jesucristo. Lo más que se puede asegurar es que esta doctrina empezó a tomar forma después de la Crucifixión. Hubieron de pasar muchos siglos para que adoptara su forma final, bien definida aunque inexplicable. Atravesó un largo proceso de duros y controvertidos debates entre teólogos y filósofos cristianos, representantes de orígenes religiosos, culturales y tradicionales diferentes.

Se vio influenciada, en gran medida, por los mitos y tradiciones de diversas tierras que hicieron de anfitriones de la cristiandad en su época más primitiva. Sin embargo, el tronco principal del cristianismo, que cuidó y alimentó el desarrollo de las creencias y filosofía cristianas en su período formativo más temprano era de estirpe judía. La influencia judía fue la que tuvo mayor predominio a lo largo de la primera parte de la historia cristiana. Los discípulos de Jesús que aprendieron y entendieron el cristianismo directamente del propio Jesús y fueron testigos de ello en su propia vida, pertenecían a esta estirpe. Fueron los primeros custodios del cristianismo y tenían sus raíces firmemente asentadas en el suelo santo de las instrucciones de Jesús y su forma de vida. Fueron ellos los que presenciaron la Crucifixión y vieron salvarse a Jesús de su pretendido asesinato.

Los Primeros Seguidores de Jesús

Los primeros cristianos aparecen divididos fundamentalmente en lo que se refiere tanto a la naturaleza de Jesús como a si debían adherirse a la Ley Mosaica o no. En la segunda fase del desarrollo cristiano, aparece San Pablo como la figura fundamental que otorga al cristianismo una nueva filosofía e ideología. Existían diferencias fundamentales de opinión entre Pablo y Jaime el Justo (también conocido por Santiago). Mientras que Jaime cuidaba de la Iglesia de Jerusalén, Pablo predicaba en occidente, especialmente entre los gentiles. La Iglesia occidental evolucionó sobre las líneas doctrinales paulinas, mientras que la Iglesia de Jerusalén se desarrollaba en torno a enseñanzas monoteístas.

Vástagos del ministerio de Jaime fueron los Ebonitas, una secta cuyo nombre deriva del Hebreo *ebionim* que significa “el manso” o “el pobre”. Eran judíos-cristianos para quienes Jesús portaba el manto del Mesías y no el de “Hijo de Dios”. Seguían con gran celo la Ley Mosaica y poseían su propio Evangelio, conocido en varios contextos como el “Evangelio de los Hebreos”, el “Evangelio de los Ebionitas” o el “Evangelio de los Nazarenos”. He aquí una descripción de los Ebionitas extraída de diversas fuentes:

En su libro “La Historia de la Iglesia” escrita en el siglo 4 D.C. en Cesarea, Eusebius menciona a los Ebionitas en el Libro *De Vespasiano a Trajano*. Se burla de sus ideas, diciendo que su nombre proviene de su opinión pobre y mezquina acerca de Jesús. Los Ebionitas consideraban a Jesús un ser mortal y le consideraban virtuoso por el carácter que mostró a lo largo de su vida. Como judíos, cumplían el Sabbath, cada uno de los detalles de la Ley y no aceptaban la idea Paulina de la salvación sólo a través de la fe. También habla de otro grupo de Ebionitas que aceptaban el nacimiento virginal y al Espíritu Santo, pero rechazaban aceptar la pre-existencia de Jesús como “Dios, Palabra y Sabiduría”. Seguían un “Evangelio de los Hebreos” que posiblemente se trataba del

Evangelio de San Mateo. Observaban el Sabbath y el sistema judío, pero celebraban la resurrección²⁸.

En el libro en el que describe los orígenes de los Ebionitas “Los pergaminos del Mar Muerto desvelados”, R. Eisenman escribe que Jaime “el Zaddik” o “el Zaddok” -que significa el Justo- era el líder de la Iglesia de Jerusalén a mediados del primer siglo, (40-60 D.C. aproximadamente) la rama que fue denominada, retrospectivamente, Cristianismo Judío de Palestina. Los Ebionitas surgieron de dicha rama.²⁹

A la Comunidad que siguió a Jaime se le llamó “Los Pobres” (Gálatas 2:10, Jaime 2:3-5), nombre mencionado tanto en el Sermón de la Montaña como en los Pergaminos del Mar Muerto. Eisenman expresa su opinión de que los Ebionitas eran similares a los autores de los Pergaminos del Mar Muerto. Honraban a Jaime el Justo, y creían que Jesús era su Mesías mortal, a la vez que consideraban a Pablo *un Apóstata de la Ley*. Cumplían con gran afán la Ley y el Sabbath. Trataban a Jaime con el máximo respeto mientras que a Pablo lo consideraban “El Enemigo”.³⁰

Según la opinión expresada por los autores Baigent, Leigh y Lincoln en “El Legado Mesiánico”, la fuente de las enseñanzas originales de los Ebionitas, Gnósticos, Maniqueos, Sabianos, Mandeanos, Nestorianos y Elkasitas ha sido la filosofía Nazarena. Se refieren al pensamiento Nazareno como:

“Una orientación hacia Jesús y sus enseñanzas que, en última instancia, deriva de la posición Nazarena original, tal como fue articulada por el propio Jesús, y posteriormente propagada por Jaime, Juda o Judas Tomás y su entorno inmediato”. Sus creencias eran:

28 Eusebius: La Historia de la Iglesia. páginas 90-91 (Penguin 1989)

29 “Los Pergaminos del Mar Muerto Desvelados”, R. Eisenman y M. Wise. p.186 (Element Books 1992)

30 “The Messianic Legacy”. M Baigent, R Leigh, H Lincoln, p. 135-138 (Corgi Books)

1. Adherencia estricta a la Ley Mosaica
2. Reconocimiento de Jesús como el Mesías
3. Creencia en el nacimiento humano normal de Jesús
4. Hostilidad hacia los puntos de vista Paulinos

Existe una colección de manuscritos arábigos guardados en una biblioteca de Estambul que contiene citas textuales de los siglos 5 y 6 atribuidas a los “al-Nasara”, escritas en sirio y encontradas en un monasterio de Juzistán en el suroeste de Irán cerca de la frontera con Irak. Refleja las opiniones de la jerarquía Nazarena que escapó de Jerusalén tras la destrucción de la ciudad en el año 66 D.C. Jesús es descrito como un ser humano y hace énfasis en la Ley Judaica. Dice de los seguidores de Pablo que “abandonaron la religión de Cristo y se volvieron a las doctrinas religiosas de los Romanos”³¹.

De todas las diversas doctrinas que surgieron durante las etapas formativas del cristianismo, sólo parece justificable que merezcan prioridad quienes creyeron en la filosofía Nazarena. Estos primeros cristianos aprendieron del propio Jesucristo el significado del cristianismo.

El Papel de San Pablo

Es evidente que San Pablo y su escuela no se cuentan entre ellos. De hecho, a partir de San Pablo, a medida que el cristianismo se extendía por tierras extrañas y fes paganas del Imperio Romano, comenzó a influenciarse y a inclinarse hacia las culturas y mitologías existentes en aquellas tierras, alejándose cada vez más de su pureza original. San Pablo puso su parte y ejerció su influencia en el deterioro del pensamiento cristiano, introduciendo su propia marca de misticismo personal. El no era de estirpe judía ni tuvo ningún contacto directo con Jesús salvo una pretendida

31 “The Hiram Key”. Christopher Knight and Robert Lomas, p. 246 (Century 1996)

visión. Se encontraba en ese momento, parece ser, bajo la poderosa influencia de las culturas foráneas.

Aparentemente, existían dos opciones para S. Pablo: o iniciar una ardua lucha contra el mundo de supersticiones, mitos y leyendas existentes en las tierras del Imperio Romano desde tiempo inmemorial, o entregarse a ellos y dejar que el cristianismo cambiara para satisfacer sus exigencias y ambiciones. Esto les proporcionaba el mensaje de que el cristianismo no era esencialmente diferente de sus leyendas y mitos. Encontró que la segunda opción era más provechosa y conveniente y permitió que el cristianismo cambiara para adaptarse a las ambiciones y filosofías populares del mundo de los gentiles.

Esta estrategia funcionó bien en tanto en cuanto consiguió un gran número de conversos a la nueva fe que de otra manera no hubieran estado dispuestos a aceptarla. ¡Pero a qué coste! Desgraciadamente acabó en una competición atroz entre los nobles valores cristianos y los mitos paganos. Lo que cambió S. Pablo fueron sólo los nombres de los dioses paganos a los que reemplazó con los de Jesús, Dios Padre y el Espíritu Santo. No fue él quien inventó el mito de la Trinidad y lo introdujo en el mundo pagano en nombre de la cristiandad, al contrario, tomó prestado el mito de la Trinidad de la mitología pagana y lo vinculó al cristianismo. Desde entonces, el viejo paganismo de siempre continuó con nombres nuevos y caras nuevas.

El cristianismo paulino, por tanto, no tuvo éxito en cambiar las doctrinas, mitos y supersticiones del mundo pagano, sino que sólo concluyó cambiando al cristianismo en concordancia con aquel. Si la montaña no respondió a su llamada, decidió ir a la montaña.

La Realidad de Jesús

Obviamente, cada cual tiene la prerrogativa de elegir entre el cristianismo paulino y el de Jaime el Justo y otros líderes del cristianismo que fueron discípulos del propio Jesús. Pero en este punto deseamos dejar claro que la rama principal del cristianismo continuó desarrollándose a lo largo de líneas unitarias y se mantuvo a distancia de innovaciones posteriores que originaron el galimatías y complejidades de los dogmas cristianos tales como la divinidad de Jesús como el “Hijo”, la Trinidad, el Pecado Original, la Redención, la resucitación física de Jesús etc. Los criterios de los primeros líderes del cristianismo, entre los que destaca Jaime el Justo, eran simples, honestos y no contenían contradicciones internas ni paradojas ocultas tras un cristal de humo de misterio. El estudio de Unitarismo en la cristiandad establece, sin asomo de duda, el hecho de que la Unidad de Dios, libre de las complicaciones del eslogan de la Trinidad, permaneció como la doctrina oficial de la Iglesia de Cristo en su pureza primitiva.

Recuerden, por favor, que este breve tratado no intenta convertir a los cristianos a ninguna otra fe distinta de la de Cristo. Se trata de un esfuerzo genuino para invitar a los cristianos a que vuelvan a la fe y a la práctica pura y no adulterada del propio Jesús. Es un intento sincero de hacer que la ficción retroceda ante los hechos que conformaron el cristianismo. Hechos que son ciertamente bellos por cuanto están basados en la auténtica realidad y satisfacen tanto al corazón como a la mente.

Durante estos casi dos mil años, no han sido las leyendas tejidas alrededor de la realidad de Jesucristo las que han mantenido unido al cristianismo y le han ayudado a sobrevivir a los desafíos de la razón y de la progresiva ilustración nacida del progreso científico, ni se debe su supervivencia a la creencia mística en la Trinidad. Lo que ha mantenido unida la verdad y la esencia del cristianismo es la belleza de la persona y las enseñanzas de Jesu-

cristo. Es la conducta divina y no la persona divina de Jesús a lo que ha sido tan bello adherirse. Fue el sufrimiento, la paciencia, la perseverancia por la causa de ideales nobles y su valiente y firme rechazo de todos los intentos despóticos por hacerle cambiar sus principios, lo que conforma la verdadera columna vertebral del cristianismo. Es, hoy día, tan hermoso y estimable como lo fue siempre antes. Ha influido de manera tan poderosa en las mentes y corazones cristianos, que éstos han permanecido unidos a Jesús y han preferido cerrar sus ojos ante las discrepancias lógicas antes que separarse de él.

Su verdadera grandeza está en el hecho de que trascendió y conquistó las fuerzas de la oscuridad que conspiraron para derrotarle a pesar de ser un ser humano frágil -y nada más que un ser humano-. La victoria de Jesús es algo que ha de ser compartido con orgullo por los hijos de Adán. Tal como nosotros lo vemos, desde el punto de vista islámico, él es uno de los más nobles descendientes de Adán, que enseñó a la humanidad la perseverancia, con su ejemplo, en medio del dolor y el sufrimiento extremo. El logro más noble de Jesús consistió en no rendirse sino en mantenerse firme ante una prueba límite. Fue su vida de sufrimiento y dolor lo que redimió a la humanidad y le hizo conquistar la muerte. Haber aceptado la muerte voluntariamente hubiera sido equivalente a intentar escapar de su estado de sufrimiento. ¿Como podríamos considerarlo un acto de valentía? Incluso el acto de quienes cometen suicidio en situaciones extremas es considerado un mero acto de cobardía. Compartir el sufrimiento en vida es mucho mejor que escapar del sufrimiento a través de la muerte. Por lo tanto, el concepto de que el sacrificio supremo de Jesús está en que aceptó la muerte por causa de la humanidad, es puro sentimentalismo vacío y carente de sustancia.

La grandeza de Jesús, insistimos, radica en su sacrificio supremo durante su existencia. Durante toda su vida, desafió las

tentaciones, abandonando y cambiando una vida holgada y de comodidad por otra de sufrimiento. Día tras día se enfrentó a la muerte pero rehusó entregarse, y vivió por la causa de los pecadores para devolverles la vida. Conquistó la muerte, no rindiéndose a ella sino rehusando someterse a ella. La venció con rotundidad y emergió de sus garras allí donde un hombre inferior hubiera perecido. Así demostró su verdad y la verdad de su palabra sin sombra de duda. Así es como vemos a Jesús y por eso es por lo que le amamos. Su voz era la voz de Dios y no la voz de sus propias ambiciones. Dijo lo que se le encargó que manifestara, ni más ni menos que lo que el propio Dios le dijo que dijera. Adoró a Dios a lo largo de toda su vida y sólo le adoró a El, y nunca pidió a ningún mortal que se postrara ante él, ni ante su madre o el Espíritu Santo. Esta es la realidad de Jesús a que invitamos a que vuelvan los cristianos de todas las confesiones y todos los credos.

La Continuidad de la Religión

Nosotros creemos en la continuidad y universalidad de las religiones. Por eso el Islam insiste en que la institución del profetazgo es un fenómeno universal. Esto significa que los profetas han de ser aceptados en su totalidad. El rechazo de uno de ellos de entre la comunidad de profetas equivale al rechazo de todos, porque, en realidad, nos inclinamos ante los profetas porque su llamada procede de la misma fuente. En este contexto, el término “continuidad” debe ser entendido como algo que es similar aunque no exactamente igual que la evolución de la vida. Nosotros creemos en la progresividad del mensaje, que avanza en paralelo con el progreso humano general en todas las esferas de la actividad humana. Así vemos que las formas más primitivas de religiones reveladas, aunque poseían las mismas enseñanzas fundamentales, cubrían áreas relativamente menores de instrucciones detalladas. Es decir, un menor número de mandamien-

tos y prohibiciones. Estos crecieron gradualmente en un mayor número de imperativos y restricciones que iban cubriendo un campo mayor de actividad humana. Asimismo, vemos que las religiones de civilizaciones antiguas se dirigían a una audiencia menor en términos comparativos, perteneciente a tribus, clanes o regiones. Sus mensajes estaban confinados a los requerimientos de aquel tiempo. Podrían ser mejor descritas como religiones tribales, de clan o nacionales. El caso de los Hijos de Israel y las enseñanzas judaicas constituyen una ilustración apropiada para mostrar este punto.

La tendencia histórica de este desarrollo, por tanto, puede ser resumida en dos puntos:

1. Una evolución progresiva y una relativa perfección de las enseñanzas.
2. Un cambio progresivo de confesiones pequeñas a otras más grandes.

La “continuidad” no significa que la misma religión que fue revelada a Adán, continuó dirigiéndose a la humanidad y que sufrió un cambio gradual y progresivo, ampliando sus campos de instrucción y sus destinatarios. Lo que significa es que en diferentes partes del mundo donde existían distintas civilizaciones que enraizaron y florecieron, las revelaciones divinas dieron origen a estas religiones en correspondencia con el desarrollo social del hombre en dichas partes de la tierra. Todas esas religiones, no obstante, se estaban desarrollando en la misma dirección general.

La Cumbre del Desarrollo Religioso

De todas estas confesiones religiosas, creemos que la religión que se estaba desarrollando en Oriente Medio, fue cultivada y alimentada para que diera origen a las grandes religiones que

habrían de servir de tronco principal en la evolución religiosa del mundo. Esto se hace evidente a través del estudio de la historia religiosa. El judaísmo seguido por el cristianismo, y a su vez seguidos por el islam, indica claramente la dirección de la evolución de las enseñanzas religiosas. Entre estas religiones es fácil trazar el rastro hacia atrás y delante en cuanto a la progresión de las enseñanzas, y encontramos que están profundamente interrelacionadas. Es de suma importancia, por tanto, entender este gran esquema de las cosas, que iba a resultar, y de hecho resultó, en la consumación de estas enseñanzas en la forma de una religión universal cual es el Islam.

Es, en este contexto, de sumo interés para los judíos, que traten de entender la importancia de la figura de Jesucristo. Habiendo fracasado en reconocerlo, su caso es similar al de diversas especies de animales que quedaron recónditamente enterradas en la historia de la evolución, no jugando en lo sucesivo ningún papel vital en el árbol de la vida en desarrollo y a punto de alcanzar su cima. Como tal, sólo permanece como un resto histórico que continúa sobreviviendo en su estrecha esfera de existencia.

De la misma manera, el caso de los cristianos es similar al de los judíos. Sólo están un paso más adelantado que ellos y más cercanos al islam en el orden cronológico. De la mayor gravedad, no obstante, son las desviaciones del camino de Jesucristo, creadas por S. Pablo, que han conducido a los cristianos a un rumbo decadente y les ha alejado del Islam más que los propios judíos. Los judíos, después de más de cuatro mil años de existencia, al menos han aprendido la lección de la Unidad Divina que es vital para la vida espiritual de cualquier religión. Sin embargo, a pesar de su cercanía al Islam en las doctrinas básicas, hay otros factores que hacen que los judíos sean más inflexibles a la hora de aceptar el islam en gran número.

Este estudio me hace creer que, a menos que los judíos desarrollen la disposición y actitud mental necesaria para entender a Cristo, y a pesar de las similitudes doctrinales, permanecerán más alejados del islam que los cristianos. Han perdido un vínculo vital, el de Jesucristo, entre ellos y el advenimiento del Profeta Mohammad, la paz y bendiciones de Dios sean con él. Este rechazo de la verdad les ha endurecido hasta tal punto de no están psicológicamente predispuestos a aceptar ningún mensaje nuevo. Continúan esperando a Cristo, cuando la realidad es que Cristo ya vino y se fue. Habiendo fracasado en reconocerlo una primera vez, es mucho más improbable que lo reconozcan de nuevo en su segundo advenimiento. Parecen estar destinados a esperar eternamente al Cristo de sus sueños.

Fue el propio Jesucristo el que había de preparar el sendero para la siguiente religión de rango superior que es el Islam. Esta afirmación no debe ser tomada de manera inflexible. No estamos sugiriendo que los judíos deban aceptar primero al cristianismo y que luego deban dar el siguiente paso hacia el islam. Sería una visión demasiado ingenua de como acontecen las manifestaciones religiosas. Lo que queremos señalar es que un pueblo que rechaza a un profeta o mensajero que, además, no es un profeta ordinario, sino que jugó un papel muy importante en la tarea de educar a las mentes y los espíritus de la gente, actúa así cuando se encuentra espiritualmente y psicológicamente enfermo. A menos que esta enfermedad sea curada y sea rectificada su actitud torcida ante la verdad, es más que improbable que sigan a un profeta que esté situado más allá del eslabón que ya han perdido.

En lo que se refiere a la actitud de los cristianos, sólo pueden ser conducidos a la verdad del Profeta Mohammad, si vuelven a la verdad y realidad de Jesucristo. No sólo era el camino hacia Dios sino que también, al igual que otros profetas, era el camino hacia el profeta que estaba destinado a seguirle. Jesús era únicamente el eslabón intermedio de la parábola del viñedo. La

última representación consumada de Dios estaba por llegar. Por lo tanto, a menos que los cristianos retornen de la imagen falsa, mítica e imaginaria de Jesucristo a la mucho más elevada y noble realidad de sus santo maestro, no podrán ser dirigidos al camino que le conectó con el Profeta Mohammad, la paz y bendiciones de Al-lah sean con él.

El Profeta Mohammad fue una realidad y no una ficción y sólo las realidades conducen a otras realidades. Por consiguiente, serán la realidad de Cristo y no la ficción en la que le han convertido, la que bendecirá a los cristianos para reconocer la verdad del Profeta Mohammad.

8. El Cristianismo Hoy

El mayor problema que afecta al mundo del cristianismo actual no es tanto la falta de entendimiento como la falta de deseo y voluntad de aceptar la verdad. El cristianismo, tanto si es mítico como si es objetivo, se ha convertido en parte inseparable de la civilización occidental y ha jugado un papel importante en su colonización y conquistas imperiales. Apoya sus sistemas políticos y económicos y les proporciona una fuerza coherente y anexionadora que les mantiene unidos como una entidad poderosa y unida. Ha jugado un papel vital en la construcción y cimentación del complejo sistema sociopolítico y económico de Occidente. Lo que entendemos por civilización Occidental o imperialismo Occidental y su dominación económica, está impregnada de ciertos elementos cristianos. En su estado actual, el cristianismo parece más inclinado a servir a la causa material de Occidente que a su causa espiritual, mientras que en el pasado su papel estaba más en la dirección de apoyar las creencias cristianas y en fortalecer los valores morales.

El papel histórico más importante jugado por el cristianismo, de cualquier manera, ha consistido en fortalecer y realzar el imperialismo Occidental. La conquista de Oriente tuvo lugar con el fervor e ímpetu cristianos. De forma particular, las batallas luchadas contra el imperio musulmán se alentaron con fuerza mediante el odio cristiano hacia el islam.

El Cristianismo y el Colonialismo

Cuando el dominio colonial subyugó la casi totalidad del continente africano y quedaron los pueblos atados de pies y manos, obligados al sometimiento político, no tuvieron que esperar mucho para quedar también encadenados de arriba abajo, esclavizados económicamente. Las conquistas imperiales carecen de significado sin la subyugación económica de la gente. Detrás, pero no muy lejos de los personajes políticos y económicos, llegaron los sacerdotes cristianos, arropados de humildad y autosacrificio. Su propósito al visitar África parecía ser diametralmente opuesto a la de su vanguardia política y económica. No venían a esclavizar, decían, sino a liberar las almas de África. Sorprende que los africanos no se cuestionaran esta pretendida noble intención. ¿Por qué no preguntaron a los bondadosos líderes filántropos de la Iglesia por qué se compadecían de sus almas y únicamente de sus almas? ¿No veían cómo les habían esclavizado los cuerpos sin piedad? ¿Cómo se les había despojado gratuitamente de su libertad política? ¿Cómo se hallaban hundidos en las cadenas de la esclavitud económica? ¿Por qué no se compadecían de su estado de cautividad física y por qué sólo estaban interesados en liberar las almas de un pueblo esclavizado?

La contradicción inherente es obvia, pero ciertamente que no fue tan obvia para quienes cayeron presa de los designios cristianos. África es, en verdad, ingenua, y tan ingenua hoy como lo fue hace doscientos años. Incluso hoy día, los africanos no se percatan de la continuidad de su esclavitud política y económica a través del sistema invisible -de control remoto- del neo-colonialismo. Aún no se han dado cuenta de que, para ellos, el cristianismo sólo es un medio de subyugación. Es como el opio que les ha inducido al profundo sueño del olvido. Les produce la sensación falsa de pertenecer al clan de sus soberanos al participar en algunas cosas al mismo nivel. Es la misma sensación de pertenencia

que les ha conducido a imitar el estilo de vida tan costoso de occidente. Los árboles permanecen plantados en suelos foráneos, pero sólo se transportan al otro lado los frutos para quienes, de alguna manera, se han habituado a su sabor. Esto es un pequeño ejemplo de cómo el cristianismo se ha hecho siempre indispensable para la dominación económica e imperial de Occidente sobre el Tercer Mundo.

En el propio Occidente, al margen de que el hombre común entienda o no las complejidades del dogma cristiano, éste ve al cristianismo como parte integral de su cultura y civilización. Debe recordarse que la verdadera fuerza de los valores cristianos, dondequiera que perduran, no radica en su conjunto mítico de creencias, sino que radica en el énfasis que hace en la bondad, la simpatía y el servicio a la causa de los que sufren, y otros muchos valores que se han hecho sinónimos del cristianismo. Si bien estos valores son comunes a todas las religiones de la tierra y parecen ser el objetivo, establecido por la Divinidad, que debe alcanzar toda la humanidad, sin embargo, de alguna manera, la poderosa propaganda cristiana enfatiza continuamente estos roles en relación únicamente con el cristianismo, y, en consecuencia, ha conseguido convencer a un gran número de gente. Este mensaje de simpatía, solidaridad, bondad, y trato amable, encanta al oído con su suave melodía. Es este mundo romántico el que, en general, atrae a la gente a la fe cristiana. No obstante, a su lado pero divorciados de él, trabajan las duras realidades políticas y económicas del mundo occidental, subyugando al resto de la humanidad.

Parecería que las paradojas dogmáticas con las que los cristianos han de vivir, se hubieran transferido también, de alguna forma, a su comportamiento mundano. La bondad, la humildad, la tolerancia, el sacrificio y muchas otras nobles palabras, van de la mano con la crueldad, la opresión, la injusticia y el sometimiento en gran escala de las gentes indefensas de la tierra. Las normas de

la justicia, la ley y el juego limpio parecen actuar como monedas válidas en el ámbito interno de las culturas occidentales. En el área de las relaciones internacionales, sin embargo, se consideran que son términos obsoletos y estúpidos a los que sólo el ingenuo tomaría en serio. La política internacional, la diplomacia y las relaciones económicas no conocen otra justicia que la que sirve al interés nacional. No se permite que los valores cristianos tengan competencia en la política y economía de Occidente. Esta es la contradicción más trágica de los tiempos modernos.

Cuando estudiamos la imagen que proyecta, el cristianismo sólo se presenta en la forma de una atractiva cultura y civilización occidental, que convoca al mundo de Oriente a una vida despreocupada y confortable de permisividad, a diferencia de los códigos generalmente rígidos de sus decadentes sociedades religiosas. Este mensaje de emancipación es normalmente malentendido por las masas semi-incultas del Tercer Mundo como algo sumamente atractivo. Añádase a esto la ventaja psicológica adicional de adquirir un sentido de pertenencia al mundo avanzado mediante la común unidad en la religión y se comienza a entender el verdadero papel del cristianismo a la hora de atraer, en gran número, a la gente oprimida y marginada, que se encuentra en los peldaños más bajos de su sociedad de clases. queda fuera de su alcance entender el dogma cristiano. Sólo les sirve para elevar su status humanos, aunque sólo de forma falaz.

De lo anteriormente dicho, debe quedar claro que el cristianismo del que estamos hablando es un cristianismo totalmente alejado del cristianismo de Jesucristo. Pensar que la cultura occidental es cristianismo es un error manifiesto. Atribuir las formas presentes de cristianismo -en sus diversas esferas- a Cristo, equivale ciertamente a insultarle. Hay, por supuesto, excepciones a cualquier regla. Ninguna afirmación es aplicable en su totalidad a un grupo numérico importante. No hay duda de que hay un pequeño número de islas individuales de esperanza y vida en el

mundo cristiano donde la sinceridad cristiana, el amor y el sacrificio se practican genuinamente. Estas son las islas de la esperanza alrededor de las cuales braman los océanos de la inmoralidad, que lenta y gradualmente corroen y finalmente alcanzan más y más orillas de estas islas. De no haber sido dotado el mundo cristiano de tales ejemplos brillantes de cristianismo practicado con el espíritu de Jesucristo, por muy escasos que sean y alejados que estén entre sí, una oscuridad total habría cubierto el horizonte de Occidente. Sin el cristianismo no habría luz en la civilización occidental, pero, por desgracia, esta luz también esta desvaneciéndose rápidamente.

Es esencial que el mundo cristiano retorne a la realidad de Cristo y corrija su identidad dividida y su hipocresía intrínseca. Continuar viviendo en un mundo de mitos y leyendas encierra grandes riesgos potenciales. El propósito principal de este ensayo es alertar al mundo cristiano de los peligros latentes que acechan al alejamiento progresivo entre su creencia y su práctica. Los mitos funcionan mientras sirven al propósito de subyugar a los grupos más bajos de la sociedad a la jerarquía de un sistema que les controla y explota su ignorancia manteniéndolos desinformados. Pero cuando se trata de las creencias, que juegan un papel fundamental en devolver la vida a un pueblo muerto, y en reconstruir sus valores morales que se encuentran en estado de progresiva degradación, tales mitos no sirven de nada. Son meras fantasías y las fantasías nunca juegan un papel significativo en los asuntos humanos.

El Nuevo Advenimiento de Jesucristo

La aplicación de las observaciones realizadas, puede ser ahora demostrada. La cuestión vital de la supervivencia actual de la humanidad gira alrededor de la imagen central de Jesucristo. Es absolutamente esencial, por tanto, entender su realidad ¿Quién

fue y cuál fue el papel que jugó, en primer lugar, como Cristo, en la sociedad decadente del judaísmo? ¿Cuán seriamente hemos de tomar la promesa de su segunda venida en los últimos días? Estas son las cuestiones más importantes que hemos de responder.

Si la imagen de Jesucristo no es real y sólo es producto de la imaginación humana, entonces es imposible visualizar su re-advénimiento. Es así porque Jesús no fue un producto de la fantasía: era un hombre real y sólo como tal podría renacer como un niño humano, en lugar de descender como un fantasma que retorna a los mortales. Tales fantasías nunca visitan las realidades de la vida humana y la gente que vive entre mitos y leyendas, continúan haciéndolo sin tener nunca la oportunidad de reconocer a su redentor cuando éste llega.

Si Jesús fuera el “Hijo” de Dios, como los cristianos desearían que creyéramos, entonces, sin duda que retornaría con gloria, con las manos descansando sobre los hombros de ángeles reales. Pero si ésta es una mera fantasía romántica de las esperanzas y aspiraciones cristianas, entonces, como tal, este suceso no se producirá nunca. Nunca verá el mundo el extraño acontecimiento de un determinado dios que desciende de los cielos con forma humana y rodeado de un coro de ángeles que lo sostiene y canta sus alabanzas.

La propia idea resulta repulsiva para la lógica humana y la conciencia del hombre. Es el cuento de hadas más disparatado que se haya inventado jamás para adormecer las facultades de la gente. Por otra parte, si se aceptase el modo ahmadía de entender a Jesús, se reemplazaría este escenario fantástico por otro que no sólo es aceptable para el entendimiento humano, sino que se ve apoyado poderosamente por la totalidad de la historia religiosa de la humanidad. En este caso estaríamos esperando a un salvador que no sería diferente del Cristo del primer advenimiento. Esperaríamos a un hombre humilde, nacido de orígenes humil-

des como el Jesucristo del primer advenimiento, que comenzara su ministerio con el mismo estilo con el que lo hizo antes. Pertenecería a un pueblo religioso semejante al de los judíos de Judea, tanto en su carácter como en sus circunstancias. Estos, no sólo le rechazarían y le ignorarían por su declaración de ser el Reformador Prometido, al que esperaban como su Redentor enviado por Dios, sino que harían todo lo posible para aniquilarle. El volvería a revivir, de nuevo, toda la vida de Cristo y sería tratado con el mismo desprecio, arrogancia y odio. Sufriría una vez más, no a manos de su propio pueblo, sino a manos de las mismas fuerzas hostiles que se le opusieron antes. También sufriría a manos del poder imperial extranjero bajo cuya sombra nacería entre un pueblo esclavizado.

P. D. Ouspensky, un destacado periodista ruso de comienzos del siglo veinte, escribe sobre el tema del re-advenimiento de Jesucristo, compartiendo prácticamente el mismo punto de vista:

No se trata en absoluto de una idea nueva la de que Jesucristo, si naciera de nuevo en la tierra, no sólo no sería el líder de la Iglesia Cristiana, sino que probablemente ni siquiera pertenecería a ella, y los períodos más brillantes de poder y fuerza de la Iglesia debieran ser declarados heréticos y quemados en la estaca. Incluso en nuestros días en que poseemos más información, cuando las Iglesias Cristianas tratan de desprenderse de sus aspectos anti-cristianos o al menos de ocultarlos, Cristo no habría podido vivir sin sufrir la persecución de los “escribas y fariseos” de algún lugar de la ermita rusa.³²

Este es el único proceso verdadero por el que todos los mensajeros divinos y reformadores son elevados. Cualquier otro concepto distinto a este es falso, vacío y carente de sentido.

Siempre ha ocurrido que cuando llega el tiempo del cumplimiento profético de la llegada los reformadores prometidos, el

32 P.D. Ouspensky, “Un nuevo Modelo de Universo”, p.149-150, Kegan Paul, Trench, Trubener&Co. Ltd 1938

pueblo para cuya redención han sido enviados rechaza aceptarlos. En ese momento de la historia ya han transformado la imagen de su reformador de la realidad a la fantasía. Esperan que aparezca una fantasía y se materialice, mientras que lo que ocurre es simplemente una nueva representación de la historia religiosa como ha ocurrido invariablemente desde el tiempo del primer reformador divino. Siempre aparecen como seres humanos humildes nacidos de madres humanas y durante su vida son siempre tratados como humanos. Es mucho después de su muerte cuando empieza su proceso de deificación. En consecuencia, se hace imposible su aceptación serena durante su posterior visita.

Cuando estos pueblos religiosos se ven confrontados con las realidades de los reformadores divinos que siempre aparecen como seres humanos ordinarios y humildes, los rechazan por completo. Cuando uno espera que llegue un hada o que se materialice un fantasma ¿Cómo podría aceptar, en su lugar, la venida de un ser humano ordinario? Esta es la razón por qué el mundo ha fracasado en ver y reconocer el segundo advenimiento de Jesucristo, que ya ha tenido lugar.

Una gran afirmación, quizá, que lo más probable es que sea simple y llanamente rechazada por la mayoría de los lectores. ¿Como pudo Jesús haber llegado por segunda vez y haberse ido sin que el mundo tomara seriamente nota de ello? ¿Cómo pudo haber pasado desapercibido para el mundo del cristianismo y el islam? Los tiempos modernos han sido testigos de muchos de tales declarantes, que incluso llegaron a crear momentos de conmoción y tormentas en más de un vaso, pero ¿dónde están hoy? Vivimos en una época en la que, en muchos países, los cultos surgen como si fueran hongos y escuchamos, de vez en cuando, extrañas declaraciones en el sentido de que Jesús ha retornado o que ha enviado a su precursor. Esta afirmación nuestra podría quizá ser una de tantas ¿Por qué las personas serias habrían

de perder su tiempo y dedicarnos su atención? Sin duda que se crearían dudas importantes y sería preciso enfrentarse a un grave dilema. Queremos solicitar el interés del lector para pedirle que visualice la situación en la que Jesucristo hubiera realmente venido. ¿Es su re-visitación sólo una fantasía o puede realmente retornar al mundo en persona o por poderes? Es esta una cuestión que ha de resolverse antes de que intentemos responder a las diversas dudas que antes hemos mencionado.

¿Está el mundo, sea cristiano o musulmán, en un estado psicológico y mental que le predisponga a aceptar el segundo advenimiento de Jesús? Si es así ¿de qué forma y manera? Cuando lo analizamos desde el punto de vista de ambos pueblos, musulmanes y cristianos, observamos que los dos creen que Jesús, si había de volver alguna vez, lo haría con tal gloria y signos tan claros, descendiendo del cielo en pleno día y con ángeles a su alrededor, que ni siquiera el más escéptico rechazaría aceptarlo.

Por desgracia, sólo es aceptable para el mundo de hoy un Jesús de fantasía, un Jesús cuyo semejante nunca vino antes en toda la historia de la humanidad. Si la historia religiosa ha de tomarse en serio, uno encuentra decenas de ejemplos en los que se dice que los fundadores de religiones u otros santos ascendieron con su cuerpo al cielo. Estas afirmaciones son tan comunes y extendidas que parece que exista una tendencia universal del hombre a confeccionar dichas historias para elevar y superhumanizar a sus líderes religiosos. La cuestión es cómo podemos desmentir todos estos informes que son aceptados y creídos por casi mil millones de personas en el mundo de hoy. Sólo los cristianos y los musulmanes que creen en estos y otros sucesos inauditos suman más de dos mil millones. Por tanto, el lector puede preguntarse qué derecho tenemos nosotros u otros cualesquiera en el mundo para rechazar tales creencias por irreales e imaginarias. Estamos de acuerdo en que si lo examinamos desde este ángulo, se requiere un pesado esfuerzo para refutar que dichas

afirmaciones estén apoyadas por las escrituras de las religiones que las abrigan. Una vez que nos introducimos en este laberinto de interpretaciones posibles y alternativas, acabamos diciendo que se trata de una cuestión de elecciones y preferencias. Luego se convierte en el juego personal de interpretar las escrituras o la historia religiosa conocida como algo literal o metafórico. Entrar en este cenagal de explicaciones conflictivas no sirve a ningún propósito. Sin embargo existe una salida a este esfuerzo oneroso que deseamos mostrar a los lectores para invitarles a seguirla o rechazarla según deseen.

Por motivos argumentales supongamos que aceptamos las declaraciones de que los líderes religiosos han ascendido al cielo y las tomamos en sentido literal. Si hemos de tratar el caso de la narración de la ascensión de Jesucristo en sentido superficial, y hemos de interpretar como literal y auténtica su segunda venida, no hay razón por la que debamos rechazar aceptar otros casos similares en el mundo. ¿Por qué hacer excepción con Elías, el Rey de Salem, el Doceavo Imam de la facción chiíta del islam o la ascensión de los dioses hindúes, u otros santos semejantes o los llamados personificaciones de Dios? Es más seguro, por tanto, evitar entrar en estos debates vanos e improductivos con quienes mantienen creencias similares. Podríamos preguntar a todos estos creyentes crédulos de la fantasía si pueden señalar un sólo retorno, en persona, de quienes se dice que desaparecieron ascendiendo a los remotos escondrijos del cielo. ¿Puede la historia humana, en su totalidad, presentar un sólo caso de retorno corporal a este mundo, de alguna persona que la que se dijera que ascendió corporalmente al cielo? Que nos lo muestren, si existe alguno.

Cuando observamos la ausencia total de cumplimiento literal de tales afirmaciones, nos quedan dos alternativas. O bien rechazar tales declaraciones por fraudulentas, o bien aceptarlas sólo desde el punto de vista metafórico, como hizo el mismo Jesús

en el caso de la segunda venida de Elías. Queda claro pues, que quienes esperan el descenso literal de Jesús del cielo han creado una barrera entre ellos mismos y la realidad de Jesús. Si Jesús vuelve de nuevo, vendrá sólo como un ser humano al igual que todos los reformadores divinos esperados antes que él. Si apareciera hoy como una persona humilde ordinaria, nacida en una tierra similar a la de Judea en Palestina y se le encargara desempeñar el mismo papel que jugó en su primer advenimiento, ¿sería tratado por la gente de dicha tierra de manera distinta a la que fue tratado antes?

El Mesías Prometido

Tal es el caso del segundo advenimiento del Mesías en el que nosotros creemos. Ocurrió hace alrededor de cien años. Un hombre humilde de Dios, con el nombre de Mirza Ghulam Ahmad de Qadian, fue informado por Dios que Jesús de Nazaret, Hijo de María, cuya segunda venida literal estaba siendo esperada por ambos, cristianos y musulmanes, fue un profeta especial de Dios, que falleció como todos los demás profetas de Dios. Hazrat Mirza Ghulam Ahmad declaró que Jesús no se hallaba corporalmente vivo y que nunca fue ascendido corporalmente a ningún espacio celestial en espera de su retorno a la tierra. Murió como todos los demás profetas de Dios y no fue más que un profeta. La segunda venida de Jesucristo -una creencia común para los cristianos y los musulmanes por igual-, se le dijo, iba a tener lugar espiritualmente y no literalmente. Como tal, se le informó que Dios le había suscitado a él en cumplimiento de aquella profecía.

Mirza Ghulam Ahmad pertenecía a una familia noble del Punjab. Las ambiciones de su familia tenían que ver, sobre todo, con la edificación de la fortuna y honor familiar, pero él se distanció de estos anhelos mundanos y dedicó la mayor parte de su tiempo a la adoración de Dios y los estudios religiosos. Fue un hom-

bre casi perdido para el mundo, apenas conocido incluso en la pequeña población donde nació. Después, lentamente, comenzó a surgir en el horizonte religioso de la India como un valiente campeón por la causa del islam. Se hizo conocido como un hombre santo de tal renombre, que no sólo se ganó el respeto de los musulmanes sino también de los seguidores de otras religiones. La gente comenzó a presenciar en él a un hombre en comunión con Dios, cuyas oraciones eran escuchadas, cuya preocupación sincera y profunda por la humanidad y por el sufrimiento de la gente quedaba fuera de toda duda.

El islam, en aquel período de la India, se encontraba, por desgracia, en un estado lastimoso. Era el blanco de los misioneros cristianos, quienes, de acuerdo con la política del Imperio británico, lanzaban una campaña mordaz no sólo contra las enseñanzas islámicas sino también contra el Santo Fundador del islam. De igual manera tuvieron lugar en el hinduismo, la mayor religión de la India, movimientos extremadamente ambiciosos cuyo objetivo tenía dos vertientes: revivir la cultura y práctica hindú y eliminar a los musulmanes y al islam de la India, definiéndolos como extranjeros que carecían del derecho a seguir asentados en su suelo. Los más agresivos de entre ellos eran el Movimiento de los Arya Samaj, que fue fundado por Pandit Swami Dyanand Sarsuti (1824-1883) en el año 1875. Ello motivó aún más a Hazrat Mirza Ghulam Ahmad a iniciar un extenso estudio investigador en comparativa religiosa, en defensa del islam.

Sus estudios reforzaron aún más su creencia en la superioridad de las enseñanzas del islam. Quedó impresionado por la clara aproximación del Corán a los problemas del hombre. Descubrió que el Corán, cuando presenta una instrucción para la conducta humana, no se detiene arbitrariamente en dicha instrucción, sino que continúa aportando poderosos argumentos lógicos, apoyados por la evidencia, en el sentido de que la dirección prescrita es la opción más apropiada en el contexto señalado.

Esto le permitió, finalmente, liderar la causa del islam, que en aquellos momentos se hallaba totalmente indefenso, y cumplimentó así la acuciante necesidad que el islam de la India presentaba en aquel tiempo. Inició su vida pública manteniendo debates y diálogos religiosos a pequeña escala que gradualmente fueron extendiéndose a círculos más amplios. Su fama de ser el proponente más importante y competente de la causa del islam comenzó a extenderse a lo largo y a lo ancho.

Fue en ese período de tiempo cuando comenzó a escribir uno de los trabajos religiosos más grandes que a lo largo de su vida emprendiera. Su libro *Brahin-e-Ahmadiyya* lo había planeado publicar en cincuenta volúmenes pero, debido a los sucesos tumultuosos que rodearon su vida a partir de aquellos momentos, sólo pudo publicar los cinco primeros volúmenes, siéndole imposible en lo sucesivo concluir esta tarea erudita. Sin embargo y en consecuencia, escribió muchos otros libros en respuesta a los dictados del tiempo. Sus obras cubrieron prácticamente por completo el tema que originalmente intentó tratar y muchas otras materias. De hecho, hizo mucho más que cumplir su promesa aunque no con el mismo título. Es sorprendente ver como pudo dar a luz a un trabajo literario tan amplio, escrito en su casi totalidad por su propia mano, sin apenas ayuda administrativa. El número de libros, epístolas y tratados que escribió suman unas ciento diez obras. No fueron sólo sus obras literarias las que le ganaron un reconocimiento amplio en todo el Subcontinente, sino que fueron sus altas cualidades espirituales las que, primordialmente, le hicieron ganar su extensa fama y respeto.

Fue en este momento crepuscular de creciente y progresiva reputación cuando Dios le designó que asumiera la gran responsabilidad de ser el reformador de los últimos días según esperaban y aguardaban la mayoría de las religiones del mundo. Desde el punto de vista musulmán era el Al-Mahdi, el Reformador con la guía divina. Desde la expectativa de cristianos y musulmanes,

fue elevado al status de Mesías Prometido, a fin de cumplir las profecías del segundo advenimiento de Jesucristo. Sin embargo, esta designación le supuso perder toda la fama y popularidad que había ganado previamente. Hazrat Mirza Ghulam Ahmad, el reformador espiritual de la época nombrado por Dios, fue abandonado de inmediato y fue rechazado por los seguidores de ambas fes, y, sobre todo, por los propios musulmanes de la India, cuya causa había defendido de forma tan competente y vehemente.

Para él supuso, casi, un nuevo nacimiento espiritual. Tal como si hubiera venido sólo al mundo, así hubo de iniciar una nueva vida como un sólo hombre en el mundo de la religión, prácticamente abandonado por todos los que le rodeaban. Se le aseguró repetidamente el apoyo y socorro Divino a través de diferentes revelaciones que recibió en medio de un período de intensa hostilidad:

“Ha llegado un amonestador al mundo y no ha sido aceptado, pero Dios le aceptará y establecerá su verdad mediante signos poderosos”.

En otro momento, se le reveló:

“Haré llegar tu mensaje hasta los últimos rincones de la tierra”.

Estas son algunas de las primeras revelaciones que le proporcionaron sostén durante el estado de desolación y rechazo total que sufrió a manos de sus oponentes. Han pasado más de cien años desde entonces, y el cuadro que ha surgido, de forma lenta pero firme, corrobora plenamente sus declaraciones y profecías así como la verdad de sus revelaciones.

Aquel hombre solo, hoy ha crecido en diez millones de personas en todo el mundo, en ciento treinta y cuatro países distribuidos en los cinco continentes. Su mensaje ha llegado a los rincones de la tierra, del lejano oriente al remoto occidente. Es aceptado como el Líder Guiado Prometido y Mesías Prometido

en su segundo advenimiento, en América, Europa, Asia, e incluso en las islas distantes del sudeste del Pacífico como las islas Fiji, Tuvalu Salomón etc. A pesar de ello, sus seguidores podrían ser descritos como un pequeño estanque, insignificante en volumen, si se comparan con el gran océano del mundo cristiano.

Describir el relato de los logros del Movimiento de Hazrat Mirza Ghulam Ahmad requeriría un espacio mucho más extenso que el que disponemos aquí, pero es esencial reseñar que ningún otro movimiento religioso en los tiempos modernos ha progresado y se ha extendido tan rápidamente y con un paso tan firme. No es un culto ni una moda o manía popular. Es un mensaje serio, un trabajo cuesta arriba que exige gran esfuerzo y disciplina a aquellos que se aventuran a seguirlo. Quienes lo siguen lo hacen a costa de aceptar graves responsabilidades que han de cumplir a lo largo de toda su vida. Es una comunidad casi tan austera como lo fue la primitiva sociedad de los Esenios. Aceptar a Hazrat Ahmad y su declaración de ser el Mesías Prometido no es simpatizar con lo romántico sino que se trata de un compromiso de por vida. Quienes se inician en esta Comunidad han de privarse de la mayoría de los placeres vanos, aunque no al estilo de los ascetas y los ermitaños, sino con la convicción profunda, el compromiso, la satisfacción y el gozo del corazón que les capacita para sacrificarse y perseverar en su causa con el mayor grado de magnificencia. El ha creado una comunidad universal que no tiene igual en sus sacrificios económicos, donde todo miembro con ingresos se compromete a pagar, como mínimo, un dieciseisavo de sus ganancias hacia su noble causa. El espíritu de sacrificio voluntario y la cantidad de trabajo espontáneo que se realiza en todo el mundo es verdaderamente sorprendente. Y todo ello se hace sin que exista la más mínima coacción. Quienes son capaces de poner su parte en el trabajo o en las ofrendas económicas se consideran a sí mismos afortunados de poderlo hacer.

Es una comunidad que es completamente independiente en sus aspectos financieros. El sistema universal de contribución voluntaria se viene ejercitando desde los últimos cien años con una pureza e integridad moral extraordinarias. En ello radica el secreto de su éxito a la hora de mantener su independencia frente a las influencias externas durante más de un siglo. Esto, sin embargo, constituye sólo un ángulo de observación. Si consideramos las cualidades de sus seguidores desde otros puntos de vista contemplamos un escenario no menos fascinante. Se trata de una comunidad que destaca por su moral y coexistencia pacífica, por su amor solidario y profundo respeto por los valores humanos. Es una comunidad religiosa sumamente admirada en todo el mundo por su respeto a la ley y su consideración por las relaciones humanas decentes de cualquier religión, color o credo.

Al lector que piense que nos hemos desviado a un itinerario que no tiene relación con el tema de nuestro discurso, permítaseme señalarle, respetuosamente, que es dicho lector quien ha perdido el hilo. La importancia de esta discusión puede mejor ser entendida a la luz de la profunda observación que hizo Jesucristo cuando dijo que “a un árbol se le reconoce por su fruta³³”.

Si alguien está interesado seriamente en determinar la autenticidad de la demanda de Hazrat Mirza Ghulam Ahmad, éste es el mejor y más serio criterio. Por este canon se puede juzgar si él es realmente el Mesías Prometido cuyo advenimiento había sido predicho no sólo por Jesucristo sino también por el Santo Fundador del islam. Descubrir el modo de ser de los seguidores que ha generado y cómo les ha afectado el paso de todo un siglo podría ser un ejercicio provechoso. Podría surgir también la pregunta de si fueron tratados por la época de forma similar a los seguidores de Jesucristo en el primer siglo de la cristiandad. También debería plantearse cuál fue la actitud de Dios hacia él ante los

33 Haz bueno a un árbol y su fruta será buena, o haz a un árbol malo y su fruta será mala, pues al árbol se le reconoce por su fruta (Mateo 12:33)

varios intentos de aniquilarle y exterminarle, tanto a él como a su Comunidad. ¿Ha estado la determinación Divina a favor o en contra de esta Comunidad perseguida? Al igual que los primeros cristianos ¿han experimentado los seguidores de Hazrat Mirza Ghulam Ahmad el mismo apoyo permanente de Dios frente a todas las dificultades? Si cada vez que eran triturados bajo el molino de la persecución, en vez de salir pulverizados, surgían, por el otro extremo, más grandes que antes y más poderosos y más respetados, entonces, obviamente, la reivindicación de tal demandante no puede ser excluida trivialmente. Deja de ser la pretensión inverosímil de un loco o la tela de araña imaginaria de la fantasía de un soñador efímero. El Ahmadíat se ha convertido en una realidad que ha de ser considerada seriamente en un horizonte mucho más amplio que el que tuvo el cristianismo a finales de su primer siglo.

Aquí está un Mesías que constituyó un hecho en la historia y no fue un producto de la ficción. Aquí está un Mesías cuyo readvenimiento fue tan real como lo fue su primera aparición como líder nombrado por Dios. Depende de la gente de esta época elegir si desean continuar viviendo en un mundo de leyendas y fantasías y aguardar eternamente a los reformadores prometidos de sus religiones y credos, o aceptar las duras realidades de la vida. Debemos estar de acuerdo en una cosa, y es que muchos líderes religiosos han sido elevados de la escala humana común al rango de las deidades. Muchas veces se ha imaginado que los líderes religiosos ascendieron al cielo para aguardar, en algún recesso recóndito del espacio, su segunda visita al planeta tierra. No hay razón por la que debamos aceptar una de tales afirmaciones y rechazemos las otras, porque se trata de meras afirmaciones sin ninguna prueba positiva científica que apoye su validez. Por tanto, no hay otra opción que, o aceptar todas, o rechazarlas en su totalidad. Este sería el único proceder justo y honesto. Una cosa es cierta: una vez que se marcharon de la tierra y de su existencia

terrenal -al margen de cómo sus seguidores creen que lo hicieron- nunca, en toda la historia de la humanidad, nadie retornó a la Tierra. Igualmente, también es irrefutable que todos aquellos teólogos y líderes espirituales que han sido elevados al status de deidades o partícipes de Dios, comenzaron sus vidas como seres humanos ordinarios y humildes y vivieron hasta su muerte la vida de un humano. Fueron únicamente sus seguidores los que los convirtieron en dioses. Pero recordad que ninguno de ellos demostró su rol en el control de la naturaleza: siempre ha habido una Única mano que aparece gobernando las leyes de la naturaleza. El espejo de los cielos y las leyes de la naturaleza a cualquier nivel reflejan el rostro de un Dios y un sólo Dios. Dice el Santo Corán:

وَقَالُوا اتَّخَذَ الرَّحْمَنُ وَلَدًا ۗ لَقَدْ جِئْتُمْ شَيْئًا إِدًّا ۗ
تَكَادُ السَّمَوَاتُ يَتَّقَطْنَ مِنْهُ وَتَنْشَقُّ الْأَرْضُ وَتَخِرُّ الْجِبَالُ هَدًّا ۗ
أَنْ دَعَا لِلرَّحْمَنِ وَلَدًا ۗ وَمَا يَنْبَغِي لِلرَّحْمَنِ أَنْ يَتَّخِذَ وَلَدًا ۗ

Y dicen: “El Dios Clemente ha tomado para Sí un hijo”. ¡En verdad habéis hecho algo ciertamente monstruoso!. Poco falta para que, ante ellos, los cielos se desplomen, la tierra se abra y las montañas se derrumben en pedazos, porque adscriben un hijo al Dios Clemente, cuando no corresponde al Dios Clemente tomar un hijo para Sí. (19: 89-93)

Conclusión

En lo que se refiere a la necesidad de información, creemos que le hemos hecho justicia. Pero antes de concluir aquí el tema, deseamos hacer una llamada apasionada al mundo cristiano para que baje de su fingida torre de marfil y descienda a las duras realidades de la vida.

Jesucristo era un hombre perfecto en el contexto de su época; pero no más que un hombre. Alcanzó las alturas que estaba destinado a alcanzar como mensajero especial de Dios, con el título del Mesías. Esto le hizo único entre todos los profetas desde el tiempo de Moisés hasta su advenimiento.

A cada profeta se le asigna, ciertamente, una tarea difícil. Han de llevar a cabo la transformación y reforma de un pueblo que se ha vuelto extremadamente malvado. En el caso de Jesús, esta tarea fue aún más difícil porque no sólo tuvo de luchar contra los males sociales comunes sino que hubo de llevar a cabo un cambio dramático y revolucionario en la actitud del pueblo judío.

Al igual que ocurre con los seguidores de toda religión, que con el paso del tiempo se desvían progresivamente de la verdad y comienzan a vagar perdidos en el desierto del pecado, lo mismo ocurrió con el pueblo judío. Cuando Jesús vino, se hallaban virtualmente muertos de espíritu. El agua de la vida divina se había evaporado, dejando detrás corazones difuntos y duros como las piedras. La tarea que se asignó a Jesús consistió en transformarles, de nuevo, en corazones humanos con latido, y hacer brotar de ellos la bondad humana. Este fue el milagro que Jesús produjo y en él radica su grandeza.

Ahora que el mundo del islam y el cristianismo se hallan aguardando conjuntamente el segundo advenimiento de Jesucristo, no deben olvidar que el Jesús que está destinado a venir ha de ser, esencialmente, el mismo Jesús en carácter y naturaleza de su misión. Sin embargo, según las profecías del fundador del islam, Hazrat Mohammad, este Jesús aparecería en su segundo advenimiento, no en el mundo del cristianismo sino en el mundo del islam. No obstante, el gran milagro que llevaría a cabo sería el mismo, aunque serían, en esta época, los corazones de los musulmanes de los últimos días los que habría de transformar. Esta forma de entender su segundo advenimiento encuentra su pleno apoyo en otras profecías del Santo Profeta. Predijo que la situación del pueblo islámico durante los últimos días, sería tan similar a la de los judíos de la época decadente, como un zapato se asemeja al otro del mismo par.

Por lo tanto, si la enfermedad había de ser la misma, también el remedio debía ser el mismo. El Mesías volvería al mundo con el mismo talante humilde, no en su persona sino con su espíritu y carácter, y esto es exactamente lo que ha acontecido. Tales personas divinas y revolucionarias nacen siempre como seres humanos humildes e insignificantes y llevan una vida de modestia. Retornan espiritualmente a la tierra con el mismo estilo y son tratados, de nuevo, con la misma hostilidad fanática, prejuicios y crueldad. Nunca son reconocidos fácilmente como verdaderos representantes de aquellos que prometieron su retorno.

Lo que ocurrió a Cristo en su primera aparición a manos de los judíos, era preciso que le ocurriera a él también, pero en esta ocasión a manos de los musulmanes y los cristianos que esperaban su retorno. Las mismas expectativas distorsionadas e irrealistas respecto a la manera en que revisitaría la tierra; los mismos objetivos imaginarios que se supone que debería perseguir; los mismos criterios inverosímiles de sus realizaciones y logros en la tierra, tal como eran manifestados por los judíos del tiempo de

Jesucristo, habrían de repetirse por los musulmanes durante su segundo advenimiento. De esta manera, la historia se volvería a repetir.

Mirando ahora hacia atrás, uno se encuentra en mejor posición de entender el fracaso de los judíos a la hora de reconocer a su Mesías. Podemos comprender fácilmente su dificultad y extraer lecciones de su tragedia. Su interpretación literal de las escrituras les confundió. Todo esto ya lo hemos discutido, pero la necesidad de hacer énfasis en este tema tan crucial, nos obliga a referirnos una vez más a él. Siempre ocurre en la historia de los reformadores religiosos esperados, que la gente que los aguarda fallan la mayor parte de las veces en reconocerles debido a que las señales de su reconocimiento se leen mal y son mal entendidas. Se mitifican las realidades y las metáforas se toman en sentido literal.

Prácticamente la misma historia se ha repetido en el momento del segundo advenimiento del Mesías, Hazrat Mirza Ghulam Ahmad de Qadian. Al igual que en el caso del descenso prometido de Elías desde los cielos, como esperaban los judíos de la época de Jesucristo, de nuevo se esperaba que alguien descendiera con su cuerpo desde el cielo: el propio Mesías, en este caso.

En el caso de los judíos, estos se encontraban esperando que el Mesías llegara en estado de gloria. En el caso de los cristianos, estos esperaban a alguien que les anunciara el comienzo de una nueva era de dominación y supremacía sobre sus dueños romanos. Jesús de Nazaret acabó con todas estas expectativas. Cuando finalmente apareció, lo hizo totalmente distante y alejado de la imagen de llegada mesiánica esperada por los judíos, imagen que abrigaron sentimentalmente durante siglos.

Es sorprendente ver como han sucedido acontecimientos similares en relación con el advenimiento de Cristo en la persona de Hazrat Mirza Ghulam Ahmad de Qadian. El papel jugado por

sus oponentes es el mismo y sólo cambian los nombres. La mayoría de los grupos musulmanes y cristianos, ambos por igual, han adoptado el carácter y estilo de los judíos del tiempo de Jesús. Las objeciones son las mismas. La lógica de su rechazo es la misma. Sin embargo, Dios trató a este hombre humilde con señales de apoyo aún mayores que las de Jesús de la primera época, y le ayudó a difundir su mensaje mucho más rápidamente y en mayor número de países, en todos los continentes del mundo. Estos son los hechos que hablan por si solos, aunque sólo para aquellos que los escuchan. Estos son los hechos que se hacen cada vez más aparentes con el paso del tiempo, aunque sólo para aquellos que se preocupan de observar.

Permítasenos, finalmente, recordar a los cristianos y musulmanes que se hallan aguardando la reaparición de Cristo a lo largo de los últimos siglos, las palabras proféticas de Hazrat Mirza Ghulam Ahmad de Qadian, el Mesías de los últimos días designado por Dios.

Recordad bien que nadie descenderá nunca de los cielos. Todos nuestros oponentes que hoy viven, morirán, y ninguno de ellos verá jamás a Jesús, el hijo de María, descender del cielo; luego, los hijos que dejen atrás, también morirán y ninguno de ellos verá nunca a Jesús, el hijo de María bajar del cielo. Luego, su tercera generación también morirá y tampoco verá descender al hijo de María. Entonces Dios provocará una gran consternación en sus mentes y dirán, incluso, que la era de la dominación de la cruz se ha acabado y el modo de vida ha cambiado completamente y, a pesar de ello, el hijo de María no ha descendido. Luego, con gran amargura, los sabios de entre ellos, renunciarán a esta creencia y no pasarán más de tres siglos desde hoy, sin que quienes aguardan el advenimiento de Jesús, hijo de María, tanto si son musulmanes como cristianos, abandonen conjuntamente este concepto³⁴.

Por lo tanto, podéis esperar hasta que nazca una nueva generación y ella también espere a acabar su trayectoria y que una nue-

va generación le releve. Este estado de espera continuará hasta el fin del tiempo, pero ningún Jesús descenderá corporalmente del cielo. Por mucho que lo deseen quienes anhelan que retorne a visitarles en persona, nunca verán que su sueño se hace realidad. Pueden incluso crear, para ellos, un muro de lamentaciones como hicieron los judíos hace más de tres mil años, y golpear sus cabezas contra él. Pero lo que ocurrió en el caso de los judíos ocurrirá de nuevo. No verán descender a ningún mesías, generación tras generación tras generación, a pesar de sus gemidos y lamentos. Sus esperanzas futuras de Cristo no les proporcionarán más que el vacío y una oquedad que nunca acabará. Un futuro totalmente desierto.

En cuanto a los cristianos que toman a Cristo seriamente como el hijo literal de Dios, concluyamos esta discusión con las siguientes palabras de advertencia provenientes del Sagrado Corán, que habla del advenimiento del Santo Profeta que llegó:

وَيُنذِرَ الَّذِينَ قَالُوا اتَّخَذَ اللَّهُ وَلَدًا ۚ مَا لَهُمْ بِهِ مِنْ عِلْمٍ وَلَا
لِآبَائِهِمْ كَبُرَتْ كَلِمَةً تَخْرُجُ مِنْ أَفْوَاهِهِمْ ۗ إِنَّ يَقُولُونَ إِلَّا كَذِبًا ۝

El (El Santo Mensajero de Al-lah) vino para advertir a quienes atribuyeron a Dios un hijo. No poseen conocimiento -de ello- ni tampoco lo tuvieron sus antepasados. Es una enormidad que proclaman por sus bocas. No proclaman más que falsedad. (18:5-6)

No compete a ningún escritor o predicador cristiano diluir el Cristianismo para adaptarlo al gusto del público culto en general. La doctrina de la encarnación fue para los judíos un obstáculo insalvable y para los griegos una locura, y así será siempre, pues esta doctrina no sólo trasciende la razón; sino que es la paradoja por excelencia; y solo puede ser afirmada por la fe, con una interiorización y un interés apasionados. La sustitución de la razón por la fe significa la muerte del cristianismo.

-Keirkegaard

